



PRESENTACION

Presentación

Tenemos el agrado de presentar a nuestros lectores este segundo número de *Encuentro XXI* dedicado a Salvador Allende. Antes fue el número 4 en la primavera de hace tres años, a 25 años del triunfo de la Unidad Popular.

Confesamos así la vocación de nuestro *Encuentro*, de enrumbar al siglo XXI sin perder la honda huella trazada en nuestra Patria por el pensamiento de futuro y las manos del pueblo durante el siglo que termina.

En lo que confiamos sea considerado por nuestros lectores como una mejora respecto a los números anteriores, Raquel Olea ha sido esta vez la responsable de editar un ejemplar en el cual ha recogido miradas sobre Allende desde espacios diferentes y posturas diversas.

Jorge Arrate reflexiona sobre memoria y olvido. Carmen Berenguer, Soledad Bianchi y Carlos Ossa se acercan a nuestro personaje desde su mirada literaria. Lo mismo que hacen en otra sección Ricardo Cuadros y Diamela Eltit, desde su rescate de la novela de Hernán Valdés. Guillermo Nuñez nos ofrece una mirada plástica que sin duda excede las limitaciones de nuestra pobre diagramación. Alfredo Jocelyn Holt observa a Allende desde una derecha que empieza a ver las cosas en forma un poco más compleja. Víctor Pey testimonia desde su cercanía los masónicos ángulos del *Compañero Presidente*. Tomás Moulán se pone a deconstruir mitos y pretextos. Marta Hamecker sistematiza hechos

y sienta opinión. Los Patricios, Quiroga y Rivas y el que firma esta nota intentan tesis respecto del período.

Orlando Caputo presenta ideas acerca del Manifiesto Comunista que no alcanzaron a entrar en el número anterior, como vendrán todavía otras de nuestra carpeta. Luis Corvalán Márquez hurga orígenes del pensamiento de la derecha.

Carlos Molina ha resumido esta vez la discusión de coyuntura de nuestro consejo editorial, recogiendo la diversidad de nuestras visiones convergentes y la diversión de nuestro *Encuentro*.

Pedro Lemebel rinde nuestro homenaje a la bella y amorosa discreción.

Cerramos el número con nuestras invitaciones a la fiesta cultural que será para Chile la visita venidera de Eric Hobsbawm. El historiador del siglo XX llegará a nuestro país la última semana de noviembre, invitado por *Encuentro XXI*, CENDA, Universidad Arcis y Editorial Grijalbo, con el auspicio de los Ministerios de Relaciones Exteriores y Secretaría General de Gobierno, Diario *El Mercurio*, Radio Cooperativa y Corporación *Tiempo 2000* y el Patrocinio de las Universidades Católica, de Chile y de Santiago, sus Federaciones de Estudiantes y el Colegio de Profesores, entre otras importantes instituciones.

El Director

INDICE

PRESENTACION

ANALISIS DE COYUNTURA

EVOCAIONES HISTORICAS Y ANALISIS POLITICO Carlos Molina B.	10
---------------------------------------------------------------	----

SALVADOR ALLENDE

ALLENDE: EXTRAÑEZAS Y DESTIEMPOS Jorge Arrate	16
RECADOS: RITOS DE FIESTA, RITOS DE MUERTE Carmen Berenguer	24
"POR LO MENOS MI RECUERDO SERA EL DE UN HOMBRE DIGNO" Soledad Bianchi	30
LOS TRES AÑOS DEL GOBIERNO POPULAR DE SALVADOR ALLENDE Marta Harnecker	34
¡PRESENTE! ¡PRESENTE! Alfredo Jocelyn-Holt Letelier	42
ALLENDE: ¿MITO O PRETEXTO? Tomás Moulian	46
UN ESPACIO DE TIEMPO, UN LEVE ESPACIO DE TIEMPO Guillermo Núñez	49
EL ICONO PATRIMONIAL Carlos Ossa	64
APROXIMACION A SALVADOR ALLENDE Víctor Pey	66
LEGADO Y VIGENCIA DE SALVADOR ALLENDE Patricio Quiroga - Darío Quiroga	72
EL ALLENDISMO Y LA RUPTURA DE LA REPUBLICA SIMULADA Patricio Rivas	82

REFLEXION TEORICA

CHILE, 25 AÑOS DESPUES Manuel Riesco	88
EL MANIFIESTO COMUNISTA Y LA GLOBALIZACION ACTUAL... Orlando Caputo	108
NOTAS PRELIMINARES PARA UN ESTUDIO ... Luis Corvalán	116

TEXTOS, VISIONES Y NOTAS

FICCION Y REFERENTE HISTORICO. EL CASO DE A PARTIR DEL FIN Ricardo Cuadros	128
LOS ESTIGMAS DEL CUERPO Diana Eltit	132

HOMENAJE

LA PAYITA ("LA PUERTA SE CERRO DETRAS DE TI") Pedro Lemebel	138
----------------------------------------------------------------	-----

ENCUENTRO XXI

COMITE DE REDACCION

CLODOMIRO ALMEYDA † JAIME INZUNZA
MANUEL CABIESES DAVID MAC CONELL
JAIME CAVADA TOMAS MOULIAN
JACQUES CHONCHOL RAQUEL OLEA
HUGO FAZIO KEMY OYARZUN
MANUEL GAHONA FRANCISCO RIVAS
TOMAS HIRSH JOSE SANFUENTES
NELSON GUTIERREZ

DIRECTOR

MANUEL RIESCO

EDITORES

MARIA E. HORVITZ
CARLOS ZUÑIGA

CO-EDITORES

PATRICIO QUIROGA PATRICIO RIVAS
CARLOS MOLINA

PRODUCTOR GENERAL

CARLOS GUTIERREZ

GERENTE

HARRY ABRAHAMS

REPRESENTANTE GENERAL

CARMEN HERTZ

COMITE EDITORIAL INTERNACIONAL

ROBIN BLACKBURN INGLATERRA
ATILIO BORON ARGENTINA
JULIO CARRANZA CUBA
ELVIRA CONCHEIROS MEXICO
OSVALDO FERNANDEZ FRANCIA
RINA GIGLIARDI ITALIA
PABLO GONZALEZ CASANOVA MEXICO
MARTA HARNECKER CUBA
NARCISO ISA CONDE REP. DOMINICANA
ROBERTO KOHANOF ARGENTINA
MICHAEL LOWY FRANCIA
RUY MAURICIO MARINI † BRASIL
ARNOLDO MARTINEZ MEXICO
ANTONIO MELIS ITALIA
MANUEL MONEREO ESPAÑA
PHILIP OXHORN CANADA
ANIBAL QUIJANO PERU
ADAM SCHESCH ESTADOS UNIDOS
EMIR SADER BRASIL
GÖRAN THERBORN SUECIA
JUAN VALDES CUBA

FOTOGRAFIAS

Encuentro XXI - LOM Ediciones

DIRECCION

HUERFANOS 1761 Dpto. 211 FONO: 6969690
Sitio web: <http://www.geocities.com/~encuentroxxi>

CONSEJO EDITORIAL

TATIANA AGUAYO	SERGE DE LA FUENTE	JAIME HERRERA	ORIEL MICHELLE	JUAN PALOMO	PAULINA SOTO
CLODOMIRO ALMEYDA	CARLOS DONOSO	CARMEN HERTZ	VIVIANA MIRANDA	CELSA PARRAU	DANIEL TROMBEN
RAUL ALVAREZ	HECTOR DUQUE	TOMAS HIRSH	HECTOR MIRANDA	MARTIN PASCUAL	JOSE MIGUEL VARAS
JOSE M. ARTEAGA	JAIME DURAN	MARIA E. HORVITZ	VICTOR HUGO	JORGE PAVEZ	JAIME VALDES
ROBERTO BAEZA	GALO EIDESLSTEIN	JAIME INZUNZA	MIRANDA	TADEO PAVISICH	ANDRES VARELA
DANILO BAHAMONDES	GLORIA ELGUETA	RODRIGO INZUNZA	CARLOS MOLINA	CARLOS PEREZ	ANGELICA VEGA
PASCUALA BARRAZA	RAUL ESPINOZA	MARIO INZUNZA	RAFAEL MOLINA	FRANCISCA PEREZ	PABLO VEGA
ANA BARRENECHEA	FAUD FARAH	ISABEL JARA	TIRSO MOLINA	RAMON PEREZ	LAUTARO VIDELA
ADIL BERCOVICH	HUGO FAZIO	LEONARDO JEFFS	GUILLERMO	BRUNO PEZZUTO	HUGO VILLAR
ALICIA BASSO	JOSE FERES	SERGIO JIRON	MONTECINOS	PATRICIO QUIROGA	ALEX VOJKOVIC
RICARDO BRAVO	HECTOR FERNANDEZ	JOSE JORQUERA	JUAN PABLO MORENO	MARIANO REQUENA	ALEJANDRO YAÑEZ
JUAN BUSTOS	ROSITA FERRADA	GASPAR KUSAR	TOMAS MOULIAN	MANUEL RIESCO	AMERICO ZORRILLA
LILIANA CASTILLO	GUILLERMO FERANDEZ	HECTOR KOYCK	VICENTE MUÑOZ	NORA RIESENBERG	RENE ZORRILLA
MANUEL CABIESES	AIDA FIGUEROA	JUAN LASEN	MARIO NAVARRETE	EDITH RIVAS	CARLOS ZUÑIGA
ALBERTO CARVAJAL	CLAUDIO FONSECA	MIGUEL LAWNER	RAQUEL OLEA	FRANCISCO RIVAS	
JAIME CAVADA	CLAUDIO FRIEDMAN	ALEX LEIVA	ESTELA ORTIZ	PATRICIO RIVAS	
MANUEL CANTERO	FRANKLIN FRIEDMAN	BEATRIZ LIZANA	CARLOS OSSA	ANTONIOROMAN	
MARFA CERNA	TITAZ FRIEDMAN	ANA LOBOS	VICTOR OSORIO	ISABEL ROBERT	
CLAUDIA CESPEDES	MANUEL GAHONA	MANUEL LOYOLA	CECILIA OTEIZA	PEDRO SADA	
PATRICIO CID	JORGE GAJARDO	DAVID MAC CONELL	CECILIA OSTORNOL	ANGEL SALAS	
CECILIA COLL	TRISTAN GALVEZ	CARLOS MARGOTTA	FERNANDO OSTORNOL	ALICIA SALOMONE	
MIRIA CONTRERAS	SERGIO GONZALEZ	ALBERTO MARTINEZ	MARCIA OSTORNOL	JOSE SANFUENTES	
LUIS CORVALAN	CARLOS GUTIERREZ	ENRIQUE MARTINI	ROBERTO OYARZO	MARCELA SANTIS	
PATRICIO CHACON	HUGO GUTIERREZ	JORGE MARTINEZ	KEMY OYARZUN	JACOBO SCHATAN	
SERGIO CHAVEZ	NELSON GUTIERREZ	MARIO MATUS	ALVARO PALACIOS	NISSIN SHARIM	
JACQUES CHONCHOL	NELIDA HERESI	RAMON MENESES	PATRICIO PALMA	VICENTE SOTA	

ANALISIS DE COYUNTURA

Evocaciones históricas y análisis político

Dr. Carlos Molina Bustos

Santiago de Chile, primer jueves de Octubre de 1998. En los dominios de Manuel se encuentra el Consejo de Redacción de la Revista para, en torno a los aromas y los sabores de nuestra tradición "gallina negra", evaluar el estado de avance del número trece y tomarle el pulso a la situación política del momento, así como a los próximos escenarios en los que se inscribirán los acontecimientos que nos parecen más importantes.

Estas reuniones nuestras tienen, en mi percepción, dos fortalezas muy importantes que se han ido consolidando en el transcurso del último tiempo:

En primer lugar, cada día se enseña entre nosotros una diversidad de apreciaciones y de criterios; constituimos un grupo que claramente es plural, con rasgos perfilados de heterogeneidad que se han hecho cada vez más nítidos, en la medida que nos hemos adentrado en la incertidumbre de la así llamada modernidad. En segundo lugar y por provenir la mayoría de nosotros de un origen político e histórico común y por ello, haber compartido durante muy largo tiempo muchas de las certezas más importantes del siglo XX, conservamos un imaginario político y ético común para desarrollar nuestras esperanzas y expectativas, que nos ha permitido criarnos como un grupo que, realmente, tiene vida intelectual colectiva expresada en nuestra Revista. Esto se percibe, en la alegría auténtica con que comprobamos nuestra diversidad en el análisis político.

Estos primeros días de Octubre de 1998 están puestos en un marco de evocaciones históricas obligadas, que pueden constituir un buen

denominador sobre el cual numerar lo que hoy está en curso. Este 1998 es el año en que se cumplen ciento cincuenta años de la publicación del Manifiesto Comunista de Marx y Engels, probablemente el folleto más importante del último siglo, a cuyo aniversario hemos dedicado nuestro último número.

El 11 de Septiembre de este 1998, hemos conmemorado veinticinco años, un cuarto de siglo, de la heroica muerte de Salvador Allende y del golpe militar más determinante y salvaje de nuestra historia. A él, al Presidente Allende, dedicamos este número de nuestra Revista, con un énfasis especial en la presencia, el significado y la trascendencia de su personalidad, de sus rasgos más destacados, como su inmensa e incansable vocación por la unidad amplia y abierta de todos los que estaban por los cambios y su gran calidad y tibieza de espíritu. Con ello queremos hacer una contribución a la recuperación de la memoria de Chile, como camino indispensable para la construcción del futuro sano y desalienado. Recuperar la memoria de Salvador Allende quiere decir, para nosotros, traer al personaje real, completo, de carne y hueso, a la presencia cotidiana de las actuales generaciones que no lo conocieron y a las cuales se les ha mentado acerca de él. Porque Salvador Allende ha sido, en este país y en estos últimos veinticinco años, una personalidad ocultada, prohibida, adulterada, ofendida, incluso satanizada, por la cultura oficial decretada por la tiranía y sus vasallos. Lamentablemente también, en el último tiempo se ha pretendido evocarle de un modo purificado, descontaminado de las esencias de su tiempo, porque su tiempo fue un tiempo controvertido; se nos ha preten-

didopresentar un personaje "light", liviano, algo así como un personaje "en la medida de lo posible", casi como ajeno a la lucha de clases, un personaje atemporal, al que habría que despojar de sus molestas asperezas para, por consenso, aceptarlo en la renovada historia oficial. Así hemos percibido la intención y el sentido del acto celebrado en su homenaje, en el Estadio Nacional. Yo tuve la fortuna de conocerlo, trabajar muy cerca de él y disfrutar de su muy cercana confianza, con claros rasgos paternales hacia mí. El Presidente Allende es un hombre que no puede ser conocido ni entendido si no lo vemos en medio de la lucha política de su tiempo, íntimamente vinculado a las organizaciones políticas de la Izquierda Chilena, a sus partidos, por cierto al Partido Comunista de Chile y a sus trascendentes aportes en la construcción de la unidad, del cual hoy día se le pretende desvincular, como parte del proceso purificador de su imagen histórica. A otros grandes de Chile y del mundo se ha pretendido dar trato similar, afortunadamente sin éxito. El más cercano en mi memoria es Neruda, a quien incansablemente, se le ha pretendido transformar en el poeta aséptico del amor y del erotismo juveniles, despojándolo de su pasión militante del Canto General y de España en el Corazón. No es posible entender a Salvador Allende sin agregarle el magnífico acento de sus exageraciones o el valeroso significado de alguno de sus defectos. Nunca debemos olvidar que este personaje, constructor de nuestra moderna actualidad, fue capaz de comprometer su vida en un duelo de caballeros y fue siempre capaz de castigar a algún rufiancillo con un buen puñete, de su gruesa y cálida mano derecha. La pretensión de este número trece de Encuentro XXI en estos veinticinco años de la muerte de Allende, es traerlo entero a nuestra compañía, ejercer nuestra obstinada memoria para tenerlo aquí, con nosotros y nuestros lectores, en especial los jóvenes, tal como era, vivo, tenaz, valiente, revolucionario, masón, caballero, fino, apasionado por las bellas corbatas, cegatón y no bueno para leer, galante, de lengua algo trabada e irremediabilmente chileno. Es lo más probable

que este propósito no lo logremos con este número, pero sí queremos inaugurar el camino de su memoria auténtica, que es la que nos reclama el desaliento de hoy.

Hoy día, hace exactamente diez años, en la víspera del cinco de Octubre del año de 1988, en plena dictadura militar, el país entero estaba alerta, movilizado por transformar en certeza un combate cívico de masas, que auguraba a las grandes mayorías nacionales la alegre y esperanzada expectativa de la recuperación de la democracia. Los largos y caros años de lucha del pueblo mayoritario, desde el mismo 11 de Septiembre de 1973 hasta aquel día, hacían previsible que podríamos ganar el plebiscito y arrancarle las manos al tirano, cuando quisiera desconocer su resultado.

Manuel, José, Raquel, Jaime, Tomás, Soledad, Carlos, todos estuvimos de acuerdo en que, por aquellos días anteriores al plebiscito, el estado de ánimo de la gente era de alegría y de esperanza, de solidaridad y de real compromiso con el destino de Chile, que se vivía como un nuestro país muy querido, que nos había dolido tanto, pero para el que queríamos de todo corazón justicia, democracia, dignidad, días mejores para todos. Las organizaciones políticas democráticas, que habían entregado sus mejores ofrendas en la lucha contra la dictadura, permanecían cercanas y compartían la dirección de las organizaciones sociales que la gente había creado; a pesar de la represión y la censura de la tiranía, los medios de comunicación social libres crecían y se desarrollaban y la diversidad ya rompía los viejos y rígidos moldes del autoritarismo. La gente estaba disponible, masiva e individualmente, para ser convocada a la realización de grandes tareas y empresas democráticas. Se comenzaban a insinuar las primeras definiciones y contenidos programáticos. Todos estábamos de acuerdo en la necesidad de la sustitución del orden institucional, en la reparación fundamental de la inequidad económica y social, en la necesidad de verdad y justicia en la reparación del daño ocasionado por las violaciones a los derechos huma-

nos, en la necesidad de devolver al pueblo soberano, la potestad principal para la construcción del Estado y de las normas para la convivencia social. Sólo nos separaban matices, factores menores cuya resolución podría constituir un hecho de fácil despacho.

En esta última reunión del Consejo de Redacción, todos estuvimos de acuerdo que el cuadro de hoy, diez años exactos después de aquello, es sustancialmente distinto y, en algunos aspectos, contradictorio. Tal vez tener presente, diagnosticar en términos de explicación, las causas del estado de ánimo de nuestras gentes a pocas horas del plebiscito, puede ser un buen ejercicio para entender el desaliento, la desesperanza, la frustración y lo más preocupante, la pérdida de confianza en el prójimo, en lo colectivo, en todo aquello que desarrolla los espacios de la moral social y su sustitución apresurada por lo individual, por un cierto modo de cinismo egocentrista que exalta hasta la alienación el consumismo y el metabolismo personales, reduciendo los espacios biológicos de la sustentabilidad humana.

De aquí para adelante, el análisis de Manuel, José, Raquel, Jaime, Tomás, Soledad y Carlos, comenzó a mostrar las diferencias a cuya virtud, yo hacía mención al principio de estas líneas. ¿A qué se debe lo que pasa hoy entre nosotros? Tratando de entender por qué ocurre lo que ocurre hoy, ¿qué pasará en la política nacional en el próximo tiempo?

Para algunos, lo que ocurre en el país no es sólo un fenómeno nacional. Debajo de estas visiones un poco superficiales y nostálgicas del desaliento y la desesperanza actuales, se ocultan hechos y fenómenos sociales e históricos de la mayor importancia y cuyas determinaciones se encuentran en lo principal de lo ocurrido en Chile y en el mundo, en los últimos cuarenta o cincuenta años. El advenimiento de la modernidad en Chile, producto de las grandes transformaciones de nuestra historia en el pasado reciente, ha determinado grandes transformaciones culturales, aún poco asumidas por la conciencia

verbalizada de la mayoría nacional, que se expresan en la necesidad ineluctable del cambio que hoy parece verse viable. Ya, a casi diez años del término de la dictadura, el cambio comienza a vivenciarse como viable y como este cambio cultural está sustentado en hechos tan infraestructurales como la disminución de la población rural del país al 15% y con ello la incorporación de grandes masas de chilenos a la modernidad, el cambio político es inevitable. Por todo esto, los que así opinan creen que Ricardo Lagos será el próximo Presidente de Chile, mas allá incluso, de la contingencia que el Sr. Lagos comparta o no estos puntos de vista.

Continúa la argumentación diciendo que Ricardo Lagos ha logrado ser socialmente asociado con la imagen del cambio y a esta percepción se debería su liderazgo en las encuestas, que expresarían la sensatez de la gente.

En esta línea de pensamiento se inscriben quienes piensan que el desaliento y la desesperanza, operan históricamente hoy como bases de sustentación de proyectos de cambio, por cuanto debilitan las naturales resistencias al cambio y los mecanismos a través de los que éstas actúan. Yo me he quedado con la apreciación que esta línea de análisis le resta toda importancia relevante a las operaciones políticas en curso y otros elementos de la coyuntura, a pesar de que ello no fue explícitamente afirmado.

En la pretensión de hacer una síntesis editorial de lo que fue nuestra discusión que, en verdad fue muy entretenida y rica si bien desordenada e interrumpida, debo decir que el planteamiento central anterior desató un conjunto de opiniones casi todas opuestas. Mas allá entonces de su realidad, tuvo el gran mérito de poner la mesa de nuestro debate y darle profundidad a nuestra visión de coyuntura, vinculándola a una perspectiva estratégica.

¿De qué modernidad estamos hablando? ¿Qué es la modernidad? ¿No será sólo la fase o etapa actual de desarrollo del capitalismo que opera en medio del mercado, ahora sí, mundial?

En términos generales, el resto de los participantes de esta reunión tuvo opiniones discrepantes de lo anterior, parcial o totalmente, con relación a los argumentos de fondo o a su consecuencia política concreta, tanto en los escenarios electorales probables del próximo año, como en los aprontes de candidatos probables.

Quedó abierta una discusión parcial entre algunos que estiman que, a partir de los gobiernos de la Concertación, en lo que se ha dado en llamar por algunos la transición, no han ocurrido hechos culturales profundos que sostengan y empujen hechos políticos que signifiquen cambio real y aquellos que piensan que la desesperanza, la marginación y el rechazo al sistema expresado de múltiples formas, constituye la base de una energía social de cambio futuro, de naturaleza transformadora. Me parece que esta línea del problema, merece ser particularmente desarrollada en especial por nuestros lectores.

La frustración de las expectativas democratizadoras de la mayoría nacional que está detrás del desaliento y el rechazo al sistema que hoy vivimos, se generó por el abandono que la Concertación hizo de casi todas sus propuestas y definiciones programáticas básicas, en los acuerdos sostenidos con la dictadura y los partidos políticos que lo sustentaron. Esto determinó que lo que se ha dado en llamar "la transición a la democracia" haya terminado siendo, casi exactamente lo que planeó Pinochet, verbalizado en el discurso de Chacarillas. Todo ha sido como lo diseñó el Capitán General, salvo el hecho que no pudo permanecer a la cabeza del Poder ejecutivo. En consecuencia, en el escenario político de hoy, cualquiera que sea el candidato único de la Concertación, no habrá cambio significativo alguno, sólo se puede esperar más de lo mismo. En síntesis, este planteamiento central estuvo en el otro lado del rango de opiniones que se confrontaron.

Hasta Septiembre, la confrontación político-electoral en curso entre la derecha y la Concertación se movía claramente en los mar-

cos visibles del SI y el NO heredados de Octubre de 1988. En este plácido escenario, Ricardo Lagos se mantenía imperturbable a la cabeza de todas las encuestas, claramente asociado a la imagen del cambio, con un Andrés Zaldívar que no lograba ni siquiera sentarse a la mesa de los candidatos reales y un par de candidatos de la derecha de destino no conocido a esas fechas. A esa altura del partido, la idea y el proyecto de las primarias ampliamente masivas, se percibía nítidamente favorable a Lagos, aún cuando el proyecto de ley era políticamente inviable para la derecha. Tales primarias constituían la certificación de la derrota de la derecha a todo evento, como dice Longueira.

En estas condiciones aparece en la escena la operación política encabezada por Pinochet mediante la cual, a propósito del proyecto de ley de suprimir el 11 de Septiembre como feriado, se produce el acuerdo del General con Zaldívar, la santificación de Zaldívar como el bueno. Mas allá de los efectos ingenieriles de la operación, sin duda el gran representante de los poderes fácticos, ha entregado a todos los operadores una señal profunda y cualitativa de la claridad de clase de los que, efectivamente, hegemonizan el poder del Estado creado por la dictadura. Se trata de la conservación, desarrollo y reproducción de la nueva institucionalidad y del modo de vivirla. Los efectos de la gran maniobra y sus secuencias, no se han hecho esperar. Desconcierto, balbuceos contradictorios y contraargumentaciones triunfalistas en la derecha, junto a la reaparición de nuevos conflictos entre Piñera y Lavín. En el campo de la Concertación, me parece que Andrés Zaldívar ha sido instalado como candidato presidencial, ahora con posibilidades reales acompañado de un "plus" real que le ha otorgado el General y que ha significado concretamente, que las primarias en cualquiera de sus expresiones amplias comienzan a serle favorables. De otro lado, este "plus" para Zaldívar puede significar para Lagos una cierta obligación embarazosa de permanecer ligado a un discurso destinado a ese mismo sector de centro-derecha, para neutrali-

zar el beneficio logrado por su oponente. Este efecto potencial puede ser especialmente perjudicial para Lagos, si se considera que cada día es más necesario para él, darle contenidos reales doctrinarios y programáticos, a la imagen de cambio con que la ciudadanía parece haber asociado su candidatura.

Esta reflexión se asocia a una de las controversias que tuvo nuestra reunión, en el sentido de si la imagen de cambio con la que parece asociarse la candidatura de Lagos, es sólo del campo de lo subjetivo-emocional o está ligada a fundamentos y seguridades de lo cognitivo-programático. En el primer caso, cada día sería más urgente que Lagos asumiera un discurso progresista, más de izquierda, efectivamente asociado a cambios reales. En el segundo caso, esto podría no ser tan necesario y eventualmente, podría serle perjudicial. Como se puede colegir claramente, la gran operación política de los poderes fácticos, cambio el escenario, sacándolo de la lógica del SI y el NO en la que se encontraba y la posibilidad de que el conflicto de la Concertación se dirima en la primera vuelta, es cada vez mayor. Por su parte, la derecha estaría llamada a comprender con su gran sentido de clase, que sus intereses permanentes están, por el momento, mejor cautelados por la Concertación encabezada por Zaldívar y que debe prepararse en términos de unidad y poder parlamentario, para enfrentar el agotamiento previsto para la Concertación como bloque actual, para el 2005. A pesar de todas las declaraciones y desmentidos no solicitados, resulta extraordinariamente difícil imaginar que la dirección de la DC y del comando de Zaldívar esté totalmente al margen de estos hechos, así como también resulta fácil suponer que, frente a la fragilidad demostrada por la Concertación, la solidez de los apoyos a Lagos flaquea en el seno del bloque PS-PPD y en los argumentos del PRSD para resolver a cuál de los dos candidatos apoyará, en definitiva.

Otro de los elementos abiertos de nuestro entretenido debate fue, la pertinencia de comenzar a pensar en una real oposición de izquierda, con capacidad real de operación

política en el escenario nacional. Lo curioso del asunto es que esto fue planteado por aquellos de nosotros que garantizan que Lagos será Presidente de la República. En efecto, los que así opinaron creen indispensable para avanzar en la modernidad, la existencia de una sólida oposición de izquierda al gobierno de Lagos en la inteligencia, supongo yo, que la imagen de Lagos asociado al cambio, carece de todo contenido programático o propiamente político. En todo caso, para todos los presentes, la idea de una oposición de izquierda al modelo neoliberal vigente con opciones reales de constituir una fuerza convocatoria, sea por un tipo de razones o por otro, expresa a lo menos, un hecho principal: la certeza de que esta oposición reducida al Partido Comunista y al Partido Humanista y sus anunciadas candidaturas presidenciales, es insuficiente para constituir el núcleo central del gran bloque por los cambios que será necesario en los tiempos próximos.

Nuestra reunión de Consejo de Redacción se dio en los días de iniciación del paro nacional convocado por el Colegio de Profesores, frente a la negligencia del Gobierno para responder oportuna y respetuosamente a lo planteado por los maestros de Chile. El Gobierno no sólo niega las posibilidades del reajuste solicitado, sino que además aprovecha claramente la coyuntura para intervenir declaradamente en las elecciones nacionales que tendrán lugar, de no mediar otras voluntades, durante la movilización. En el marco de las presencias históricas invitadas a nuestra Revista, expresamos nuestra profunda solidaridad y respeto al movimiento del magisterio chileno, a su directiva nacional y, de modo muy particular, a su Presidente Nacional y líder natural compañero Jorge Pavez.

Esta reunión del Consejo de Redacción de Encuentro XXI se dio en un marco muy importante de significados históricos y por ello, invitamos fraternalmente a todos nuestros lectores a discrepar de nuestros análisis y opiniones, como un homenaje real a las presencias históricas que hemos invocado, especialmente al Presidente Salvador Allende, nuestro invitado principal. XXI

SALVADOR ALLENDE

ALLENDE: extrañezas y destiemplos.

Jorge Arrate

Las derrotas son completas sólo cuando los vencidos olvidan las razones por las que lucharon. No es el caso de los derrotados el 11 de Septiembre de 1973. Hay explicaciones para la fortaleza de esa memoria; pero una es la principal: Salvador Allende.

Para los vencedores, la constatación es frustrante evidenciando lo parcial de una victoria que pretendían total. Por algún tiempo todavía, casi obsesivamente, persistirán en sus intentos de imponer en Chile, por diversas vías, las reglas del olvido. Una vez más, fracasarán.

Allende, el socialismo, la izquierda, son parte esencial de la nación, de su ser, de su cultura. Aquel que pretenda suprimirlos como recuerdo, referente, idea, partido, movimiento o fuerza, tendrá que asumir, de nuevo, la odiosa tarea imposible de suprimir parte de Chile.

El antiguo aparato de radio, en caja de bakelita color café oscuro, me recuerda el de mis padres, regalo de su matrimonio celebrado en 1940. Han pasado treinta y tres años desde entonces. Es más que mi existencia y sin embargo, no sé por qué, pienso que no es tanto.

La pieza de hotel decadente, de muros revenidos y cortinas deshilachadas, cobija un catre con perillas de bronce viejo y un ropero enorme con un imperfecto espejo biselado. El tono de la madera es caoba, creo. Toda una metáfora de ese Montevideo con aires infundibles de museo, estrechido ya en esos días por los tupamaros y la represión en su contra.

Nos hemos sentado en el piso de tabla, sobre unas alfombras de lana impregnadas de mugre immemorial, yo y mi acompañante del

primer día de un exilio que luego parecería interminable pero que, en ese momento, todavía ni siquiera somos capaces de adivinar. Siempre hemos pensado que todo saldría bien. No es un raciocinio; la razón, mirado el escenario desde un cuarto de siglo más tarde, vociferaba lo contrario, como sibila de mal agüero. Es Allende. Allende sabrá llevar las cosas adelante.

La música (¿cuál era?, ¿una vidalita de Zitarrosa o un rock?) se interrumpe. Un extra noticioso: "Informa radio Carve, Montevideo, República Oriental del Uruguay: el Presidente de Chile Salvador Allende se ha suicidado".

Político, político socialista, médico, un izquierdista, revolucionario, héroe, reformista, socialdemócrata, rojo, un destructor, un ingenio, amigo de Cuba y Fidel, antimperialista, un comunista, parlamentario... Así, entre apología y condena, Allende ha vivido sus veinticinco años de muerto.

Nadie ha podido escapar a la fascinación que produce el instante de su deceso, probablemente por el heroísmo consciente de su acto. Su decisión de morir no constituyó un arranque del instante, un impulso súbito. Allende enfrentaba la eventualidad de un fin trágico con serenidad y sin fatalismo. Quien escuche hoy la grabación de sus últimos discursos radiales desde La Moneda bombardeada no podrá evitar la sensación de oír a un hombre lúcido que habla con coherencia y con sentido de la historia, sin temor a la muerte próxima que está allí acechándolo mientras lucha.

Gesto de grandeza que ni sus propios enemigos han podido negar, la muerte de Allen-

de lo es aún más si se considera que él parecía amar tanto la vida, la vida simple. Por eso tuvo una capacidad singular de percibir las tensiones de lo cotidiano y de incorporarlas a su discurso político. Ajeno a grandes y refinadas teorizaciones fue mucho más político que ideólogo, impulsor de grandes proyectos, pedagogo social, realizador de ideas. Comprendió bien la manera de ser del chileno y percibió con claridad los motivos de sus aflicciones como también los de su alegría y felicidad. Su lenguaje estuvo siempre marcado por este rasgo fundamental.

La idea del socialismo fue en manos de Allende una idea bien custodiada: consistía en un mundo más justo, donde el ser humano fuera más libre y más pleno, más igual a sus iguales.

¿Apología? Quizá, es posible, más que posible. Durante veinticinco años he pensado una y otra vez la figura de Allende y tengo claro que no he abandonado, ni podré nunca, mi visión del Allende heroico, constructor de justicia, luchador por el socialismo. Pero durante este cuarto de siglo también ha surgido para mí un Allende más "incómodo", menos clasificable. Más allá de la legítima admiración, he ido descubriendo un Allende mucho más complejo que el ícono oficial de la izquierda chilena.

Estas líneas, siempre provisionarias (¿qué se habrá de decir de Allende a los cincuenta años de su muerte?), recogen algunas de esas incomodidades, tratan de establecer los "desórdenes", las "anomalías", que convierten a Allende no sólo en el gran crítico práctico de la sociedad capitalista latinoamericana de su tiempo sino también en el gran crítico de los modos propuestos para cambiarla.

No me atrevo a decir que Salvador Allende tenía razón, quizá no la tenía. Pero su grandeza radica no sólo en su heroísmo sino también en su accionar inconformista, indócil, distinto, que en las coincidencias con la izquierda, o las izquierdas (su izquierda, sus izquierdas), normalizadas por ese entonces, en su mayor parte, en discursos oficiales sólidamente

establecidos: los comunistas en una combinación de ortodoxia teórica de matriz soviética que mantenía vigente el concepto de dictadura del proletariado y postulaba una política democrática de masas que descartaba el enfrentamiento armado; y los socialistas, el partido de Allende, impactados por la experiencia de Cuba y los movimientos armados latinoamericanos, en el concepto de la inevitabilidad de un momento de fuerza (para el que era preciso prepararse), que restituiría la "normalidad" a la herética vía allendista.

Balmaceda se quitó la vida, digno, sereno, vestido formalmente, derrotado por los ejércitos del bando que estoy, sobre todo, por el sentimiento de haber causado guerra y muerte en su propia patria. Pensó y escribió su última carta

Prat, en el combate naval de Iquique, acometió al Huascar en acto suicida. Un rato antes improvisó su alocución en la cubierta de la Esmeralda que luego su segundo, Uribe, su amigo de infancia y compañero de armas, transcribió en carta escrita desde la prisión.

Allende dejó el testimonio oral de sus discursos desde la Moneda, combinación de arenga, profecía, despedida y esperanza. "Radio Carve, Montevideo, Uruguay, reproduce el último discurso de Salvador Allende, derrocado hace algunos minutos...". "... pagaré con mi vida mi lealtad al pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente".

La radio semeja un granerizo, una tortuga marina con caparazón de nácar, un puercoespín malévolo echado sobre un velador de esa habitación desvencijada, insensible frente al mar de lágrimas que nos inunda. Entonces recuerdo (¿o siento que escucho esas palabras?): "Joven, sépalo bien: yo tengo ambición histórica. A mí me sacarán de aquí sólo con los pies para adelante".

La muerte de Allende fue ajustada a uno de los destinos que él habrá prefigurado mu-

chas veces. Porque no tenemos uno solo, al menos en nuestra fantasía que se balancea siempre entre el pesimismo y el buen futuro, entre la muerte y la vida larga. En algún instante, en muchos quizá, habrá imaginado la victoria de su proyecto, la democracia más plena, la justicia social más vigente, unos destellos de felicidad compartida por su pueblo, el aplauso de sus contemporáneos, el reconocimiento histórico en vida. En otros habrá pensado su derrota, seguramente su captura. No hubiera sido el primer Presidente que salía en vilo de La Moneda, o de algún palacio de gobierno de América Latina, al amanecer, o de anocheada, un cañón en la espalda, la caminata con aires de aparente dignidad hasta un vehículo militar... Los fotógrafos, decenas de fotografías... El aeropuerto...

La noche del "tancazo", pocos meses antes del golpe, un grupo de los manifestantes que colmaban la plaza frente a La Moneda mientras Allende hablaba desde un balcón, gritaban: "Torres, Torres...". Sí, Juan José Torres. Presidente de Bolivia derrocado hacía poco. Y así había sido: al aeropuerto, hacia Santiago, había salido del Palacio Quemado, en La Paz, Juan José Torres. La editorial de un semanario de un comité regional del Partido Socialista insinuó, días más tarde, el mismo fin. No conocían a Allende.

Él había sembrado conscientemente y en muchos la convicción que jamás se rendiría. Pero algunos creyeron que era sólo una forma de intimidar a sus enemigos al hacerles sentir cuan decididos debían estar si intentaban derrocar su gobierno. Se equivocaron. Estuve entre los muchos que siempre creímos sus declaraciones. Quizá por eso, o a lo mejor por odiosidad hacia los golpistas, nunca concebí veinticinco años atrás que Allende se hubiera suicidado. Sentía orgullo porque había cumplido con su palabra y no había aceptado salvar la vida a cambio de la rendición y tenía la convicción que había sido asesinado. Mi tesis renunciaba a la duda, a la ambigüedad que entrañó su muerte que, a diferencia de las muertes nítidas, indudables, obligó a todos a una reflexión más atenta. Allende suicidado o Allende asesi-

nado, cualquiera de las dos posibilidades, hubiese sido el fin de un capítulo, porque la muerte es en sí misma fin, cuando es determinada. Pero esta muerte genérica, misteriosa, que parecía hasta avergonzar a algunos de sus adversarios, prolongó por mucho tiempo el debate sobre la forma precisa en que aconteció. Sentí por mucho tiempo que los enemigos de Allende deseaban disminuirlo atribuyéndolo a la propia decisión de Allende en vez de a sí mismos. Con el transcurso de los años me decidí por la duda y un día concluí que ya no tenía importancia si Allende se había suicidado o había sido asesinado. Estoy seguro que para la historia será una cuestión banal. Las circunstancias y forma en que fue atacada La Moneda en 11 de Septiembre de 1973 no admiten interpretaciones sobre la decisión de los atacantes de aniquilar a quienes allí se defendían. Por otra parte, la tenaz voluntad de Allende y de sus compañeros de permanecer en su sitio hasta el fin y de no aceptar la rendición, no dejan lugar a dudas sobre su decisión de sacrificar la vida si era necesario.

*"El pueblo unido jamás será vencido".
Marchamos por la calle principal de Curacaví,
después del recuento de votos. Los dueños de
los fundos de la zona han enmudecido. Unos
demócratacristianos se acercan a saludarnos.
Siento a mi lado la voz aflautada de un gordo
de bigotes, es un regidor comunista. Cantamos,
puño en alto: "Arriba los pobres del mundo..."*

*Horas más tarde, en el balcón del segundo
piso del antiguo edificio de la FECH aparece
Allende. Está rodeado, y apenas lo diviso desde
mi ubicación en el medio de la Alameda, entre
abrazo y abrazo, esa noche de triunfo. Pienso
con temor: el balcón se va a desprender de
repente de la estructura, no resistirá el peso de
tantagente. Al lado, en grandes letieros, el cine
Santa Lucía anuncia su último estreno en
Cinemascope. De nuevo, cantamos: "...mil
barreras habrá que romper..."*

*Alguien grita: "¡Dicen que la Moneda está
rodeada de tanques! ¡Vamos para allá!"*

ES EL 4 DEL 70, NO ES EL 11 DEL 73.

En la experiencia allendista, como en pocos otros procesos, victoria y derrota están inbricadas: factores que destacan positivamente en una de las dos instancias se expresan con signo negativo en la otra, y viceversa. La práctica democrática de la izquierda y el acatamiento de los marcos jurídicos que caracterizaba a la sociedad chilena en general, permitieron invocar exitosamente disposiciones legales y tradiciones políticas para consagrar constitucionalmente un triunfo electoral con poco más de un tercio del sufragio popular. Pero los mismos factores incidieron, por ejemplo, en la debilidad manifestada en algunas ocasiones para ejercer con mayor energía las facultades de coerción estatal o en la audiencia que lograron las voces que proclamaban que el gobierno incurría en ilegalidades o utilizaba contra su espíritu la legislación vigente. Mientras la práctica reivindicativa de largos años impulsada por el movimiento sindical orientado por la izquierda se tradujo en fuerza de masas y se reflejó en los resultados electorales, esa misma práctica se expresó en la orientación consumista de algunas etapas de la política económica del gobierno y fue aprovechada por la oposición para perforar la fuerza de la Unidad Popular incluso en segmentos de la clase obrera organizada. Mientras una cierta mezcla de ignorancia y apatía de la izquierda en relación con los problemas de la seguridad nacional y las fuerzas Armadas (¿o era un sentimiento de impotencia?) impidió la creación de áreas de conflicto inminente o de abierta contraposición, dicha apatía y desconocimiento se expresó durante el gobierno en las dificultades para conducir una política exitosa en esta importante área.

Es que el proceso chileno al socialismo era recorrido, como corrientes subterráneas, por dos tensiones básicas. La primera: la tensión entre el proyecto y su forma o vía con su actor o impulsor, es decir, la contradicción entre la llamada "vía chilena al socialismo" y la izquierda, el protagonista que debía surcarla y conducirla

en cada una y todas sus fases. La segunda: la tensión entre las características del protagonista y las tareas que el ejercicio del gobierno imponía como condiciones necesarias, aunque quizá no suficientes, para tener éxito.

Desde el día en que la izquierda triunfó en las elecciones pareció vivir con una dramática duda sobre su propio proyecto. Si se examina someramente la postura de cada partido resultará más clara esta afirmación. Para el Partido Comunista casi toda incertidumbre tendía a disolverse en la coherencia de su organización sólida y en los límites que su propia elaboración teórica suponía a los acontecimientos en curso. Su problema, en este ámbito, era lograr que la experiencia allendista pudiera explicarse en los moldes teóricos que eran su matriz analítica. Para el Partido Socialista el problema era mayor: la experiencia allendista contradecía hasta ese momento las estimaciones políticas de sus congresos y las profecías de la mayoría de sus dirigentes, que enfatizaban las limitaciones de la lucha electoral para impulsar los cambios postulados por la izquierda. Similar era la situación de los sectores de matriz cristiana popular, en pleno proceso de radicalización política y en actitud crítica al conjunto de la izquierda histórica y específicamente de su principal líder electoral, Salvador Allende. El MIR, por su parte, normalizado en la línea de la insurrección armada, desestimaba el empeño de Allende.

De este modo, en 1970 la Unidad Popular asumió el gobierno con el lastre de las disfuncionalidades provenientes del pasado, de esa contradicción entre el proyecto que surgía triunfante pero aún no realizado (¿nada más que la victoria de una insólita esperanza!) y las posiciones teóricas consolidadas, correspondientes a corrientes de conformación internacional, probadas en otras latitudes y con la apariencia, entonces, de cierto grado de éxito. Allende obviamente no podía reescribir el pretérito: la fuerza con que contaba era la que conocía, con sus fortalezas y con sus limitaciones. No tenía otra alternativa que superar las dificultades sobre la

marcha. Y, como también era esperable, este hecho constriñó severamente los márgenes de libertad del Presidente para actuar y redujo severamente las opciones disponibles. En definitiva, los partidos y su base, unos más, otros menos, no comprendieron suficientemente ni aceptaron la base del análisis de Allende: el escenario se modifica radicalmente y asume un carácter totalmente nuevo en el momento en que la dirección política del país pasa a manos de las fuerzas populares.

Es fundamentalmente este análisis el que me impulsa a sostener que los partidos de izquierda protagonistas de la Unidad Popular, más allá de sus aportes impresionantes a la generación y desarrollo del proceso, y de su probada lealtad y heroísmo, constituyeron una fuerza normalizada y conservadora, mientras Allende, en posiciones contra la corriente, teóricamente no consagradas, prácticamente mucho más complejas que los recetarios internacionalizados de las instituciones políticas que lo apoyaban, fue un auténtico innovador y levantó con su acción una crítica de la izquierda chilena mucho más profunda que las autocríticas "oficialistas" que circulan hasta hoy.

Amsterdam en Abril suele ser bastante helado y su clima marítimo siempre sorprende hasta a los que han nacido allí. Unos treinta hombres y mujeres enarbolamos banderas rojas con las insignias del Partido Socialista y buscamos la Avenida Salvador Allende. Nos acompañan representantes de partidos amigos.

Hay aquí varias generaciones de refugiados, algunos llegados desde el asilo en la Embajada holandesa de Santiago, otros desde países de acogida luego abandonados. En estos días, nada parece bueno para quedarse, sólo Chile sin dictadura. Y eso no existe. La mayoría viene de las cárceles, del Estadio Nacional, de Chacabuco, de la isla Quiriquina, algunos pasaron por Villa Grimaldi. O por la calle Londres. Pero tuvieron suerte: están vivos y en Holanda. Los miro y en ellos me miro. Estamos aterridos de frío; la avenida, en la periferia de la

ciudad, es muy larga, parece tener kilómetros, y está rodeada de prados y manchones de arbustos y árboles jóvenes. De pronto descubrimos que uno de sus tramos, de unos cientos de metros, se llama "Salvador Allende". Hay ya cientos de calles, plazas y escuelas en todo el mundo que llevan el nombre, me dice alguien. Asiento, y habrá más, digo, mientras con la bufanda trato de evitar el viento en la cara. La sensación térmica es en Amsterdam mucho peor que la temperatura, en los meses de Abril. Y las nubes... Una mujer gorda envuelta en un gamulán muestra con el índice las nubes. Los rostros morenos se levantan y miran hacia el cielo con una mueca de incertidumbre, temen al aguacero. Se ve el cielo completamente plomo y se nota que un viento feroz empuja a las nubes, y de repente caen unos goterones y luego la embestida se detiene. Pueden transformarse en granizo o nieve en cualquier instante, aleitan. O puede hasta salir el sol, por un ratito. Abries la lucha entre la lluvia y el sol, las nubes en el medio.

En el centro de uno de los parques vemos un monolito, rodeado de pasto quemado por las heladas. Ese es. Es el monolito en homenaje a Allende. Es sólo planicie en decenas de metros a la redonda, y los autos, muy pocos, se divisan allá lejos, surcado, sinsaber, la Salvador Allende. Un bastidor con la bandera socialista se afima ahora en el monolito, una forma abstracta. Dos compañeras arreglan unas imperfecciones de la corona de flores.

Alguien saca una cámara fotográfica y procede. El presidente del partido local comienza la difícil lectura de su discurso de aniversario: el viento estremece las hojas de papel y pareciera querer metérselo a la boca y las narices por la fuerza. La foto rendirá testimonio. Dos compañeras colocan la corona. Unos niños corren veloces tras el bastidor que el viento cleptómano arrastra por el prado seco. Rostros congelados. Los puños en alto. La Marsellesa Socialista. El fotógrafo sigue implacable como si el rollo no tuviera fin. Lo desarrollará en su cámara oscura y nos enviará copias, desarrolla-

rá las fotos en un tono gris sepia. ¿Por qué irá a elegir el gris sepia? Pasarán muchos años y siempre que mire esas fotos me preguntaré por qué; absurdamente, porque sé la respuesta. O creo saberla.

El temporal se ha desatado. Corremos todos, chorreando agua a los pocos metros, en busca de guarida. El acto ha llegado a su fin, ha transcurrido otro 19 de Abril, otro aniversario del PS, uno más (¿cuántos más nos esperan en el Abril de Amsterdam), y nos hemos dispersado en trenes amarillos a nuestros pueblos de nombres extraños que no pronunciamos bien, a nuestras casas. Allí, en cada una, está Allende.

Al analizar la izquierda chilena de los años 60 y 70, dos elementos surgen como factores de consolidación de su identidad y unidad: uno es el liderazgo asumido por Allende, el otro es el rol de la teoría revolucionaria como factor plasmante de un pensamiento básico común relativamente compartido.

Un cuarto de siglo después es imposible desconocer que la teoría, como cemento y uniformador, y el líder, como difusor, mediador y vértice, adquirieron contornos antagónicos. De esta manera, la Unidad Popular llegó a reflejar una izquierda ortodoxa en lo teórico (aunque dividida en ciertos conceptos) y original y herética en su práctica. La ideología era sostenida por el canon teórico, la práctica era sostenida por Allende. La teoría y Allende eran los dos elementos soldadores de la izquierda chilena. Pero mientras Allende se constituyó en el elemento aglutinante con capacidad de soldar proyecto, actor y tareas en el proceso social, la teoría revolucionaria asumida en su forma canónica (un canon o el otro), fue el gran desarticulador de ese proyecto con su actor político y orgánico, la coalición de partidos, y de ésta con sus tareas.

Habida consideración de estas tensiones, sostengo que el núcleo de la estrategia seguida por Allende en los tres años de gobierno parece

válido: se trataba de suplir el esquematismo político de sus bases de apoyo y sortear la disfuncionalidad de su forma de pensar y de hacer política, a fin de neutralizar la enorme fuerza potencial del adversario e impedirle que la reuniera y utilizara en plenitud.

¿No es extraño? El político de izquierda más inserto en la institucionalidad, el que predicaba la posibilidad de construir un nuevo Estado con continuidad legal entre el Estado que deseaba reemplazar y su sucesor, el más asimilado a los estilos y prácticas de la política del período denominado del "Estado de compromiso", ¿había desordenado todos los esquemas y principalmente los de sus propias fuerzas de sustentación!

Saca el féretro de la tierra protectora que cobijó la tumba anónima. Desde Santa Inés hasta el Cementerio General corre, vuela el ataúd, atraviesa como bolido entre las filas de los que alcanzan a agitar una banderola, levantar un palo con un afiche, remecer un pañuelo, enarbolar un puño, correr, correr unos metros, los niños, los más jóvenes para estar más cerca, unos segundos.

La comitiva oficial parece guardia temerosa: quizá alguien va a robarse el cajón, pienso. ¿Por qué no? No es una idea descabellada, robarse el cajón y los huesos, el cráneo resquebrajado por el balazo, las osamentas expropiadas por tantos años, transportados velozmente para llegar de nuevo allí, bajo tierra, ahora rodeadas de mármol. ¿Por qué no robarlas?, pienso. Gloria eterna al héroe (en la nueva tumba o en algún sitio recóndito entre los suyos).

La gente enrolla las banderas rojas en torno a los palos de escoba, atesora una fotografía gigante, lanza un grito más y se vuelve a su destino. La ciudad está en calma, se ve igual, pero no lo está. Mal que mal ha pasado un fantasma frente al cual lo único imposible es la indiferencia.

Recabarren, Mariátegui, el Ché, Allende, cada uno a su modo, desordenaron. Todos ellos

desecharon los caminos codificados que abrían las dos internacionales: el conformismo de la Segunda y el stalinismo de la tercera. Rompieron con esos cánones, no renunciaron a pensar sus realidades, y su aporte es no sólo el acto teórico de disentir (heróico, muchas veces, en la izquierda del siglo XX) sino también su ejemplo de libertad para pensar: la reivindicación de un pensamiento propio, la renuncia a la imitación y, sobre todo, el rechazo del dogma teórico o político que tanto esterilizó durante el siglo que termina al movimiento socialista.

Aunque no queremos olvidar, el olvido es una termita. Aunque no queramos alimentarlo, allí está, socava.

Se ve repleto el Estadio Nacional. "Caminate no hay camino...". Recuerdo el sufrimiento que almacenó esa cárcel improvisada; algunos que están allí la habitaron. En aquellos días. Para la mayoría del país son episodios que o no quiso conocer o conoció y quiso olvidar,

habrá otros para quienes esas imágenes se han ido haciendo borrosas.

Pienso: la mayoría en este Estadio no ha olvidado. No podría. ¿Cómo olvidar lo que no se vivió, lo que no se conoció por la vivencia? Los miles de jóvenes que hay allí no podrán olvidar, precisamente por su juventud. Siento una extraña alegría. Me preocupan menos el olvido, las amnesias, los intentos de lobotomía colectiva, la fuerza ejercida sobre las memorias para que no sigan practicando ese vicio malsano de recordar... "Se siente, se siente, Allende está presente", gritan los que no olvidarán porque no tienen memoria de esos días y, por lo tanto, no pueden. Allende ya no depende de nuestro registro, el de aquellos que presenciamos, sufrimos, vibramos con los días de la Unidad Popular. Ha vivido sus veinticinco años de muerto en la memoria colectiva, esa que nunca termina. XXI

Santiago, Septiembre de 1998.



Recados: Ritos de fiesta, Ritos de muerte

Carmen Berenguer

1- ¿QUÉ PASÓ CON SALVADOR ALLENDE?

Escribir sobre o acerca de Salvador Allende, no es cosa fácil. No se trata de hacer la pregunta, de ¿Qué hacías tú cuando?

Entonces ha pasado Septiembre, para precisar más el tiempo el 4, el 11, la celebración marcial de la fiesta, el 18 y el 19 de Septiembre.

Entonces Septiembre es anudado por sus ritos de muerte y ritos de fiesta y esto desde el sacrificio, muerte de Salvador Allende y la orgía de sangre que sobrevivio.

Entonces durante 25 años no ha dejado de ser nuestro pase ritual a la celebración que nos dice de alguna manera quiénes somos aquellos que hemos hecho de esa muerte, todas las muertes, y nos hemos arreglado para hacer de esa fecha, nuestro rito, nuestra fiesta, nuestra celebración, nuestro velatorio.

Es cierto que esta fecha, 11 de Septiembre, expresa dos Chile, pero por qué ocurrencia original deberíamos olvidarla o borrarla.

En este país hay dos Chile. El 11, no es una invención, es el día que se escogió para declarar una idea de guerra con las consecuencias que ya conocemos. Y más allá del hecho, el 11, doblemente 1, es el día que señala el principio de una derrota. Es esa derrota la que ha alimentado nuestra iconografía a nuestros cementerios imaginarios donde hemos depositado pequeñas esperanzas, refugio donde no hay letra, ni humor negro, ni ácido, que resista esa herida.

Bueno pues, Chile tiene sus iconos, tiene sus representaciones reproducidas en las poleras

juveniles, el che Guevara, Salvador Allende, Violeta Parra, Victor Jara, no han dejado de acompañarnos. Ellos han sido nombres proscritos en la guerra sucia.

A principios de 1983, para ser más exacta en Mayo organizamos junto al escritor y ensayista Jaime Lizama un proyecto a través de Luisa Ulibarri. Gran recital de poesía en el Instituto Chileno Norteamericano, los invitados 33 o más, entre los cuales se encontraban poetas de la talla de Oscar Hahn, Enrique Lihn, Diego Maquieira. Yo quería con un ingenuo placer dedicarle un poemita de no más de cuatro versos a Salvador Allende, (poema que se publicó en la Revista de poesía de la época editada por Ramón Díaz Eterovich). Se armó un barullo más o menos, reuniones, persuaciones, paranoia, en fin, todo esto creado por el goce íntimo de decir el nombre prohibido. No hace muchos días me encontré con el profesor Rojo de la U de Chile, quién me recordaba por ese hecho. Y es más, esos recitales fueron sin quererlo el preámbulo de los estallidos sociales expresados en las primeras protestas en el año 1983.

Siguiendo el orden del nombre, no hace mucho me pidieron escribir un textito de la familia para el famoso programa del canal 13 de televisión conducido por Margarita Duchí. Al hablar de la familia obviamente hice un recuento en el que necesariamente, pasaba por la historia: el hombre a la luna, la alianza para el progreso, el control de la natalidad, y Salvador Allende. La sola mención del nombre hizo añicos mi escrito a la publicidad.

Un año antes del golpe, me encontraba en los Estados Unidos, y me invitaron a hablar

en un colegio sobre el gobierno de Salvador Allende, la idea consistía que explicara a los jóvenes adolescentes, lo que estaba ocurriendo en Chile y en Inglés, que apenas balbuceaba. Yo había leído hacía pocos días el Newsweek donde se le dedicaba un extenso artículo a las manifestaciones de la oposición, los caceroleos de las damas del barrio alto, y aparecían las implicancias de la famosa I.T.T. en los camioneros en paro pagados por la C.I.A. además salía en la revista fotos del legendario Hotel Valdivia y su originalidad en el decorado para adornar las fantasías sexuales de la época. Creo que hice mi charla en un ininteligible e inaudito Spanglech, mi lectura del magazine, haciendo una verdadera ensalada rusa, elogiando a Salvador Allende, para sorpresa de los muchachos que educadamente con los pies en los escritorios en actitud desenfadada, me miraban esperando ansiosos el timbre de salida, y sin entender nada, salvo el nombre de Salvador Allende, lo único entendible pues escuchaban cada vez que yo decía: you now Salvador Allende, que cuando sonó el timbre, yo suspiré aliviada, pensando que quién me habría metido en este embriyo, mientras los muchachos arrancaban de la sala a todo dar, y solo uno se me acercó explicándome el significado bíblico del nombre Salvador, he will save us, que según el era paradójal, creo, le respondí sin pensarlo de veras que realmente era paradójal. Yo era una mujer joven 23 años y de política no sabía nada. Sin embargo intuitivamente, iba reteniendo las imágenes de esa época asociada a la prohibición del nombre.

Entonces, aunque aparezca de rojo o de negro, el 11 de Septiembre fue el día que murió Salvador Allende, y es una tragedia para nosotros, es nuestra derrota y querámoslo o no, marca el fin de un sueño compartido por nosotros inocentes e ingenuos. Pero no nos obliguen a ser más huevones todavía, y por decreto. Ahora todo su reverso y hoy, no es lo mismo que ayer, así hemos visto su nombre motivador de una empresa ya sea editorial, ya sea eventual.

2- . CUANDO LAS CAUSAS LLORAN Y EL OLVIDO PENA

Una mujer me ha llamado por teléfono para haceme un pedido. El pedido consistía en escribir acerca de un tema que se ha tornado un tomento: "El punto final" a la historia de estos años. Escribir acerca de la amnistía en nuestro país. Me sugiere que puede ser creativo, situación que me confundió mucho más aún. ¿Puede uno negarse a tal pedido? ¿Entendería alguien que un escritor/a pueda rehuír el tema, aún cuando la problematice como me sucede a mí? ¿Y porqué me ocurre? Si bastaría con argumentar una negación a ponerle punto final al horror vivido durante la dictadura. A hacer de este texto un rechazo terminante a la amnistía. Los argumentos pueden ser profundos o no, más allá de todo, y aquí, se sustentan por los hechos, aún cuando otros quieran poner en entredicho "la historia oficial", y negarla con la fuerza que tienen las palabras de colocar el énfasis en la argucia, para desmentir y hacernos creer en la duda, a poner en duda y a justificarse en la duda. Tal dudano se justifica en la verdad, ya que la verdad misma ha sido puesta en duda. Y la duda reside en el error de aceptar sus justificaciones. Y mi propio hacer de la palabra un fundamento de resistencia, puesta en duda, por su valor como mercancía, sospechosa de si misma, en el hueco y vacío de su propia utilidad: La escritura.

Las palabras tienen más fuerza que los hechos, dependiendo de quien las emplea. Las palabras pueden ser serviles, ociosas o vacías. Las palabras pueden hacer que una verdad se convierta en sospecha, frente a un tribunal, de acuerdo a su astucia. Puede tentarnos a creer que no es bueno para el país desenterrar una evidencia.

Pero mi duda no se refiere solamente al modo de los planteamientos acerca del tema. Mi duda es acerca del efecto que puede tener hoy la fuerza de la palabra de un escritor en la

sociedad actual. Mi duda sospecha de tal efecto, hoy. Como también sospecha de que pueda argumentarse una ficción para tales efectos.

Sin embargo hay una palabra que me ronda constantemente, y que cambió mi vida. Es la de DETENIDO-DESAPARECIDO. Pareciera ser una palabra compuesta en forma arbitraria, y lo es. Una palabra compuesta que parece un contrasentido, y lo es. Porque en ella se manifiesta todo el contrasentido de una época. Tendría sentido que alguien sea detenido y que de acuerdo a leyes de facto o no, arbitrarias o no, sean expuestos a juicio. Pero no tiene sentido que una persona sea detenida en las sombras, y que aún cuando vista por la familia o testigos oculares, posteriormente no se sepa más de ella; que se haga participar a un país entero de que nunca existió su detención. Eso es un contrasentido. Hacernos creer que nuestra memoria falla. Poner en duda una memoria colectiva, atenta la salud mental de un país. Borrar su memoria hace senil prematuramente un devenir democrático.

Esta palabra: DETENIDO-DESAPARECIDO, se escuchó incesantemente durante 17 años. De tanto escucharla, se hizo abstracta. Pero DETENIDO-DESAPARECIDO tenía sus nombres bajo sus imágenes, las últimas que cada mujer colgó a su cuello. Aquellos retratos han sido el testimonio del error, de la falla, del hueco.

Esta palabra compuesta es la novela que nunca se escribió.

Tengo en mis manos la obra Argentina "Nunca Más" en la que participó el escritor Ernesto Sábato, y constituye la novela testimonial con el aporte de la fuerza de la palabra de un escritor.

En unas páginas de crítica norteamericana, Jean Franco desarrolla un ensayo de los discursos "residuales" en el que describe las medidas represivas y genocidas de los regímenes autoritarios del Cono Sur y de Centroamérica que logran crear la hiperrealidad terrorista, que el filósofo F. Jameson atribuye a la lógica cultural de la posmodernidad. Y que como bien ar-

gumenta el crítico George Yúdice: "No se trata, por cierto de prácticas culturales de la simulación lo Baudrillard (filósofo); no obstante, producen el mismo efecto: por medio de torturas, mutilaciones y desaparecimientos, se borra el pasado y se hace imposible toda identidad, aún la del mártir". "Al extinguir la sociedad política, surgen grupos que le dan valor público y político a la vida privada. Las locas de la Plaza de Mayo y las madres de los desaparecidos, en rituales públicos, recomponen la identidad de sus hijos desaparecidos o mutilados, permitiéndoles reaparecer en las imágenes que llevan en procesión o en las fotos de los cadáveres recompuestos".

Las madres de los detenidos-desaparecidos en Chile carecen de una Plaza real, pero su Plaza obviamente imaginaria, es la "Plaza 11 de Septiembre".

No se trata de atribuirle al signo de una memoria borrada para argumentar una identidad posible a través de una nota nostálgica, sino que por el contrario de la fuerza de una recomposición que requieren nuestros cadáveres mitologizados y deshumanizados.

De la fuerza que se requiere para que nuestros cadáveres no sean el cadáver futuro de una América Latina amnésica y afásica. Que no tiene pasado, que no tiene nada que contar, nada que decir, mutilada, ritualizada y fetichizada como la Latin Lover aceiteada por los reflejos tenebrosos de un candome.

"Cadáveres" de mi amigo y autor argentino Néstor Perlongher (Q. E. P. D.), a quien conocí en Buenos Aires en la década de los 80, es el gran poema que a mí me hubiera gustado escribir. En él me identifiqué como en ningún otro. En la fuerza de su palabra sigo existiendo. Me alivia. Recompone mis pérdidas:

" Bajo las matas
En los pajonales
Sobre los puentes
En los canales
Hay Cadáveres

En lo preciso de esta ausencia
 En lo que raya esa palabra
 En su divina presencia
 Comandante, en su raya
 Hay Cadáveres

Precisamente ahí, y en esa
 rida
 de la que deshilacha, y
 en el desdén de la que no se
 diga que no piensa, acaso
 en la que no se dice que se
 sepa...
 Hay Cadáveres

En el tepado de la que se despelmasa,
 febrilmente, en la menea de la que se lagarta en
 esa yedra, inerte en el despanzurrar de la que
 no se abriga, apenas, sino con un saquito, y en
 potiche de saquitos, y figurines anteriores, mo-
 das pasadas como mejas muertas de las que Hay
 Cadáveres

Se ven, se los despanza divisantes flotando
 en el pantano: en la colilla de los pantalones
 que se enchastran, símilmente; en el ribete de
 la cola del tapado de seda de la novia, que no
 se casa porque su novia ha

Hay Cadáveres

En ese golpe bajo, en la bajez de esa
 mofleta, en el difraz ambiguo de ese buitre, la
 zeta de esas azaleas, encendidas, en esa obscu-
 ridad Hay Cadáveres"

Estos fragmentos que escogí pertenecen
 al libro "Alambres". Retorno entonces al princi-
 pio, a mi sospecha, a mi propia duda acerca de
 la palabra del escritor, escritora, hoy. Y no se
 trata de la moral de la palabra, más bien su hue-
 co, su vacío. Mientras tanto las ideas, las bue-
 nas ideas seguirán llegando de las metrópolis.
 Por ello me pregunto qué valor tienen las pala-
 bras en este vacío, y qué afecta. ¿Es un virus
 infeccioso? Al menos aún aislada contamina y
 se defiende de ser el Cadáver de una moderni-

dad afixiante.

El punto final, niega "una gramática de
 la vida"

Estos textos obedecen a un pedido de
 Carmen Soria, la hija de Camello Soria. 1993.

3. - N.N.

Dos enes ocuparon mi ciudad sitiada.
 N.N. fue escrito en el patio México del cemen-
 terio, General. N.N. fueron las bolsas de plás-
 tico en el fondo del mar Pacífico. N.N. fue la
 mujer ensacada del norte. N.N. diseminado
 en la torre de alta tensión. N.N. fue la transmi-
 sión oral y clandestina. N.N. tuvo la familia
 chilena. N.N. transformó la prensa nacional.
 N.N. se borró en el registro civil. N.N. se que-
 mó en la ley. N.N. Hizo regional tu nombre.
 N.N. fue el prisionero de mi memoria. N.N.
 fue el simulacro de tu nombre verdadero. N.N.
 te hizo irreal. Una investidura de cal ha en-
 gastado tu nombre.

Si te encontrara escribirías solamente N.N.
 en las cortezas de los árboles; enamorada hasta
 encontrarte, dibujaría corazones en el aire con
 tu nombre. Y mi lengua diría: N.N. hasta
 despapilarse. Se despedraría por un beso tuyo.
 Un beso más en mi lengua rendida la haría
 aullarte. Y quizás ayentándote, agotaría su re-
 serva salival y rayaría en el norte tus iniciales.
 Repararía N.N. en mi nuca. Borraría N.N. en mis
 muñecas.

Haría que no dejara de rumiarte porque
 mi cama está caliente. Usaría radicalmente tu
 nombre completo. Te nombraría tal vez, de una
 forma furtiva y a toda prisa vivirías solo por eso.
 No para que volvieras, sino para que yo volvie-
 ra. Por eso y sólo por eso, haría una legua de
 nombres en mi Sur. Con tu nombre borraría el
 Sur. Con tus iniciales haría una escritura de la
 ausencia. Con tus huellas reharía la caminata de
 mi vida. Encima de tu cuerpo me restregaría has-
 ta sentirte. Encima de ti reanudaría aquellas es-
 crituras muertas. Encima de ti retrasaría la hora.

Así esta pasión de encontrarte haría pública tu ausencia.

Así esta pasión haría pública la inhibición de haberte perdido, irremediablemente. Mi memoria recorrería nuestro desorden.

Móvil, con un invisible ademán te diría: Adios amor mío.

Así de enamorada, vería vertiginosa descorrer nuestra historia. Tu oreja en la postal de la muerte. Aquella frenética ilusión de progreso. Aquel desenfadado ideal. La misteriosa soledad de un privado. La engastadura de un anillo de bodas. Nuestro perfil fotográfico de familia onerosa. Los pasajes de Guolag, Viet Nam, Cuatro Alamos y Campos de Marte.

Yo y tú sin retorno apasionados. Yo y tú, huéspedes de una morada imaginaria. Tú y yo

enamorados. Yo en el Mayo de las flores. Rehénes.

Morando el olvido te diría una noche, que no te lloraría, porque si no estuviera viva, quien respondería por nosotros. Quién podría reconocerte si no yo. Quien impediría negociaciones en tu nombre. Quien podría privatizar nuestra fragorosa memoria. Quien te habría llevado atado en mi cuello, sabiéndote ido. Quien me habría humillado, una vez más. Quién viviría inalterable esta osadía de vivir una lengua exiliada, el atrevimiento de nombrarte y hacerte vivir en la muerte. Vivirte me haría escribirte, me haría decir: Que nunca te has ido. Mi osadía ha sido pensar lo imposible.

"A nosotros nos parece que nunca habría existido el más mínimo, Goulag, si las víctimas hubiesen tenido el discurso que tienen hoy día los que lloran sobre ellas." G. Deleuze. XXI

"Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno"

Soledad Bianchi

Todavía me extraña recorrer, en Santiago, una calle llamada Salvador Allende. Como por casualidad, sin conocerla, vine a dar a ésta, no muy lejos de Macul, que no pertenece a Ñuñoa porque si, usted, mira el Plano de Santiago, encontrará varias, todas en comunas populares. Y mientras la Salvador Allende atraviesa Puente Alto, las Presidente Salvador Allende se extienden en Huechuraba, Lo Espejo, Cerrillos y San Joaquín, pareciendo enhebrar un mapa de la pobreza urbana.

Como sintiéndome en falta, me detengo en los letreros que la anuncian, sospechando un castigo por violar la prohibición de nominar al proscrito, pero, claro, nada sucede porque ya terminó la dictadura y aunque, sin ganas, la actual democracia ha autorizado estos bautizos, en sectores pobres y populosos. Y sigo mi trayecto, mientras otras gentes pasan, raudas, por esta calle Presidente Salvador Allende, sin enterarse casi de su nombre, o considerándolo, tal vez, tan lejano o desconocido como otros apelativos de avenidas, pasajes o cruces ciudadanos. Y así como para algunos, Allende no resuena, hoy, más que como el apellido de un antiguo veterano, teñido por sangre, y no sólo por la propia; quizá como un hombre culpable de muchas penas y dolores; para otros, será el dirigente honesto que se negó a claudicar porque creía en la justicia de su quehacer y, posiblemente, nadie se pondrá de acuerdo, y será difícil que, hoy, a veinticinco años de su muerte, haya consenso respecto a su figura, al papel que desempeñó, a los logros y limitaciones de su gobierno, a su ceguera o lucidez para enfocar (o prevenir) su derrocamiento, porque esos años del gobierno de la Unidad Popular y su Presidente fueron radicales -como esa época-;

porque, hoy, a veinticinco años de su muerte, Salvador Allende está rodeado, fantasmalmente, por ese manto del olvido consensual que silencia y acalla, estigmatiza o absuelve, a personas, hechos, instituciones, momentos, de un pasado, distante o próximo, según el observador, pero un pasado -hace sólo veinticinco años, hacen ya veinticinco remotos años-, que nadie puede refutar que cambiaron la historia de Chile, y es ridículo intentar borrarlo porque desate polémicas, y es hipócrita pensar que no hay que advertir el pasado y comprenderlo para enfocar y construir el porvenir, y es mentiroso decir que quienes lo hacen están/estamos detenidos en el ayer.

No obstante, digan lo que digan, todavía una parte de mi vida está -y estará, para siempre- marcada por Salvador Allende y lo que él significó, una utopía que lo trasciende y abarca a muchos, a una mayoría, a multitudes. Y me niego a negar esta parte de mi vida, no quiero alejarme de ella, y si la reconstruyo y la retengo es porque, creo, se incorpora a lo que soy hoy, y comienzo a recordar...

En el mismo centro de la década del sesenta, en 1965, yo ingresaba a la universidad. Venía de un colegio particular, católico, de clase media acomodada, pero para continuar mis estudios de Profesora de Castellano había elegido la laica Universidad de Chile y su Facultad más combativa y atrayente, el Pedagógico. Hacía sólo un año se había iniciado el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Desde el Pedagógico, la rebeldía, la protesta, la ampliación de mundo, la corrida de barreras mentales, más confianza en el mañana, el estudio, la Reforma Universitaria, la taza de té de Nicanor Parra con

la señora Nixon, la Guerra de Vietnam, la muerte del Ché, la Nueva Canción Chilena.

Todavía allí en 1970, participé, siendo docente, en la elección del Presidente Allende. (Y mi memoria retrocede hasta 1958 cuando yo, de diez años, vivía con mi familia en una pequeña calle de Providencia donde, también, residía el Senador Salvador Allende, quien en esa ocasión era candidato a la presidencia por segunda vez, habiéndole correspondido el número 4 en la cédula electoral. El 4 de septiembre, mismo día de la votación, partimos con algunas amigas a indicar los números de nuestros presidenciables predilectos a los automovilistas que continuaban su camino, sin darle importancia a este inofensivo grupo juvenil. Sin embargo, uno de ellos se detuvo y, ante nuestro gran asombro, divisamos a Salvador Allende que nos saludó y comenzó a hablarnos. Ninguna de nosotras era su partidaria, si bien inmediatamente intentamos disimularlo variando las cifras que hacíamos con las manos, y lo único que recuerdo es que se refirió a la "demagogia", para aludir a nuestros elegidos, posiblemente. Llegando a mi casa pregunté el significado de la palabra, y nunca olvidé el tiempo que se había dado nuestro vecino-senador para dirigirse a unas infantiles opositoras).

Me cuesta pensarme sola en esa época de proyectos colectivos, prolongada hasta que desde esos mismos patios del Pedagógico miraríamos desolados el bombardeo de La Moneda, oyendo, impotentes -"la historia los juzgará"-, los rumores más feroces del Golpe de Estado.

Fin de una etapa y no sólo para mí, brutal cierre de un ciclo para nosotros, ciertos chilenos, algunos chilenos, muchos chilenos, que vivimos nuestra juventud impresa por la marca de la esperanza, del optimismo, de la creencia en un futuro mejor que estaba en nuestras manos variar, y del que, es indudable, Salvador Allende fue su más consecuente representante y portavoz. Perspectivas y audacias propias de la juventud, podría pensarse, y tal vez estos rasgos lo sean, así como nuestra generosidad y

entrega: queríamos, estábamos seguros, y convencidos, que lo mejor sería para todos, luchábamos -junto a otros- para que los cambios favorecieran a las mayorías, mucho más allá de nosotros. Quizá esta certeza absoluta era la base de la alegría. La confianza podría verse como el cimiento de cantos, de consignas gritadas a todo pulmón, de desfiles y marchas, de banderas. ¿Irresponsabilidad?, tal vez, pero preñada de amor, humor, sinceridad, desdén, desinterés, y ¡ay!, una buena dosis de sectarismo.

Y, rápido, mucho color y sol nublandose ese martes 11 de septiembre de 1973 cuando quedamos sujetándonos apenas con las uñas de las potentes rocas que nos habíamos negado a percibir en nuestras cercanías, apenas afimados de este terreno que se deslizaba bajo nuestros pies.

Entre la fe ciega, la derrota y la añoranza, así quedamos situados en un nuevo espacio, ahora ajeno y de otros, aunque obligadamente nuestro, también, a pesar de nuestras diferencias: jóvenes-viejos, ahora: aterrados, derrotados, vencidos y con el desconcierto del corte brutal, del fin abrupto, "*este paso que coloca a Chile en el despeñadero*", desconcertados ante este nuevo mundo donde hasta el lenguaje había variado. Obligados a simular indiferencia, constreñidos a olvidar con rapidez, a fingirnos otros sin pasado, con la intención de no omitir proyectarnos, ¿a dónde, cómo, con qué, con quiénes?

Sobrevivientes, débiles y fuertes, enteros y vacilantes, eso fuimos, eso somos, los que hablamos y los del silencio poderoso, ni héroes ni traidores ni monumentos sino mujeres y hombres rodeados de muertes, violencia, injusticia, exilio, cesantía, resentimiento, sospecha, censuras, desconfianza... y solidaridad. Ahora, más realistas, quizá demasiado pragmáticos, no tan creyentes, menos militantes y, ojalá, menos sectarios, con la amargura de un mundo ido que como todo trayecto vital es imposible de recuperar, con afanes desmitificadores, pero sin amnesia, querer mirar hacia adelante para cons-

truir nuevas oportunidades y más justicia, inventando la actualidad integrando el ayer, sin negar ni negarnos: "No importa, me seguirán oyendo".XXI

Soledad Bianchi

(Todas las frases entrecomilladas pertenecen al último discurso del Presidente Salvador Allende, transmitido por Radio Magallanes, el 11 de Septiembre de 1973).

Los tres Años del Gobierno Popular de Salvador Allende

Marta Hamecker
16 septiembre 1998

Mientras se debilitaba en varios países el movimiento guerrillero rural —el golpe más duro había sido la caída del Che en Bolivia— y se producía un auge de las experiencias guerrilleras urbanas en Uruguay y Argentina, ocurre otro hecho que conmueve a la izquierda latinoamericana y mundial: el triunfo electoral de Salvador Allende en Chile, en septiembre de 1970 —primera vez en la historia del mundo occidental en que un candidato marxista llegaba a través de las urnas a ser presidente de la República—. Esta inédita experiencia creó una gran ola de simpatía a su favor. Era el momento en que la izquierda europea buscaba cómo transitar al socialismo por la vía democrática.

Si la Revolución Cubana había fortalecido las posiciones partidarias de la lucha armada, el triunfo de Allende sirvió de argumento para quienes defendían la vía pacífica.

"La fuerza de la legalidad, usada hasta entonces sistemáticamente para combatir al movimiento popular, se puso, en ese momento, de parte del pueblo —según Jorge Insunza—. La posibilidad teórica de atar las manos al enemigo sobre la base de acumular una fuerza potencial de tal magnitud que bastara su presencia y la evidencia pública de su decisión de lucha para ahogar la resistencia reaccionaria, se concretó en Chile". (1)

La inédita experiencia, sin embargo, duró apenas tres años. Muchos olvidaron que habíamos conquistado el gobierno, pero no el poder; que los poderes legislativo y judicial estaban en manos de las fuerzas opositoras, y que el pilar fundamental del Estado burgués: el ejército, se mantenía intacto, protegido por el llamado Es-

tatuto de Garantías Constitucionales, por el cual el gobierno de Salvador Allende se había comprometido a no tocar las Fuerzas Armadas, la educación, ni los medios de comunicación. Este fue el compromiso exigido por la Democracia Cristiana para apoyar su ratificación en el parlamento.

Como se sabe, en Chile podía ser electo presidente el candidato que obtuviera la mayoría relativa de los votos siempre que éste fuera ratificado por el Parlamento. Aunque había sido una tradición ratificar siempre al candidato con mayoría relativa, por la excepcionalidad del caso de Allende no se descartaba que esa situación pudiera variar.

En Chile se discutía mucho en esa época acerca del carácter de clase del Partido Demócrata Cristiano. Sectores de la izquierda, basándose en la heterogeneidad social de su militancia, que iba desde el poblador y el obrero hasta el burgués, hablaban de un partido pluriclasista. Otros, entre quienes me encontraba, sosteníamos que el carácter de clase de un partido no se mide por el origen social de su militancia, sino por el carácter de clase del proyecto político y social que levanta. Y, en este sentido, el Estatuto de Garantías Constitucionales fue una elocuente prueba del carácter de clase burgués de ese partido.

A pesar de las limitaciones institucionales la Unidad Popular avanzó mucho.

La Ley de Reforma Agraria aprobada durante el gobierno de Frei, aunque tenía una serie de limitaciones, le permitió avanzar rápidamente en la expropiación de grandes latifundios.

Durante el año 1971 se expropiaron mil cuatrocientos latifundios, casi un tercio más de lo planificado.

Por otra parte, se comienza la tramitación de la Reforma Constitucional para la nacionalización del cobre y otras riquezas básicas, lográndose en este terreno la aprobación del proyecto por la unanimidad del Congreso el 11 de julio del 71, ocho meses después de iniciado el gobierno popular. Se reglamentaron las indemnizaciones, acordándose que sólo era legítimo una ganancia de un 10%. Las utilidades que sobrepasaran dicho porcentaje eran consideradas utilidades excesivas y debían descontarse de las indemnizaciones que correspondían a dichas compañías norteamericanas. Estas empresas producían de hecho entre 25 y 40% de utilidades.

Dos meses después el contralor Humeres determinó que no debía pagarse indemnizaciones por los minerales de Chuquicamata y de El Salvador, y que el mineral El Teniente debe pagar 340 millones de dólares por concepto de utilidades excesivas. Desde entonces los planes del imperialismo norteamericano por derrocar al gobierno popular se acentuaron.

Se dan también los primeros pasos para constituir el área de propiedad social, usando procedimientos legales que no cuestionaban la juridicidad del sistema vigente

Al mismo tiempo, se lanza una ofensiva en política internacional restableciéndose relaciones con Cuba e iniciándose por primera vez las relaciones con China, Corea del Norte, Vietnam del Norte, Alemania Oriental, etc.

Mientras la derecha se debate en torno a diferentes estrategias para contener el avance popular, la fuerza manifestada por el gobierno durante esos primeros meses y una política de acentuada redistribución de ingresos, y de reactivación de la economía, logran aumentar en un grado considerable el apoyo popular a su gestión. Las elecciones de abril de 1971 así lo demuestran. En sólo cinco meses se logra pasar

del 36 al 49 por ciento de la votación.

El país vivía un clima revolucionario, de transformaciones profundas; un pueblo lleno de esperanzas se sentía dueño de su destino. Era un ejemplo demasiado peligroso, no sólo para los poderosos dentro del país, sino también para los de fuera.

La derecha, sin descartar nunca el golpe militar que trata de poner en práctica desde el momento mismo en que se anuncia el triunfo electoral de Allende (asesinato del general Schneider), busca desde entonces desarticular por todos los medios posibles el bloque de fuerzas políticas y sociales que permitiría a la Unidad Popular gobernar transformadoramente mediante la legislación existente. La principal fuerza política en disputa era la Democracia Cristiana y su base social, fundamentalmente las capas medias y un sector de los trabajadores.

El asesinato, el 8 de junio, de Pérez Zujovic, ex ministro del Interior del gobierno de Frei y hombre influyente en el Partido Demócrata Cristiano permite al sector freísta de ese partido recuperar su liderazgo dentro de él. (2)

El período que sigue a su muerte se caracteriza por la unidad ofensiva de las fuerzas opositoras y por un repliegue de la Unidad Popular.

Frentes unidos electorales contra la UP triunfan en las elecciones de la Universidad de Chile y en las regionales de Valparaíso.

Aunque los sectores más conservadores de la oposición siguen pensando en derrocar al gobierno, los sectores más progresistas tienden a confiar más en la estrategia de los "mariscales rusos", es decir, no presentar batalla cuando las fuerzas del enemigo tienen la mística muy alta, sino realizar una campaña prolongada de desgaste flexible y atacar en su momento de mayor debilidad.

A pesar de estas diferencias estratégicas, ambas fuerzas ponen en práctica comunes objetivos tácticos:

El primero de ellos fue consolidar la unidad de las fuerzas opositoras y esforzarse por dividir a la Unidad Popular.

La tarea de dividir a la Unidad Popular la realizaron estimulando una supuesta línea divisoria entre partidos "marxistas" y partidos "democráticos". También recurrieron al manoseado truco del anticomunismo, tratando de aislar a este partido en el seno de la UP. Estimularon imágenes de que se estaba "apoderando de todo el gobierno", hablaron de "sectarismo incondicional a Moscú", etc.

Un segundo objetivo táctico fue la campaña por mantener el control de los medios de comunicación. En ese momento la oposición controlaba el 70 por ciento de la prensa escrita y 115 de las 155 radios que existían en el país, entre las cuales se encontraban las cadenas de mayor potencia.

Un tercer objetivo táctico fue la defensa de la propiedad privada. Usaron todos los mecanismos legales y medios de presión a su alcance para dilatar la formación del área de propiedad social. El ejemplo más claro fue el proyecto de Reforma Constitucional que presenta la DC.

El cuarto, la creación de una conciencia anti-UP en las Fuerzas Armadas. Para ello explotaron hábilmente todo aquello que pudiera dar la visión de un país "caótico", "anárquico", de "desgobierno y vacío de poder" y tendencias "totalitarias y antidemocráticas". Y sin duda, el punto central de su campaña fue la existencia de grupos armados en desmedro de las únicas fuerzas armadas que debían existir en el país. De ahí que el asesinato de Pérez Zujovic les venga como anillo al dedo.

Un quinto objetivo fue conquistar a las capas medias para un accionar contra el gobierno. Apoyaron a supervisores que boicoteaban la producción en las minas de cobre, trataron de movilizar a los colegios profesionales, utilizaron a la Universidad para experimentar sus líneas estratégicas.

Pero el objetivo táctico fundamental, y el que le permitiría lograr varios de los otros casi podríamos decir: por añadidura, fue provocar el fracaso económico del gobierno popular. Las medidas empiezan a ser aplicadas inmediatamente después del triunfo electoral con la corrida bancaria, el contrabando de dólares, la paralización de algunas industrias, el cese de importación de materias primas y repuestos necesarios para el funcionamiento de las industrias, etc.

Se buscaba evitar que la UP pudiera mejorar el nivel de vida de los trabajadores y, al mismo tiempo crear temor en los inversionistas extranjeros y empresarios nativos para que éstos no reinvirtieran su capital, provocando a mediano plazo un estancamiento productivo.

A esto se añadió el uso del poder legislativo para privar al gobierno de las posibilidades de afectar las altas rentas.

Este objetivo táctico es plenamente compartido por el gobierno de Nixon y los consorcios multinacionales, que realizaron una operación de cerco económico expresada en reducción de créditos, poner problemas a la renegociación de la deuda externa, embargo de bienes por parte de las compañías expropiadas, divulgación internacional de la imagen de un país en bancarrota, para cercarlo más desde el punto de vista financiero.

Las clases dominantes no sólo bloquean todos los intentos del gobierno por modificar la injusta estructura tributaria, sino que, al mismo tiempo, le niegan los recursos presupuestarios para llevar adelante sus planes de carácter social: reparto de leche, planes de salud, de vivienda y obras públicas.

Al gobierno popular, que no quiere afectar la capacidad de negociación de los trabajadores, no le queda otro camino que ampliar la cantidad de dinero circulante, sabiendo que esto tendría que traducirse en fuertes presiones inflacionarias, a los que había que agregar problemas cada vez mayores de abastecimiento.

Al mismo tiempo, la ofensiva del imperialismo le impide mantener un volumen de importaciones alimenticias acorde con la capacidad de consumo de las masas.

Sobre esta base objetiva, los esfuerzos de la reacción se encaminan a agravar sus dificultades económicas mediante la especulación, el acaparamiento y el fomento del mercado negro. Mientras la prensa por ella controlada desata una campaña sistemática destinada a proclamar el desabastecimiento y constituirlo en el centro de sus ataques.

El intento del gobierno por crear las JAP (Juntas de Abastecimientos y Precios) y los inspectores populares, sirven a la reacción para montar una desproporcionada campaña acusándolo de pretender controlar al pueblo por el estómago, como según ellos se hacía en Cuba con la libreta de abastecimientos.

La Unidad Popular, y especialmente sus sectores más radicales, tenían claro la necesidad de modificar la institucionalidad heredada. Se habló de realizar una reforma constitucional radical; de disolver el Parlamento y crear una Asamblea del Pueblo; de la creación de Comandos Comunales —como el propio Allende lo propuso— para que “el pueblo asuma directamente la gestión de sus asuntos”.

Pero nunca fuimos capaces de lograr la correlación de fuerzas necesaria para lograr estos objetivos por la vía elegida.

Y, en la medida en que el gobierno fue avanzando se fue creando internamente una verdadera situación contrarrevolucionaria. Los primeros síntomas de ella ya eran patentes cuando Fidel visitó Chile en noviembre de 1971.

Cada vez más sectores sociales de la derecha y sus aliados fueron participando en política: en cacerolazos, manifestaciones callejeras, paros de transportistas, huelgas en el cobre, manifestaciones contra los militares.

Cuando todo parecía avalar las ilusiones de la derecha de derrocar al gobierno por la vía

institucional, especialmente después de la gran “marcha de la democracia” organizada por la oposición en la primera semana de abril del 72, las masas populares, que hasta ese momento se habían limitado a recibir con simpatía las medidas populares adoptadas, manifestaron su presencia combativa en la más grande concentración nunca vista en la capital, el 18 de abril de 1972.

Su impacto fue suficiente para quebrar el frente opositor y hacer que la Democracia Cristiana buscara nuevamente compromisos con las fuerzas populares. Esta situación relativamente favorable no puede ser aprovechada por la izquierda, porque también ésta sufre una crisis de dirección: no hay una definición clara de cómo seguir avanzando. Un sector de la izquierda considera que hay que consolidar lo conquistado, y que hay que apostara a ganar las elecciones generales de parlamentarias en el 73, para que una mayoría popular en el Congreso impulse los cambios institucionales y legales indispensables. Otro sector está convencido que sólo se puede consolidar las conquistas si se continúa avanzando y si el Congreso es reemplazado por una Asamblea del Pueblo, creando poder popular en la base.

Las crisis de conducción de la izquierda sólo se superan cuando las fuerzas opositoras amenazan con hacer peligrar la continuidad del gobierno popular.

Cuando éstas, entusiasmadas con el resultado de sus movilizaciones y de sus acciones, pensaban que ya había llegado la hora del derrumbe del gobierno popular, la Unidad Popular lograban poner entre paréntesis sus diferencias, unificando su accionar y el pueblo salía multitudinariamente a las calles demostrando que su fuerza era mucho mayor de lo que se podía leer en los resultados electorales, obligando a la derecha a postergar sus planes golpistas. Y esto no sólo ocurrió una vez sino varias.

La ofensiva de masas más importante de las fuerzas opositoras se da en octubre de 1972, cuando se inicia el paro nacional de los camio-

neros que dura algo más de tres semanas. Este período se caracteriza por un agudo enfrentamiento entre quienes a toda costa quieren paralizar el país para hacer caer al gobierno—toda la oposición—y los trabajadores y el pueblo, que demuestran su alto grado de conciencia y combatividad.

Los trabajadores tenían conciencia de la grave crisis que vivía el país y su instinto de clase sobrepasaba en mucho la conducción política—en ciertos momentos vacilantes—del gobierno popular. La clase obrera y distintos sectores de la población respondieron a la ofensiva planificada por la derecha acercando su organización en los diferentes centros de trabajo, centros de estudios, poblaciones y barrios.

Los trabajadores no se limitaron sólo a seguir trabajando. Al quedarse sin jefes, nombraron a sus propios jefes. Aumentó el grado de organización y mejoró su calidad. Se establecieron conexiones entre fábricas. Si en una fábrica sobraban vehículos se ponían a disposición de las otras. En los barrios obreros, si un almacén cerraba, era abierto a la fuerza. A veces los mismos trabajadores y pobladores se encargaban de retirar directamente de las distribuidoras los productos y de venderlos en las poblaciones. Paradójicamente, nunca estuvieron mejor abastecidos los barrios obreros que durante el paro que buscaba precisamente provocar el desabastecimiento.

Cuando el transporte paró, los trabajadores hicieron largas caminatas, pero llegaron a su trabajo.

Para controlar la crítica situación, el gobierno contó con la colaboración de altos mandos militares. Se establecieron zonas de emergencia en provincias. Viendo la actuación de éstos en defensa del gobierno legítimamente constituido, la derecha empezó a desarrollar una fuerte campaña ideológica que tenía como objetivo criticar esta actuación de las FFAA.

Quienes habían sido los grandes defensores de la ley y de la constitución de nuestro

país, al darse cuenta de que esa ley y esa constitución estaban al servicio de una transformación radical de la sociedad que iba a terminar con sus privilegios, comenzaron a estar dispuestos a pasar por encima de ellas.

Un editorial de El Mercurio, del domingo 15 de octubre sostenía sintomáticamente: "(...) si la legalidad está siendo usada para sacar al país de los quicios constitucionales y para implantar la dictadura del proletariado en forma paulatina, se daría la paradoja de que los actuales defensores del orden público (es decir, las fuerzas armadas) estarían del lado de la revolución marxista—esto es por definición, contra el orden vigente—mientras que los que desobedecen a esa autoridad revolucionaria estarían del lado del orden público y de las garantías constitucionales" ..

La DC busca terminar el paro mediante una salida conciliadora, teniendo en cuenta, por una parte, que la oposición perdía fuerza a medida que se prolongaba el paro, y, por otra, que la ofensiva popular podía poner en peligro la estabilidad institucional.

Por otra parte, la prolongación del paro hacía cada vez más insostenible la situación para el gobierno y las fuerzas populares. Ya empezaba a vislumbrarse la falta de materias primas, de repuestos. Los stocks de enlace estaban totalmente agotados. La situación se transformó en un empate que sólo se podía romper con una ofensiva, pero esta ofensiva suponía requisar empresas distribuidoras, camiones, descerrar bodegas y el ejército, que hasta ahora había ayudado a mantener el orden, parecía no estar dispuesto a lanzarse en esta ofensiva.

Era necesario, sin embargo, salir de ese impasse. El gobierno estaba perdiendo autoridad en forma creciente, porque, por una parte, había planteado una serie de amenazas que después no llevó a efecto y, por otra, no era capaz de impedir que la derecha realizara una serie de acciones ilegales, entre otras, el que varias emisoras dependientes de estas fuerzas se des-

colgaran de la cadena oficial impuesta por el gobierno.

Para poner término a esta situación de empate de fuerzas, Allende decidió, el 2 de noviembre, reestructurar el gabinete en el sentido de las exigencias de la DC, integrando por primera vez al gobierno a altos jefes militares. Para tratar de compensar a su lado puso a altos dirigentes de los trabajadores.

La presencia militar fortalece al gobierno contra los desmanes de la ultraderecha, pero a costa de un precio muy caro: la desmovilización de las masas.

El nuevo gabinete logra poner fin al paro patronal en el plazo fijado, pero de hecho termina finalmente por hacer muchas concesiones a la DC, la que liderada por el sector freísta dirige sus miras hacia las elecciones de marzo del 73.

Frei pretendió darle un carácter plebiscitario a esta elección: se debe producir un alejamiento institucional de Allende producto del rechazo del pueblo al modelo social no compartido, pero los resultados alcanzados hacen trizas sus ilusiones: la Unidad Popular obtiene el 43,4 por ciento de los votos cuando los más optimistas esperaban alrededor del 40 por ciento. El plan para destituir constitucionalmente a Allende, había fracasado. Por otra parte, era evidente que la fuerza social que dichos resultados representaban era mucho mayor que su expresión electoral. Y así lo entendió la derecha. (3)

Este extraordinario resultado logrado por las fuerzas populares —reconocido entre otros por la Revista "Time" en una crónica titulada "Una demostración de fuerza sorprendentemente vigorosa de parte de Allende"— fue sin duda efecto de la concienciación alcanzada por la clase obrera y el pueblo durante el paro de octubre. La práctica social de esos días fue la mejor escuela de educación política para una gran masa de trabajadores quienes se volvieron impermeables a la demagógica propaganda de la derecha contra el gobierno basada en las difi-

cultades reales que existían.

Luego de un período de desconcierto, la oposición retoma su ofensiva: unos por una vía más golpista, otros por una vía más institucional, pero ambos grupos tienen claro que para tener éxitos en sus respectivas empresas deben, esta vez, lograr romper la unidad de la clase obrera y agudizar la situación económica del país. Ambos objetivos se logran con el paro —aunque no total— de la mina de cobre "El Teniente", siendo sus artífices principales los dirigentes sindicales demócratacristianos.

Simultáneamente con la lucha en el terreno legislativo y de masas, comienzan a sucederse a partir del domingo 22 de abril una serie de atentados y luego la intentona golpista fracasado del 29 de junio, que constituyó un verdadero ensayo general para detectar a aquellos sectores que dentro de las fuerzas armadas se oponían al golpe.

De hecho esto fue lo que ocurrió. En los primeros días de agosto fueron apresados e incommunicados y salvajemente torturados alrededor de un centenar de marinos de varios buques de la Armada (Blanco Encalada, O'Higgins, Prats) y trabajadores de ASMAR. Su único delito: profesar ideas de izquierda y estar dispuestos a oponerse a un golpe en contra del gobierno constitucional.

Mientras tanto, las fuerzas de la Unidad Popular no lograban ponerse de acuerdo en torno al qué hacer.

Llega así el 4 de septiembre, día en que se realiza una inmensa movilización de masas de la UP en Santiago, frente a La Moneda. A pesar de las dificultades, un sector muy importante del pueblo, especialmente de la clase obrera, sigue fiel a su gobierno y pide tareas concretas para apoyarlo, tareas que nunca llegan.

Al día siguiente las mujeres de la oposición realizan una concentración bastante numerosa aunque muy inferior a la del día anterior realizada por la UP. Los ánimos están enardecidos.

Allende busca desesperadamente una salida. Plantea en ese momento tres caminos: el plebiscito, un acuerdo con la DC sobre la base de promulgar su proyecto de Reforma Constitucional o el enfrentamiento.

La Unidad Popular no logra aunar criterios para enfrentar la situación. Se suspenden las reuniones el jueves 6. Allende decide, por su parte llamar a un plebiscito.

Al día siguiente, reúne a varios generales de los más cercanos a Prats, entre ellos está Pinochet, para informarles de su decisión a convocar a plebiscito el martes 11, a fin de resolver en forma democrática el conflicto con el parlamento.

El mensaje estaba previsto para las once de la mañana del día 11. A esa hora las balas redujeron al silencio al presidente Allende.

Para terminar quisiera plantear que coincidió con Jorge Arrate, dirigente socialista chileno, en que el proyecto de Allende era demasiado heterodoxo para el carácter ortodoxo de nuestra izquierda, cuyos planteamientos no se correspondían con los nuevos desafíos que el país estaba viviendo: cuando Allende hablaba del tránsito democrático al socialismo, sectores de la izquierda pintaban en los muros: ¡Viva la dictadura del proletariado!; cuando Allende hablaba de ganar a sectores de la burguesía para su proyecto, una parte importante de la izquierda reafirmaba que el enemigo era toda la burguesía; cuando el presidente socialista luchaba por conseguir una conducción única del proceso, los partidos más fuertes: el Socialista y el Comunista, hacían públicas sus divergencias; mientras Allende que-

ría consolidar lo avanzado en el plano económico mediante la nacionalización de las grandes empresas estratégicas, teniéndomuy claro los límites del poder con que contaba, sectores de la izquierda se tomaban pequeñas empresas y pedían su nacionalización, exigiendo más radicalidad a Allende, como si éste tuviera en sus manos todo el poder.

Por otra parte, si bien la dirección de la Unidad Popular y el propio presidente Allende tenían muy claro que sólo se podía consolidar el proceso chileno si se contaba con el apoyo de los militares, y coherentemente con esto se hizo todo un esfuerzo para ganarlos para la causa popular, se confió excesivamente en la tradición constitucionalista de las Fuerzas Armadas Chilenas y no se trabajó suficientemente la creación de una fuerza material propia.

Pero hay otra cosa más que sólo hemos visto después, a partir de las últimas experiencias vividas por el socialismo: que ese tipo de tránsito pacífico del capitalismo al socialismo usando los recursos y posibilidades de poder dentro de un sistema de democracia representativa no era un camino viable para realizar el proyecto socialista tal como se había aplicado hasta entonces en el mundo y, por lo tanto, que era necesario repensar el socialismo que se quería construir elaborando otro proyecto más adecuado a la realidad chilena. Eso era lo que Allende parecía intuir al usar su folklórica metáfora de socialismo con vino tinto y empanadas, que apuntaba a la construcción de una sociedad socialista enraizada en las tradiciones nacionalpopulares. (Moulián, 1995b, p.25). XXI

NOTAS

- 1) Jorge Insunza, "La Lucha por el Poder sigue Pendiente" en El Siglo, 8 de mayo 1971.
- 2) La acción, de dudosa inspiración, es realizada por un comando de la VOP (Vanguardia Organizada del Pueblo), grupo formado por ex militantes de partidos de la UP.
- 3) A pesar del agudo proceso inflacionario que vivía el país, del desabastecimiento, las colas y el mercado negro, en el pueblo primó su instinto de clase y el deterioro electoral de la UP fue pequeño. En las elecciones del 71 había obtenido un 49 por ciento de los votos, pero en ese momento el Partido Radical no se había dividido y era la época de oro del proceso, había pleno abastecimiento y una fuerte redistribución del ingreso.

¡Presente! ¡Presente! *

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier

¿Por qué fracasó la Unidad Popular? La respuesta a esta pregunta admite dos niveles. En un primer plano, el más fácil de percibir, el plano objetivo por decirlo de alguna forma, la respuesta es clarísima. El gobierno de la Unidad Popular a todas luces, y por donde se le mire, fue un desastre. En un plano más profundo que apunta, sin embargo, a por qué la Unidad Popular aparentemente estaba condenada a fracasar el asunto se complica mucho más. Pero dejemos esta parte para más adelante.

La UP naufragó porque no pudo ni supo gobernar. Ganó la presidencia con un margen escasísimo de votos, menos de 40 mil, en cifras globales un 36,2%, es decir, con un 1,3% de diferencia. Si bien es cierto, fue remontando su apoyo electoral --en las municipales de 1972 obtuvo el 50%, y en las parlamentarias de 1973 logró un 45%-- el gobierno nunca dejó de ser minoritario. En cuanto coalición nunca pudo afiarse y exhibió crónicas muestras de indisciplina interna lo que la hizo aparecer como no confiable. Es más, Allende llegó a ser candidato muy a contrapelo; sólo al último minuto fue elegido abanderado de su propio partido, lo que evidentemente le restó autoridad. Terminó identificándose con posturas cercanas a un Partido Comunista menos radical incluso que el Socialista, pero un partido con nulo poder de negociación con la oposición. Por último, todos los intentos por alcanzar un entendimiento con la DC no prosperaron.

El balance final del gobierno arroja un saldo lamentable. En el plano económico, la UP fue de una irresponsabilidad patente, y eso que heredó una hacienda pública con problemas aunque con índices mejores que otros gobiernos en el pasado. Aumentó el gasto y el consumo, agotó todas las reservas, emitió circulante sin parar. La inflación llegó al 323% según cifras oficiales; según la oposición ésta alcanzó un mil por ciento. La producción bajó en un 7%, la agricultura en un 23%, la minería en un 30%. Cundió el desabastecimiento y el mercado negro. La inversión fue casi nula.

El desorden público fue un rasgo constante del gobierno. Las huelgas aumentaron considerablemente, se produjeron paros nacionales prolongados, las "tomas" ilegales de fundos e industrias se volvieron ocurrencias diarias. Con frecuencia las órdenes emanadas del gobierno y de los tribunales de justicia no se cumplían. En efecto, el ejecutivo aparecía como incapaz, o, peor, como no queriendo o, incluso, entorpeciendo el ejercicio de las facultades administrativas. Tanto empresarios como asociaciones gremiales, representativas de las más diversas actividades productivas y profesionales, se volcaron a la oposición. Se sintieron además de amenazados, discriminados, intervenidos, y asediados por un clima revolucionario desbordante que ponía en jaque su propia existencia.

Para un amplio sector del país, la mitad al menos, Chile parecía estar entrando en un abismo catastrófico, sin salida posible. Hacia el final, las únicas soluciones previstas eran un golpe militar, o bien, un golpe audaz de los mismos grupos que desde el gobierno impulsaban

* Este texto es parte del libro *El Chile Perplejo*, del *Avanzar sin Transar al Transar sin Parar* (Planeta) que está por aparecer.

una política radical. Supuestamente ello conduciría a una revolución sangrienta a fin de establecer la dictadura del proletariado: una guerra civil prolongada con similares consecuencias. Por último, cabía la posibilidad de un plebiscito que, supuestamente también, decidiría si Allende continuaba o no en el poder. Está claro que una administración que despierta ese tipo de temores, conflictos y sensación generalizada de desgobierno es un notorio fracaso.

Conste que hay argumentos de sobra que pretendesvirtuar lo anterior. El gobierno no de jónunca de tener apoyo, particularmente apoyo popular. El desabastecimiento no habría sido tal; prueba es que, luego del golpe, se llenaron los supermercados de alimentos, lo que estaría demostrando que habría habido acaparamiento. Hubo gasto público pero eso como una manera de paliar nuestra endémica mala distribución del ingreso. En no poca medida el escenario económico tuvo un pésimo rendimiento. Admitiendo parcialmente estos contraargumentos, el gobierno de Salvador Allende exhibe una trayectoria y una secuela de resultados a todas luces negativos. En última instancia, son los gobiernos los responsables de resguardar un mínimo de orden público y de solvencia económica, y en esos dos planos, la UP definitivamente no pasa un examen básico, cualquiera que sea nuestra latitud indulgente. Un gobierno en que grupos extremistas asesinan a una de las figuras principales de la administración anterior, Edmundo Pérez Zujovic, y que posteriormente se ve obligado a involucrar a las fuerzas armadas en el ejecutivo, es más, a la plana mayor de la oficialidad, está dando cuenta de un descalabro político de proporciones. Si termina adicionalmente produciendo el repudio de un amplio sector de la ciudadanía y el colapso institucional, resulta imposible eximirlo de responsabilidad grave en el destino que le cupo y en las consecuencias que ello trajo consigo para la convivencia nacional. Así y todo, uno se pregunta si el gobierno de la UP, aún atendiendo su responsabilidad, merecía o no el fin que tuvo. Todavía más, uno se pregunta si dicho fin debió extenderse a todo el

sistema político que nos venía gobernando desde tiempo atrás. Una cosa es derrocar a un gobierno, otra muy distinta terminar con toda una historia republicana de relativamente larga data. No será que la UP está sirviendo aquí, de excusa, de chivo expiatorio, para justificar un propósito autoritario castigador infinitamente más profundo; que antes bien que resolver una mera coyuntura inestable y un gobierno colapsado lo que motivó el golpe de gracia fue una maquinación enmascarada. Y si es un chivo expiatorio no estaríamos frente a un magnífico subterfugio, un pretexto, con su cuota de falsificación, que nos impide aquilatar lo que realmente fue la UP, lo que hizo y no hizo, lo que pudo y no pudo hacer. En definitiva, si una UP satanizada es un chivo expiatorio de algo mucho mayor ¿qué tan culpable es el gobierno de Allende? ¿Cuál es su verdadera cuota de responsabilidad? ¿Por qué habría que adjudicársele toda o gran parte? Es más, ¿hasta cuando dura la condena? ¿Por los siglos de los siglos? En cuyo caso, entonces, se trataría de un castigo infernal. ¡Vaya castigo! Y, a propósito, ¿quienes son los jueces? Y si, además, sucede que los jueces están de algún modo involucrados ¿qué tan válida es la condena?

Pienso que dichas preguntas, aun cuando no podamos responderlas --en una de éstas no tienen respuesta-- igual matizan considerablemente la culpabilidad que le corresponde a la Unidad Popular. El sólo hecho de que se las pueda acoger, de que algo de razón hay en sus supuestos, que el beneficio de la duda, incluso en este caso límite, sea admisible, rebaja necesariamente la pena. En efecto, si la historia no hubiera continuado más allá del 11 de septiembre es muy posible que la condena a la UP nos resultara menos cuestionable. El punto es que la historia siguió su curso, nos proporcionó nuevos criterios, nos develó nuevas perspectivas, y, además, sus consecuencias las conocemos demasiado bien, las sufrimos y seguimos sufriendo todos. De consiguiente, no cabe si no seguir indagando, seguir revisando lo que a primeras resulta irredatible.

Ahora bien, ¿qué tan válidas son las premisas de las interrogantes anteriores?

Mi impresión es que son suficientemente válidas. Veamos. Vamos por parte.

En gran medida, la UP no hace nada esencialmente distinto a lo que desde 1967 se venía presenciando. Ergo, es más que presumible que se le esté adjudicando al gobierno de Allende culpas acumuladas.

Sea lo que sea, el gobierno de la UP no destruyó el sistema económico, aún cuando lo tensionó sobremanera y lo condujo a un punto límite. Por tanto, es también presumible atribuirle irresponsabilidad, no así calificarlo de anárquico.

La UP tampoco llevó hasta sus últimas consecuencias sus propósitos revolucionarios a ultranza. La UP, de hecho, nunca resolvió el problema de las dos vías. Unos se inclinaron por la vía amada, otros --entre ellos Allende-- siguieron insistiendo hasta el último minuto en la "vía chilena" o pacífica al socialismo. E, incluso, los supuestamente vinculados a la "vía insurreccional", como Carlos Altamirano, sostienen que lo que estaban haciendo era tener una política militar, a fin de defenderse legítimamente de la agresión sediciosa que se estaba fraguando en su contra. A su favor está el hecho de que la oposición al golpe militar fue prácticamente nula. Por consiguiente, la violencia final correría por cuenta ajena, y en definitiva, no sería atribuible al gobierno de Allende. Es que predicaron la violencia --los socialistas la venían auspiciando desde el Congreso de Chillán en 1967--. Si, por cierto, predicando, en algunos casos incluso, llevando a cabo ac-

tos violentos, conforme a una política insurreccional, como el MIR, que por lo demás no era parte de la UP, pero ¿qué duda cabe? ¿Quiénes en definitiva son los brutales? ¿Quiénes materializan la "vía insurreccional"? Por mala fe de quienes en este punto cargan las tintas contra la UP, relevo de prueba.

Es más, la UP no llevó al país a la guerra civil. Ni antes del '73 ni después cabe hablar de un escenario de tal magnitud. Las fuerzas armadas no se dividieron. El grueso de la población no estaba en pie de guerra y armado. Las bajas fueron mínimas. La desproporción entre la capacidad de fuego de un lado y otro es notoria, etcétera, etcétera. Es que casi hubo una guerra civil, es que si no la hubo fue porque los militares la impidieron, es que si no les hubieran salido al camino... Exactamente, pudo ocurrir, pudo producirse, quizá sí, quizá no, pero en definitiva no la hubo. Conuerdo plenamente con Carlos Altamirano: "La historia no se escribe sobre supuestos sino sobre hechos reales". Por insuficiencia de mérito argumental, descártese.

No hay, además, ninguna acusación que se le pueda hacer a la UP que no sea extensiva, no resulte imputable, de igual modo, a la oposición. Odiosas, ambas. Terroristas, ambas. Se niegan la sal y el agua, ambas. Entorpecen la convivencia, ambas. Estimulan lo que Gabriel Salazar llama "violencia popular", ambas. Llevan el conflicto hasta sus últimas consecuencias, ambas. No transan, ambas. De ahí que a la larga, fracasen incluso, ambas; y, el gobierno militar las arremeta en contra de... ambas. De consiguiente, quien haya arrojado la primera piedra --cuestión un tanto difícil de determinar-- que pruebe estar libre de pecado. XXI

ALLENDE: ¿Mito o pretexto?

Tomás Moulian

En cuanto ciudadanos con pasiones de izquierda nos corresponde evitar que Allende sea transformado en un mito. En esta época anti-ilustrada es difícil plantear esa afirmación como supuesto. Por ello se hace necesario contestar una pregunta: ¿porqué el mito cumpliría una función negativa?

Como se sabe, aunque sea a través de Gramsci, Sorel produjo una interpretación anti-ilustrada del mito, en cuanto incentivador de una voluntad movida por pasiones. Ellas son reflexivas, en el sentido preciso de "reflexionadas" (puesto que de ellas el mito habla) pero, al menos, no son racionales, en el sentido que no proporcionan un conocimiento instrumental ni de corte diagnóstico ni de corte anticipatorio. Basándose en una desconfianza declarada frente al pensamiento político racionalista, esa revisión soreliana pretendía una recuperación del mito en cuanto impulso accional de "nuevo tipo". El marxismo era visto, con razón, como epítome de la matriz ilustrada, tanto en su forma general de marxismo como en su forma particular de marxismo pos-Marx. Los motivos eran evidentes: ese pensamiento colocaba una cierta calidad del saber como pre-condición de la práctica, en cuanto le autoasignaba el papel de guía de ésta. Ello significaba que las Prácticas, (no todas, no por lo menos las prácticas "espontáneas") pero si las de clase, debían suceder en el tiempo tanto a la producción de la teoría como a la producción de efectos de la teoría en la conciencia empírica de la clase históricamente involucrada. El saber en referencia es convertido por esta operación en una ciencia de la política, de la propia práctica política. Para el marxismo el mito es un anti-saber y se

ubica en el amplio espacio cubierto por las ideologías.

Esta negación del mito no significa estar preocupado de preservar la pureza de la relación teoría-práctica tal como la estilaba la canónica marxista-leninista, empapada de "escolasticidad". Pero sí intenta rescatar la flexibilidad del impulso accional-político, pero como algo distinto de la "cientificidad". El mito dificulta esa operación de flexibilidad por cuanto realiza una operación enunciativa de carácter didáctico. El mito busca enseñar a través del ejemplo esclarecido de personajes selectos y esa enseñanza requiere que el personaje involucrado sea limpiado de las costras del vivir, para existir en la ejemplaridad. El personaje mítico es un personaje idealizado, sustentado o convertido en pura potencia espiritual.

Pero en el mito no solamente hay idealización, también hay (por lo menos en la versión soleriana) una voluntad pasional que predomina sobre la voluntad reflexiva. La intensidad del impulso accional de la política provendría de la pasión en cuanto irracional. Sea bajo la forma del odio al otro, al diferente, sea bajo la forma de la adhesión carismática o de impulso de una voluntad pulsional, sin cálculo.

El mito como impulso accional de la política privilegia las motivaciones pasionales, lo cual constituye un sano embate frente a las concepciones ilustradas que caen en el teoricismo, en la idea de una conciencia "llenada" por la teoría (científica) del marxismo. Pero las opciones no se circunscriben a la polaridad pasión-saber científico. Existe la opción de que el impulso accional provenga de una voluntad reflexi-

va, la de un sujeto con conciencia de sí (identidad) y deseo de futuro (proyecto).

Es en ese sentido que hablo que rescatar a Allende de la idealización mítica y de usarlo como pretexto. Esa palabra alude a dos significados distintos: a un sentido simulado que se arguye como justificación de una acción, pero también a la anterioridad del texto, sentido que se hace evidente con la ayuda de la intervención de un signo que corta la palabra y la reconstruye como pretexto.

Allende es pretexto en esa doble posibilidad. Cuando se le alude como ejemplo para el presente o para el futuro no es del individuo de quien se habla, pues éste es contingencia y particularidad y solo puede rescatarse universalidad de ciertos "fragmentos" de su práctica. Allende es un pretexto justamente porque ciertos "fragmentos", como el valor ideal de la coherencia moral y la actualidad de su anti-capitalismo, pueden ser trabajados como memoria de Allende, porque tienen la virtud de constituir el pre-texto de Allende, aquello que su recuerdo espontáneo suscita.

El mito no soporta esta deconstrucción, este uso del fragmento. Impone al personaje

como totalidad, como caso ejemplar.

La memoria de Allende que es útil trabajar, desde el punto de vista político, contiene los dos temas señalados: la moralidad de Allende y su aspiración de superar el capitalismo, buscando para ello formas nuevas de organización social, no aferradas a las recetas dogmáticas.

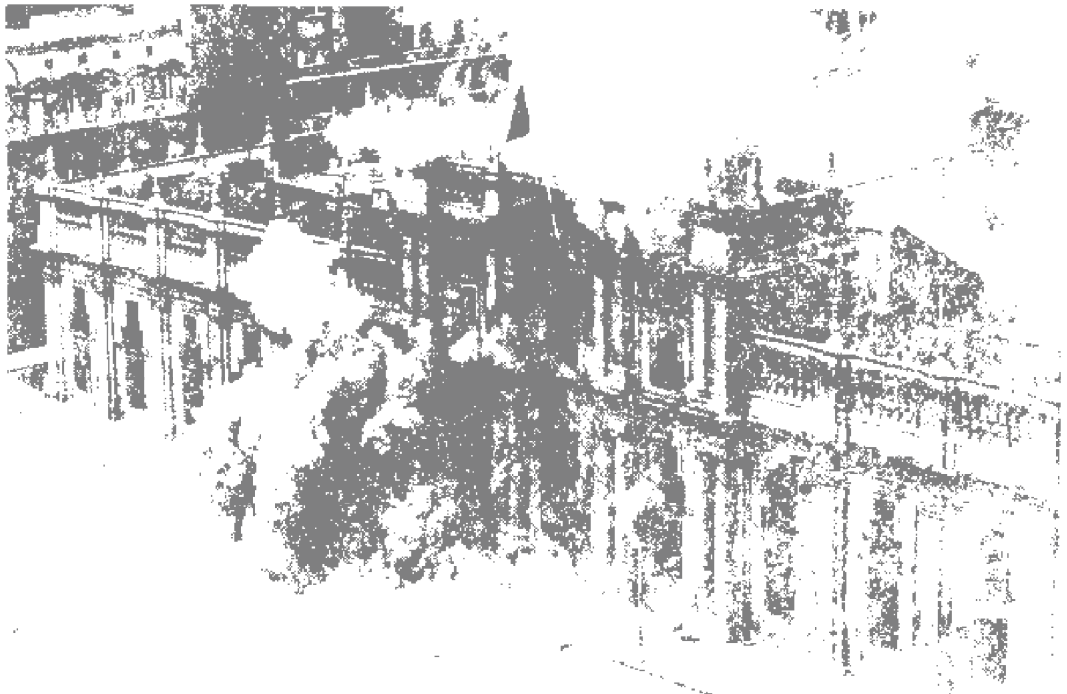
La radicalidad de la moralidad de Allende, la que hace de él un político distinto, consiste en la consecuencia extrema que se esconde detrás del formato del político tradicional, detrás de su apariencia de hombre sin gravedad. Esa cualidad se materializa en tres figuras: el rechazo de la tentación de un giro moderado a realizar pagando cualquier costo, aun el agobiante peso de perseguir al ala izquierda de la Unidad Popular; su extrema gentileza en medio de la metralla, expresada en su preocupación por las mujeres (entre ellas, sus seres cercanos, sus hijas y Miria Contreras) y su humanismo que lo llevó a preocuparse de impedir que alguien permaneciera contra su voluntad en La Moneda y la consecuencia de su gesto final, realizado reflexivamente, sin desesperación. Allende fue la antípoda del héroe machista, a quien la adrenalina de la guerra ofusca los sentimientos. Así hay que rescatarlo. XXI

GUILLERMO NÚÑEZ

UN ESPACIO DE TIEMPO,
UN LEVE ESPACIO DE TIEMPO

"Pero, ¿qué sucedería
con el arte,
escritura de la historia,
si rompiera
con el recuerdo
del dolor acumulado?".

T. W. Adorno

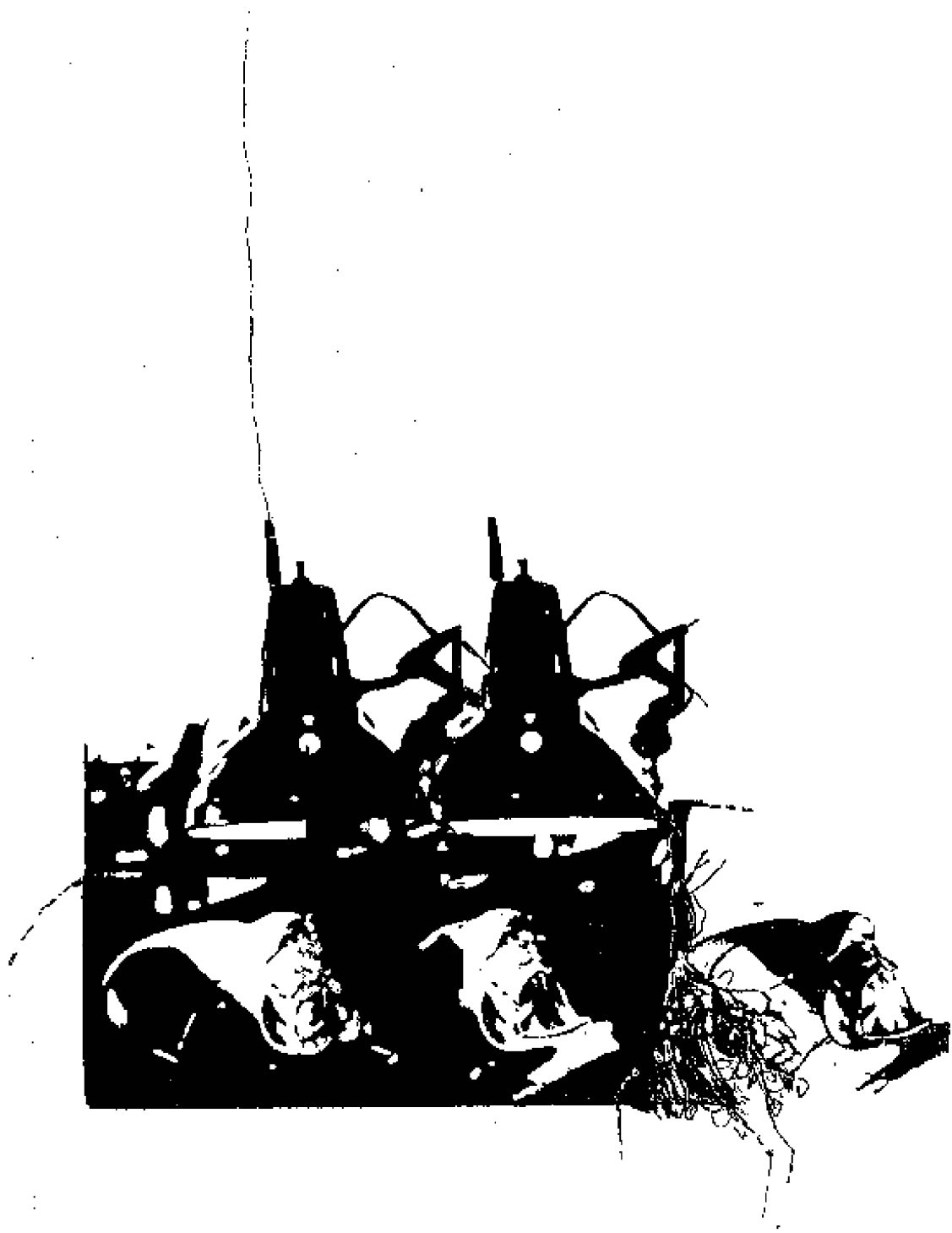


tiago de Chile, la mañana del 11 de Septiembre, una dulce brisa empapaba el aire y



Superarán otros hombres este momento gris y

amargo, donde la traición



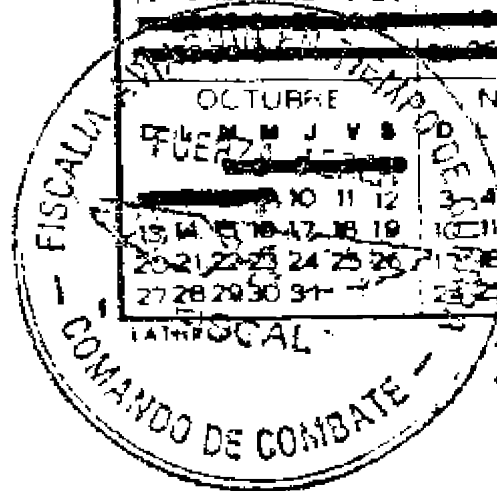
Díme, ¿qué has hecho del día,
atezada nube parda?
Sombra, ¿qué has hecho del sol?
Noche, ¿qué has hecho del alba?

(Pedro Calderón de la Barca.)

SERRANO 20

SOLAMENTE POR 20 DIAS ESTAREMOS
 VENDIENDO DIRECTO DE FABRICA EN
 ESTE LOCAL.

ENERO					FEBRERO					MARZO								
D	L	M	J	V	S	D	L	M	J	V	S	D	L	M	J	V	S	
		1	2	3	4	5					1	2					1	2
6	7	8	9	10	11	12	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14
13	14	15	16	17	18	19	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21
20	21	22	23	24	25	26	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28
27	28	29	30	31	24	25	26	27	28	29	30	31						
ABRIL					MAYO					JUNIO								
D	L	M	J	V	S	D	L	M	J	V	S	D	L	M	J	V	S	
1	2	3	4	5	6	1	2	3	4	5	6	1	2	3	4	5	6	
7	8	9	10	11	12	7	8	9	10	11	12	7	8	9	10	11	12	
13	14	15	16	17	18	13	14	15	16	17	18	13	14	15	16	17	18	
19	20	21	22	23	24	19	20	21	22	23	24	19	20	21	22	23	24	
25	26	27	28	29	30	25	26	27	28	29	30	25	26	27	28	29	30	
JULIO					AGOSTO					SEPTIEMBRE								
D	L	M	J	V	S	D	L	M	J	V	S	D	L	M	J	V	S	
1	2	3	4	5	6	1	2	3	4	5	6	1	2	3	4	5	6	
7	8	9	10	11	12	7	8	9	10	11	12	7	8	9	10	11	12	
13	14	15	16	17	18	13	14	15	16	17	18	13	14	15	16	17	18	
19	20	21	22	23	24	19	20	21	22	23	24	19	20	21	22	23	24	
25	26	27	28	29	30	25	26	27	28	29	30	25	26	27	28	29	30	
OCTUBRE					NOVIEMBRE					DICIEMBRE								
D	L	M	J	V	S	D	L	M	J	V	S	D	L	M	J	V	S	
1	2	3	4	5	6	1	2	3	4	5	6	1	2	3	4	5	6	
7	8	9	10	11	12	7	8	9	10	11	12	7	8	9	10	11	12	
13	14	15	16	17	18	13	14	15	16	17	18	13	14	15	16	17	18	
19	20	21	22	23	24	19	20	21	22	23	24	19	20	21	22	23	24	
25	26	27	28	29	30	25	26	27	28	29	30	25	26	27	28	29	30	
31						25	26	27	28	29	30	29	30	31				



1974



I



II



III



IV



V



VI



VII



VIII



IX



X



XI



XII



XIII



XIV

¿QUE HAY EN EL FONDO DE TUS OJOS?

CHOLULA

GUERNICA

LIDICE

KOLYMA

LONQUEN

ORADOUR

HIROSHIMA

BIBI YAR

MAI LANG

SOLOVKI

DACHAU

AUSCHWITZ

TREBLINKA

BUCHENWALD

Los colores del ojo. Los vapores acuosos. ¿Era la luz propia de su eternidad? En la inmensa habitación repleta de nubes, ya no las vio acumuladas en los rincones sino mojándolo en su neblina. Metido allí en medio del arco iris, sin verlo, respirando ansioso con sus dedos esos colores de mentira. Una mano, sobre el muro rugoso en medio de costrones y viejas consignas dibujó otro arco iris, un arco iris resplandeciente como luz neón, ¿o era en verdad un arco iris de neón? Hacia el fondo, en el largo corredor que penetra en la sala, una hilera de hombres avanza titubeante. Con la vista vendada, unidos por el brazo y la mano que tomaba el hombro del que les precedía se arrastraban muy lento tratando de palpar un sendero desconocido que ninguno podía ver, que los llevaba en agonía a caer en ese espacio vacío delante suyo mientras la luz rebotaba en las paredes blancas.

Horus dentro de mí. Dios y Satán en ese círculo conmigo. Esta luz con un ángulo de cuarenta y dos grados que comienza en el asombro (fotones indivisibles) que atraviesa mi ojo cuando mi mente dibuja delante mío –el sol a mis espaldas– el estallido de estos siete colores, que yo quisiera negros (muy negros con un fondo de tambores) negro con fondo de tambores que yo dibujo negros.

Dispersión (efímero estallido), átomos, fotones indivisibles, euforia de tu epifanía.

¿Que puede hacer usted dentro del arco iris? ¿Cómo imagina usted lo que hay detrás de él? ¿Cree usted que sea verdadero? ¿Un paisaje interior? ¿Qué simboliza o que podría simbolizar, o no representa nada? ¿O es sólo espectáculo visual destinado a evaporarse, a partir, con la caída del sol detrás de usted? (De todos modos, tome usted este arco iris y llévelo siempre consigo).

El cortejo de ciegos avanza lento, trastabillando, aferrándose al suelo con pasos pesados y torpes.

Uno de ellos ha quedado atrás, aterrado, muy solo en las tinieblas de su venda.

El arco iris lo rodeó, lo abrazó para calmarlo. Una revelación anunciada por un ángel oscuro. Una luz de trompetas.

Entran ahora al recinto en ruinas, a las luces que llegan desde las doce ventanas, a las luces que se reparten sobre el suelo lleno de escombros y basuras bajo un techo muy alto, que deja ver el cielo a ratos entre sus ruinas.

Avanzan ciegos y se instalan rígidos frente a los rostros que cuelgan donde antes yacían los enfermos en filas de dolor y de muerte. Sus gritos aún persisten incrustados en esos muros, delirando donde otro dolor ha venido a juntarse, sobreponerse.

Se quedan allí de pie, las manos ligoteadas, los ojos vendados esperando el arco iris, interacción electromagnética entre moléculas contiguas de celulosa y agua, entre sus átomos constitutivos y la luz. Pero necesitamos del sol y nuestro ojo y nuestra mente, la lluvia, el paisaje, el cielo, las nubes y un espacio de tiempo, un leve espacio de tiempo y nuestra memoria o alguna necesidad interior muy profunda, coagulada allí, desde hace millones de años.

Absorción y dispersión de la luz, longitud de ondas disímiles que se entrecruzan desde mí, desde fuera de mí, a mí o a mi pensamiento para entenderlos, mirar con mil ojos desde dentro y fuera de nosotros mismos.

La línea, una apretada oscuridad que escapa de la luz haciéndola de este modo aparecer ante nosotros. En la infinitud, desde el punto negro del cual emerge la luz en la vela, desde la oscuridad, toda luz. Al apretar la llama entre sus dedos volvió el negro a replegarse en su silencio.

Su espacio, su cuerpo había estallado en pedazos, mil pedazos que se repartían como estrellas en lo oscuro.

SOCRATES

GIORDANO
BRUNO

ANA
FRANK

JAN
PALACH

TUPAC
AMARU

BOBY
SAND

JOSE
CARRASCO

DJAMILA
BOUPACHA

MARTIN
LUTHER
KING

SEBASTIAN
ACEVEDO

ALDO
MORO

IVAN
DENISSOVICH

TADEUS
BOROWSKI

SALVADOR
ALLENDE



I



II



III



IV



V



VI



VII



VIII



IX



X



XI



XII

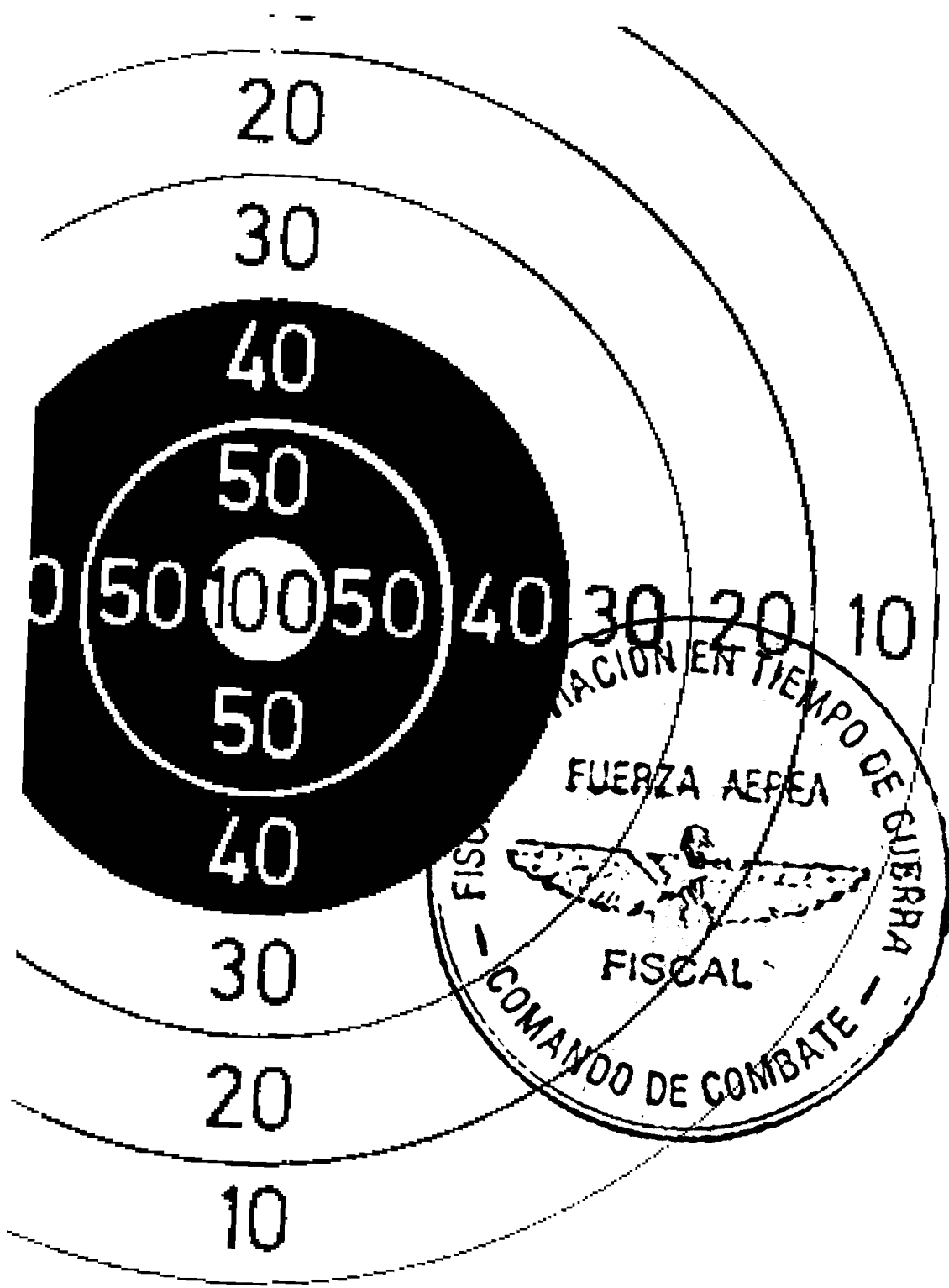


XIII

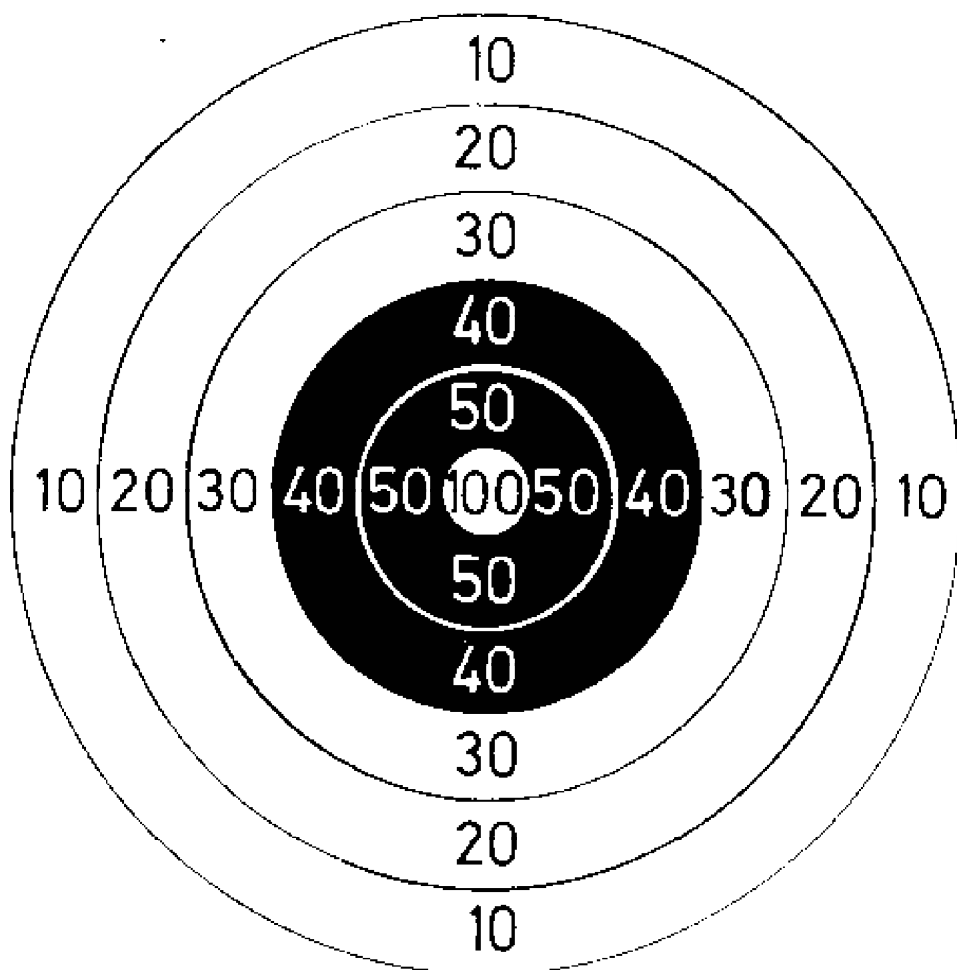


XIV

ENTRE OTROS MILES



(TOME USTED ESTE ARCOIRIS Y LLEVELO SIEMPRE CONSIGO)



Trace una línea horizontal dividiendo el tiro al blanco por la mitad.
Llene la parte superior de colores, guiándose por las líneas. Pinte en orden o en desorden los colores del arco iris.

Si lo desea utilice otros colores: invente colores, invente nuevos nombres a los colores, y escríbalos en las líneas concéntricas. Escriba un poema si quiere. Haga un arco iris como usted querría verlo.

Recorte el círculo, dóblelo por la mitad: si dobla hacia atrás la parte inferior será su soporte, si dobla hacia adelante, su reflejo en el mar.

El Icono patrimonial

Carlos Ossa

"¿Qué les sucede a los ancianos con su propia ex combatiente sombra? Se confunden con ella ardiendo y son fuego rugiendo fuego de sombra hecho de sombra..."

Pablo de Rokha: Canto del Macho Anciano

¿Cómo incrustar un símbolo en la vaciedad política de los discursos rentables? ¿De qué forma se habla a un hombre, cuando su propia tragedia lo deshumaniza, lo reivindica en la utilidad de un presente que lo necesita de testimonio?

Cuando la Moneda ardía en llamas, esas llamas no sabían que 25 años después estarían quemando otras banderas, estarían incendiando otros atardeceres, publicitarían gestos y se impondrían más allá de los archivos ilusorios de la historia. El Allende que recuerdo no es del 73 es el del 82, es uno hecho de retazos, cervezas y pop argentino.

Resulta complicado advertir una constante para un sujeto tan descorporeizado como Allende, retenido por una ritualidad que se adjudica la credencial última de la historia, que hace pesar su ejemplo como la culpa de seguir mirando. Sin embargo, este esfuerzo de propiedad, de situación, de alimantar la dramaticidad de un acto político enorme, pareciera día a día expulsar al fantasma del mito, o dicho de otro modo, convertir al personaje en un signo, en un giro lingüístico donde van a reposar los disconformes, los justos y sobre todo los que esperan...

El ícono patrimonial que se cita cada 11 de septiembre, es el modo de ajustar cuentas con el lugar que uno ocupa en la actualidad. Es proveer de una morfología a este edad de desamparos, a los desvanecimientos de una épica vencida por el cálculo y a la nostalgia

convertida en una caja fuerte. Es curioso como saltan los discursos, como esquivan los acontecimientos, gracias, a la plasticidad de los lenguajes y, por vía de éstos, reescribir el "sentido del lugar". Sin embargo, en los ochenta éramos una multitud espectral e ilusionada, nos movíamos entre los símbolos prestados de la Unidad Popular y la iconografía cruzada de la industria cultural. En suma, de Víctor Jara a Bob Marley, de fiestas hechas del repertorio de la canción de protesta a todo el cancionero sentimental latinoamericano y, finalmente, el baile exorcizado de cuerpos-volcanes donde gritar, saltar, vivir se confundían con las guitarras rápidas de la "voz de los ochenta", el ultraviolento, y una estética de zapatillas y gabardinas negras. Ya en ese tiempo sospechábamos todos de todos.

Mirando atrás -no sé si con ira o no- veo que el olvido busca olvidarnos, congelarnos en los emblemas de una performance del recuerdo, existirá modo de excusa: fuimos para otros. Hoy, la televisión redacta las cosas y monumentaliza los recuerdos. En su crepúsculo mediático, el 73 es sólo una imagen de la cual es necesario desprender las consecuencias. Limpia las hilachas, descuida los nombres y cosifica el titubeante sabor de la incerteza. Los años ochenta y su Allende confuso y total, termina recuperado por un orden que lo auspicia, lo celebra, lo convierte en video y semantiza como distancia. Así, el problema es el recuerdo no la memoria. Pero aún más, no es la hambrienta disputa por la quejumbrosa "verdad histórica" lo puesto en juego, se trata de evitar la responsabilidad por las preguntas. De las cuales una todavía es insoponible: ¿cómo se hizo posible el crimen?

El Allende que recordamos es una esquirra, una especie de patrimonio fractal, es su escasez lo que ha permitido reconstruirlo, y curiosamente ese pedazo con intenciones de

madrugada, hace olvidar, imposibilita todo y a todos los que fueron, de una u otra forma, parte de lo mismo. El rito ha reemplazado al duelo y a los desaparecidos el estado de lo desaparecido. Este es un confín de vihuelas rotas, donde no tenemos lugar. El Chile de la transición ha convertido nuestra experiencia en dato, nos ha dejado atrincherados en la sensación del error y en la necesidad del proyecto personal. No vengo de ningún país pequeño y amable, sólo transito entre veredas nubladas, atorado entre los problemas familiares y la pregunta culposa - por qué- ya no voy a ninguna marcha...

Existe una memoria ecualizada, una sonoridad de la política limpia de agudos y bajos extremos o disonantes, un ralente estable sin flecos y alteraciones que ayudan a vivir la ciudad. Es un ejercicio de restauración, donde objetivar liquida el valor de recrear, de volver a fundar, de simbolizar los huérfanos bolsillos con otras cargas, con otros esfuerzos. La ecualización facilita la ausencia de silencio, aún más, hace innecesario el silencio. Justamente en éste es donde se encuentran las mayores noticias, así se eluden muchos sentidos y la historia contada comienza a parecerse a la historia creída. Es como el Molloy de Beckett: "*De tanto pensar que así erami vida, terminé creyéndolo: de esta forma comienza toda publicidad...*".

En el ejercitar la supervivencia de Allende en los ochenta, nos fuimos quedando atrás, detenidos en las dudas y en las inconsistencias. Lentamente pasamos del "cambio de sociedad" a puros homenajes. Es una edad de celebraciones, de cartas, de biografías heroicas hechas en la conformidad democrática, de reportajes y balances, de escrituras desiguales disputando el poder interpretativo, de un sujeto elevado a mito para la conveniencia de todos los discursos y cuyo destino mayor, podría ser el de otros tantos signados por el marketing rebelde: convertirse en estampado de camiseta taiwanesa. ¿Le corresponderá a Allende seguir la ruta de las culturas híbridas? ¿Será la mezcla nahualt de romanticismo, tecno, editorial y fecha sumisa de calendario? ¿Existe lugar para las sombras en

la cultura mediática? ¿Qué pasa con las anchas alamedas atribuladas por el movimiento financiero, las majestuosidades corporativas de edificios de telecomunicaciones y el florido desenfreno de barras deportivas que portan una pasión y un che Guevara?

En la discontinuidad de estos trozos, en la zozobra del relato sólo he tratado de insinuar una imagen. Los años ochenta también existieron y no sólo se limitaron al recado político de la protesta, a la gente en la calle y los otros en los escritorios del acuerdo, hubo un goce y una caída, estuvimos "tan lejos, tan cerca" que resulta extraño escribir de una década, con la excusa de Allende.

Es la comodidad que ofrece el fin de siglo con su vasta demanda de resúmenes, de in y out, de las mejores cien películas, libros, hombres notables, etc.

La fotografía de Allende con su mano extendida, el humo galopante de las 11:52, el discurso que advertía sobre la sábana negra que venía, siguen siendo la sombra en el fuego de la sombra. Una generación lo sintió así, y de otro modo, lo enmarcó y hasta se aburrió de él y su "misticismo", lo coleccionó sólo lo utilizó de fetiche para indicar una inconformidad.

Esta nueva cita donde las palabras deberían fomentar un encanto, se dispone a lo sumo a hacer emerger un comentario: el Allende que conocí estuvo arropado con la ambigüedad de un tiempo donde los mitos empezaban a tener otras funciones: desmalezar el pasado, limpiarlo de pesadumbre, aliviar los quebres. Su figura era una molestia, un arcaísmo inoficioso, porque transportaba una huella. Hoy en día se lo convoca para demostrar que su desajuste no hace daño, más aún la convivencia se vuelve estable porque ha ingresado al índice de las catástrofes, es parte de la biblioteca de la tormenta.

Así, la generación que debió soportarlo como parte de su acción política lo trajo en andas hasta la transición, donde los burócratas se hicieron cargo y administran una imagen parecida a una campana: la tocan a la hora señalada. XXI

Aproximación a SALVADOR ALLENDE

Víctor Pey C.

Hay fechas y plazos en los que el recuerdo de hechos del pasado se vuelve recurrente. Se trata, tal vez, de un vínculo mantenido con sucesos y protagonistas que vamos incorporando a nuestro patrimonio emocional insensiblemente, en el que el paso del tiempo va modificando, sin duda, sin alcanzar a destruirlo. A veces, como ocurre con la visión histórica, ese transcurrir del tiempo constituye un ingrediente necesario, aunque no suficiente, para la debida evaluación de los hechos y sus consecuencias, que aparecerían deformados en versiones inmediatas obtenidas sobre aconteceres y actores.

Un cuarto de siglo parece constituir ya un espacio suficiente que permita disponer de alguna perspectiva en la mirada analítica de ese pasado, al tiempo que permanecen asequibles, todavía como testigos, no pocos de los actores que protagonizaron los dramáticos episodios nacionales acaecidos en septiembre de 1973. Sean cuales fueren los particulares puntos de vista que asuma el espectador, la figura de Salvador Allende surge muy por encima de las del resto de quienes tuvieron papeles relevantes en el reparto de aquellos dramáticos episodios.

Muchos han sido quienes, desde dentro y fuera del país, se han preguntado, una y otra vez, sobre la naturaleza inevitable del destino de la experiencia chilena, en su intento de avanzar hacia un socialismo humanista por una vía democrática y libertaria, como fue la premisa planteada por Allende y el gobierno de la Unidad Popular. Naturalmente que la tesis de la inevitabilidad cuenta, al presente, con el fun-

damento lógico de la constatación de unos hechos consumados. Pero ocurre que la Historia, la más humana de las ciencias sociales, dista mucho de ceñirse a un estricto determinismo fatalista, del cual se escapan, cada vez con más persistencia, hasta las disciplinas más rigurosas de la física teórica y las mismas matemáticas, que nos llevan, en las visiones actuales del pensamiento científico, al hecho desconcertante de la incertidumbre.

De suerte que, por ahora, el análisis de los hechos y su vinculación con los que fueron sus protagonistas es procedente, dándole así a la historia el cariz humano que la misma tiene.

A lo que deseo referirme aquí es precisamente a algunos rasgos de la personalidad de Salvador Allende, de su carácter, acaso de su entraña íntima, del ser humano que permaneció invulnerable a las influencias de la popularidad y del poder. Siendo un político nato nunca supeditó la consecuencia con los ideales de emancipación social y humana que inspiraron sus actos a las veleidades del oportunismo ni a las sensualidades del poder. Se engañaron quienes, haciendo correlaciones históricas con lo ocurrido con la presidencia de González Videla, creyeron que la consecuencia doctrinaria de Allende se licuaría ante el efecto catalizador de las alturas del mando supremo de la Nación.

Es natural el deseo de conocer los orígenes y las circunstancias en las que nacieron y vivieron los hombres notables que se incorporan a la historia, que hacen la historia misma, no sólo en el mundo político sino también en los otros, en el científico, en el artístico, en el cultu-

ral. Los psicólogos tienden a extraer explicaciones de las conductas adultas en las circunstancias en la que se desenvolvió la niñez. El caso de Allende es, también en ese aspecto, singular.

La madre de Allende, doña Laura Gossens, había sufrido, antes de casarse, la pérdida prematura de sus padres y el fusilamiento de un hermano en los dramáticos acontecimientos de la guerra civil; y, tras contraer matrimonio en 1898 con don Salvador Allende Castro, vió morir a sus dos primeros hijos, Salvador y Laura, siendo muy niños. Más tarde nacieron quienes también fueron llamados con los mismos nombres, Salvador y Laura, singularidad que acaso contribuyera, en alguna medida, a la formación de sus respectivas personalidades.

Conocí a Allende a principios de la década de los 40, en la casa de un entrañable amigo común y maestro del periodismo chileno, Aníbal Jara Letelier, co-fundador y director del diario La Hora, que se constituyó, en su día, en el gran artífice del triunfo electoral del Frente Popular que en 1938 llevó al poder a Pedro Aguirre Cerda. Allende ya era, a la sazón, un líder de la izquierda chilena que había seguido una probada trayectoria de entrega a sus ideales: relegado al puerto de Caldera por Alessandri en 1935, había participado en la formación de la coalición del Frente Popular en 1938; elegido diputado por Valparaíso y Secretario General del Partido Socialista en 1937; jefe de la campaña presidencial de Aguirre Cerda en Valparaíso en 1938; ministro de Salud Pública y creador del Colegio Médico en 1939, había vuelto a asumir la secretaría general de su partido en 1943. Era ya, pues, cuando le conocí, una personalidad reconocida del mundo progresista nacional.

Corrían los tiempos en los que la democracia chilena parecía asentarse sobre bases invulnerables. Las Fuerzas Armadas gozaban de una imagen como labrada con una solidez incorruptible de profesionalismo y sujeción al poder civil democráticamente establecido. Allende no sólo era un orador espontáneo que

llegaba al corazón de los pobres y los desamparados, interpretando sus angustias y sus anhelos, sus frustraciones, sino también el tribuno parlamentario tenaz y consecuente, estudioso de los temas que tocaba, polémico por la contundencia de sus discursos que concitaban el respeto de los parlamentarios de todas las tendencias. Eran, naturalmente, otros tiempos en los que la "mirada hacia el pasado", que tanto repugna ahora a los defensores de la dictadura, fue - acaso indebidamente - descuidada como exponente de una realidad subyacente olvidada, encubierta más por los deseos que por la verdad histórica.

Eran, sin duda, otros tiempos; aún no habían hechado raíces las teorías y las prácticas recomendadas por la Escuela de Las Américas y la Doctrina de la Seguridad Nacional, que hizo tabla rasa de dignidades y de valores, de suerte que había espacios privilegiados para lealtades y principios, tanto en la vida privada como en la pública. Allende fue siempre, en lo personal y en lo político, un cultor de esos valores que nunca los sintió incompatibles con la consecución a los ideales libertarios que asumió desde sus tiempos universitarios. Las confusiones a las que son proclives algunos de los epígonos de Maquiavelo y de Clausewitz, más inclinados a las permisividades acomodaticias formales de las tácticas políticas, excusadas en función de la estrategia, no tuvieron cabida nunca en las prácticas de Allende. Dicho en otras palabras: Allende fue, toda su vida, de una consecuencia singularísima en la historia política de Chile, en la época que le tuvo a él como destacado actor, primero, y como protagonista después.

Sabido es que varios antepasados de Allende, por línea paterna, participaron en los episodios de la independencia nacional, en la guardia personal de O'Higgins y en la milicia revolucionaria de los Húsares de la Muerte, y que su propio padre, Salvador Allende Castro, participó como artillero mayor en la bata-

lla de Concón. Pero Allende gustaba más de las gestas cívicas que de las bélicas, recordando con real amor y admiración la figura de su abuelo, Ramón Allende Padín, destacado dirigente del Partido Radical y miembro activo de la Masonería, de la que llegó a ser Serenísimo Gran Maestro. Allende Padín había participado muy activamente en la ardua y áspera batalla doctrinaria que llevó a la separación de la Iglesia y el Estado, distinguiéndose como fundador de la Maternidad de Santiago y de la primera escuela laica de Chile. "Devoción", es la palabra que Salvador Allende empleó en una carta dirigida a la Orden Masónica el 21 de 1965 para definir la índole de la emoción que sentía por su abuelo. No se trata de una precisión semántica accidental o baladí sino de detectar en ello la carga emocional y doctrinaria que para Allende tenía la vida, su amor a la vida propia y a la ajena, y su capacidad y anhelo de gozarla: el sentimiento más amplio y generoso del amor, simbolizado por la maternidad, cuya protección Allende privilegió en su vasta labor legislativa, y el anhelo de solidaridad, de tolerancia y de libertad, emblemáticos para la Orden masónica de aquellos tiempos, valores que marcaron indeleblemente la vida y obra de Salvador Allende.

Vale la pena detenerse algo en una reflexión sobre un conflicto de conciencia que asaltó a Allende tras haber permanecido más de treinta años a la Orden Masónica. Allende, en esa carta, planteaba su retiro de la Masonería, exponiendo con diáfana claridad y coraje los sentimientos que le llevaban a asumir tal determinación. Leámos en parte esa confesión, que nos acerca a la dimensión íntima del hombre:

"Estudiante en un período de fragor social y político y médico joven, de acción profesional amplia y anónima, fui tremendamente golpeado por el impacto de la realidad patria y que, por decirlo auténticamente, en su estructura económica, cultural, social y política, es la

de toda América Latina. De ambiente familiar sin prejuicios dogmáticos y atraído por el papel protagónico de los masones desde los albores de la Independencia; por la dura tarea de la Orden en su inalterable lucha contra el mal y por el bien; por la acción profana de la institución en sus afanes de eliminar la desigualdad social; por sus esfuerzos para borrar la intolerancia y superar el oscurantismo y por imponer un régimen de igualdad de derechos y de expectativas para todos los hombres, ingresé a la Orden. En no escasa medida también ejerció influencia en mis preocupaciones de bien público mi devoción hacia la figura de mi abuelo, el doctor Ramón Allende Padín, ex Gran Maestro de la Orden y fundador de la primera escuela laica de Chile".

Y, más adelante, planteaba Allende el conflicto profundo que observaba en la Orden con una honestidad que debe ser conocida por quienes pretendan acercarse a su dimensión humana. Decía Allende a los miembros de su logia masónica:

"¿Quiénes integran nuestra Orden? ¿Podría, con honestidad, intelectual, imaginarse que su composición refleja a la sociedad chilena de hoy? La respuesta, al menos en mi comprobada experiencia, tiene que ser negativa. En la Orden sólo se cobijan elementos de la burguesía. No hay en este aserto calificativo de ninguna especie. Es un hecho, y nada más. En consecuencia, los principios que animan la vida masónica son practicados por un grupo - no el más vasto - de nuestra sociedad. ¿Debe la Orden permanecer indiferente ante una vacancia de la clase obrera como la que enuncio?. Más aún: ¿se trata de un fenómeno accidental? La ausencia de elementos extraños a la burguesía es grave, tanto más cuanto que el fenómeno tiende a acentuarse, ya que la historia acredita que hubo épocas en que nuestros Talleres se vieron decorados por muchos y preparados hermanos que respondían, por lo menos, a una extracción artesanal y que también predominaba en el mutualismo. ¿Ingresa a la Orden en forma

ininterrumpida, una raudalosa corriente de juventud, de estudiantes, de elementos representativos de la intelectualidad nacional en marcha ? Tengo la impresión de que la respuesta, aunque menos categórica que en el caso de los trabajadores, tiene también que ser adversa " .

Es posible que para aquellos que, desde la izquierda, criticaron las "veleidades" masónicas de Allende tildándolo de "pequeño burgués", muchos de los cuales se encuentran hoy enriados en la administración del modelo económico neoliberal, estas palabras les causen sorpresa. De lo que se trata, nada más, es de lo lejos que se encontraron, siempre, de ese hombre que mantuvo durante toda su vida una consecuencia asaz escasa en la condición humana .

La carta de renuncia a la Masonería que estoy comentando le fue contestada a Allende por la Logia a la que pertenecía en los siguientes términos:

" (...) habiéndose reafirmado una vez más la coincidencia de nuestros planteamientos (...) acordó, por unanimidad, rechazar la solicitud de Carta de Retiro presentada por vos". Corresponde destacar que Allende siguió en la Masonería tras solidarizar su Logia con sus ideales de justicia social y de democracia íntegra, circunstancia silenciada por masones y profanos invariabilmente. Después, tras el golpe de Estado, cuando la represión hizo tabla rasa de los derechos humanos, sociales y políticos de la ciudadanía, la Orden Masónica oficial chilena cayó en un mutismo incompatible con la sustentación de los principios de solidaridad y tolerancia que históricamente ha sustentado, confundiendo con la complicidad en la aceptación silenciosa de las atrocidades que se cometían, situación que no se extingue con el disimulo ni con la excusa de la reserva en la que la Orden oficial se desempeña al interior de sus Talleres y que aún precisa del reconocimiento de tamaña omisión para rescatar la dignidad de la que gozó en el pasado.

Vayamos a otra reflexión sobre la influencia que puede revestir la integridad personal en el desarrollo de acontecimientos políticos relevantes.

Cuando Nixon, el 14 de septiembre de 1970, a menos de dos semanas de haberse efectuado la elección presidencial en Chile, ordenó a Helms, director a la sazón de la CIA, que "hiciera cruzir la economía chilena", dándole un plazo de 48 horas para presentar un plan estratégico para destruir a Allende "cualquiera que sean los riesgos", no sólo demostraba conocer la trayectoria política del líder socialista chileno sino también la índole de su coraje moral y de su insobornable consecuencia personal. El tema trasciende el ámbito político para caer en el ético y psicológico, en el de la valoración de la condición humana de un verdaderopatriota.

Los EE.UU. se las habían visto con excesiva frecuencia en el pasado, tanto en lo tocante a Chile como también en otros escenarios, frente a un género de dirigentes más obsecuentes. Veámos algunos ejemplos descubiertos por Joan E. Garcés en sus investigaciones realizadas en los archivos de Washington, mencionados en su libro "Soberanos e Intervenidos":

En 1946, González Videla había clausurado su campaña electoral como un gran líder popular con un fogoso discurso en el que había expresado, bajo un juramento retórico, que "no habrá fuerza alguna humana ni divina que me separe del glorioso Partido Comunista". Y, sólo tres semanas después de ser elegido Presidente, ya antes de asumir el mando de la Nación, el embajador de EE. UU. en Argentina escribía a Bowers, a la sazón colega suyo ante el gobierno chileno: "... Lo que en los meses pasado he oído de González Videla es tranquilizador (...). Es muy alentador oír hablar de las conversaciones de usted con González Videla y es de esperar que éste sepa manejar esa situación (...). Espero que sepa manejar adecuadamente la situación porque ello será muy

importante para su país y para todos nosotros...” Y sólo tres días antes de llegar a La Moneda - el 4 de noviembre de 1946 - el Director del FBI transmitía al Departamento de Estado que “fuentes informadas chilenas son de la opinión de que el Partido Comunista no estará representado en el Gabinete González Videla más allá de seis meses”. La realidad fue que antes de los seis meses González Videla se desprendió de los comunistas, descargando la represión sobre ellos.

Un año antes el Presidente Juan Antonio Ríos había viajado a los EE.UU. y dos meses después de su regreso a Chile, el 10 de diciembre de 1946, el embajador Bowers informaba al secretario de Estado que, como resultado de la visita de Ríos a Washington, “. . . Ríos va a tener en el futuro las menores relaciones posibles con los dirigentes comunistas, incluso hasta el extremo de no recibirles en La Moneda, excepto en ocasiones formales, cuando el protocolo lo exige”.

En febrero de 1945, el ministro de Relaciones Exteriores de entonces, Joaquín Fernández, enviaba un cable “confidencial” a los embajadores de Chile en Washington y en Londres en el que expresaba que “. . . Guatemala, Perú y Uruguay nos han consultado sobre la actitud que vamos a adoptar respecto al gobierno de Franco. El Presidente de Chile quiere actuar en esta cuestión en conformidad con el gobierno de EE.UU. ”

La lista de ejemplos relacionados con la forma lamentable en la que se había expresado la dignidad nacional en varios países de América Latina frente al poderoso país del Norte podría continuar largamente. Los analistas políticos acostumbraron a extraer de los hechos conclusiones ajenas a lo que existe en tales episodios derivado de la condición humana de sus protagonistas, más allá de las circunstancias en las que les toca actuar y de las ideologías que ellos profesan. Por algo, es claro, el politólogo no es un psicólogo ni menos un matemático. No se trata de negar la Razón de Estado como causa privilegiada de decisiones políticas de excepción sino de recusar su invocación como pretexto para encubrir actitudes acomodaticias ligadas al bien personal o de grupo antes que al común o nacional.

Allende, en varias ocasiones, aludiendo al dramático fin de Balmaceda, había expresado que él no tenía “pastade héroe ni de martir”, Y, sin embargo, la tuvo, no obstante el inmenso amor que siempre sintió por la vida y su capacidad para gozarla. Pero fue aún más fuerte el amor que sintió siempre por su pueblo, y por él entregó su vida en un acto de heroísmo cuya trascendencia elaborará ese mismo pueblo insensiblemente. Su legado reside en la consecuencia con la que defendió a la gente humilde y en la dignidad con la que ejerció la representación suprema del país ante el concierto internacional. XXI

Legado y vigencia de SALVADOR ALLENDE

Patricio Quiroga Zamora
Darío Quiroga Venegas

Fue un simple diálogo. Podríamos decir que conversé con mi hijo, o bien, que conversé con mi "viejo", y cosa curiosa... estuvimos plenamente de acuerdo!. El tema que nos convocó fue Salvador Allende, un "Alma en Pena", como afirma el amigo y filósofo Miguel Orellana (Orellana:1998). Allí, sobre la mesa, incentivando la conversación, habían una serie de trabajos alusivos al tema, un autor muy querido por nosotros reiniciaba una "Conversación interrumpida con Allende" (Moulian:1998), otro incursionaba en la iconografía de Salvador Allende ubicándolo en "Una época en Blanco y Negro" (Rojas:1998). "Punto Final", dedicaba "El Honor y la Gloria" (Punto Final:1998) a un hombre que en el paroxismo de la traición se le habían ofrecido la rendición y un avión a la muerte (Verdugo:1998); entre los libros también estaba el texto infamante del general Canessa (de cuyo título no nos acordamos), y tampoco faltaba el texto conmovedor de un autor por quince años clandestino, "Para abrir Alamedas" (Jiménez:1998). En fin, diversas perspectivas que queremos enriquecer a partir de un punto no tocado: ¿qué perdura de su legado?.

¿QUÉ DECIR A 25 AÑOS DE DISTANCIA?

Se cumplen 25 años de la muerte de Salvador Allende, se cumplen también 25 años de la caída de la Unidad Popular, y vienen a la memoria la gran cantidad de veces en que ha tocado escribir o leer artículos que tienen un inicio similar, sólo que variando la cantidad de años. Recuerdan los autores por ejemplo un escrito que realizó el mayor de los fiantes, cuando

se cumplían 15 años del golpe de Estado, y cuando también se rescataba el legado y vigencia del líder popular, en un momento en que nuestro país se disponía a vencer a Pinochet en el plebiscito del 88, y quedar ad portas de la recuperación, sino de la patria soñada, al menos de vientos democráticos, que posibilitaran los cambios profundos que, lamentablemente, quedaron trancos en la década siguiente.

En ese momento hablar del legado y vigencia de Salvador Allende era interpretar -al menos en apariencia- básicamente al discurso de toda la izquierda. Es decir, el rescate que se hacía de Allende no era sólo del hombre heroico de 11 en La Moneda, era también la cabeza de un proyecto político-institucional de avanzada para el país. Era el símbolo máximo de un ideal que si bien exigía -y exige- nuevas interpretaciones, está fundamentado en la necesidad ineludible de transformar radicalmente al conjunto de la sociedad.

Ha pasado el tiempo, han pasado 10 años desde el triunfo del NO en el plebiscito, con el cual se supone que derrotamos a la derecha y a Pinochet; sin embargo, ésta -la derecha- nunca a dejado de ser mayoría en el senado, y éste -Pinochet- está instalado como senador vitalicio.

También ha pasado el tiempo en lo referente a la imagen, vigencia y apropiación que se hace de Allende. Y tal como la izquierda ha sufrido la peor crisis de su existencia luego de algunos años de gobierno no dictatorial (decir "democrático", con Pinochet en el senado sería casi macabro); la vigencia de Salvador Allende a sufrido importantes transformaciones en los últimos años; no sólo por el efecto de la amne-

sia inducida, sino también por el intento de transformación -por parte de la renovación-, de la figura de un político revolucionario como Salvador Allende, en la imagen de un político electoralista, democrático, respetuoso del Estado de derecho, y fundamentalmente inserto en el sistema. Esta es la imagen que 25 años después se nos intentamos mostrar, es el intento de insertar en el inconsciente colectivo de la izquierda, que tal como hace 28 años fue Allende, hoy debiera ser Lagos.

A un cuarto de siglo de su muerte física, es quizás, este intento de transformación la primera idea a desmontar en un escrito sobre la vigencia de su pensamiento.

Salvador Allende, continúa en el centro de la polémica. Para unos (la derecha) el objetivo es denigrarlo, para otros (el centro) es silenciarlo. Siendo estrategia general borrarlo de la memoria histórica colectiva. El tipo de transición de la dictadura a la democracia que experimenta el país exige el consenso, el acuerdo y el olvido. Convirtiéndose el pensamiento del líder popular en un incómodo referente pues muchos aspectos de su proyecto mantienen plena vigencia y actualidad. Es en este contexto que algunos sectores de la izquierda, intentan acotar su perfil, quedándose sólo con el contorno de hombre democrático, poniendo un cedazo en la sustancia transformadora, que siempre impulsó el actuar de Salvador Allende. Intentan confundir su espíritu unitario con el entreguismo programático e ideológico que hoy caracteriza a la izquierda gubernamental. Allende siempre buscó la unidad, pero baste revisar los datos objetivos de su vida para encontrar que cuando la unidad implicaba renunciar al proyecto de transformación, no trepidó en entregar al país testimonio de coherencia y voluntad política como lo hiciera -por ejemplo- en la elección presidencial de 1952, en que no trepidó en oponerse a la ceguera política de la dirección socialista de entonces y optar por el camino propio, demostrando la historia que aquel 5% de votación obtenido en esa oportunidad no era síntoma de idealismo caudillista, era literalmente semilla de cambio.

SALVADOR ALLENDE Y SU TIEMPO

El tiempo histórico de Salvador Allende fue conflictivo. Si aceptamos la propuesta del historiador inglés. E. Hobsbawm (Hobsbawm:1996), en el sentido que el siglo XX fue el más corto de la historia universal (1917-1989) y le agregamos la tesis de los historiadores alemanes, Benz y Graml (Benz y Graml:1982), que caracterizan el siglo como atravesado permanentemente por el conflicto, llegaremos a la conclusión que efectivamente este siglo corto es el más violento en la historia de la humanidad. Por lo tanto, la actividad de Allende se enmarca en un medio de un ciclo caracterizado por el enfrentamiento entre capitalismo y socialismo, por una sucesión de intentos de cambios revolucionarios, por la contrarrespuesta autoritaria, por los efectos de dos guerras mundiales, el despliegue de la guerra fría, los avances del socialismo y el despejamiento de los movimientos de liberación nacional. Procesos, que en Chile agregan las características propias de la denominada "edad de oro" del capitalismo por el rol jugado por el Estado benefactor, proceso acompañado por la industrialización y un tímido desarrollo de la democracia como sistema político.

En síntesis, Allende vivió un tiempo confuso, tenso y violento. En este período se insertó en la actividad pública. De manera que el rol político que jugó fue madurando en consonancia con la ola de mayor expansión del socialismo (1/3 de la humanidad), de los movimientos de liberación nacional y en el caso chileno con la maduración de un potente movimiento obrero y popular desarrollado conjuntamente con la industrialización. En este marco Salvador Allende dio forma a un nutrido cuerpo escrito, que podríamos caracterizar como "teoría en estado puro". En efecto, entre 1926 y 1939, escribió 28 documentos, destacándose como temática central la pluralidad de su pensamiento. Entre 1939 y 1952 escribió 260 documentos, apareciendo las definiciones acerca de lo social. Entre 1952 y 1969, en 290 documentos

descubrió la estrategia político-institucional que lo llevó a la Presidencia de la República. Finalmente, entre 1970 y 1973, durante la Unidad Popular, escribió 176 trabajos relacionados con el esfuerzo de afinar los problemas de la "segunda vía al socialismo" (Quiroga:1989).

Del estudio de estas obras se desprenden una serie de aspectos que caracterizan su pensamiento; a saber: a) la firme relación que estableció entre socialismo y democracia, b) la visión de dependencia que le atribuye a la sociedad chilena, caracterizada sucesivamente, en consonancia con la evolución de la ciencia social latinoamericana, como feudal, neocolonial y capitalista dependiente, c) situación ante la cual propuso un amplio frente de alianzas populares para eliminar los males de Chile, d) proponiendo una estrategia ligada a una clara concepción anticapitalista, antioligárquica y antiimperialista. Estos aspectos se plasmaron en documentos y programas de acción política, transformándose en el fundamento del "allendismo": un proyecto de sociedad (socialismo), un programa de gobierno (democrático-popular), una estrategia (político-institucional) y una línea de alianzas para el período (Unidad Popular).

Ya a esta altura de la revisión de lo que constituye el pensamiento allendista, podemos establecer un par de ideas. En primer lugar señalar que Allende no es un teórico profesional, no encontraremos en él lo que tan clásicamente los marxistas han buscado en sus líderes políticos: La Verdad. No, en la obra de Allende lo que hay es acción política que reflexiona sobre sí misma, que está inmersa en la coyuntura, y que en ese proceso dialéctico, va generando un pensamiento robusto, que es capaz de explicar y transformar la realidad en la cual es vivida. En segundo término podemos echar por la borda la pretensión de ver a Allende como un mero monumento a la consecuencia democrática. Allende era un demócrata, que duda cabe, pero porque visualizaba que desde ella era posible generar una plataforma de cambio. La democracia estaba concebida como un fruto, un pro-

ducto de largas luchas sociales que fue sacando jirones a la oligarquía y plutocracia. En suma, la democracia se conquista y profundiza luchando. De manera que tomar su figura como actualmente se toma la de Pedro Aguirre Cerda o la de José Manuel Balmaceda, es decir como una suerte de colección de "grandes hombres de la patria", no sólo constituye una gran falacia, sino además perder de vista un rico legado, producto de más de 40 años de pensar y actuar para transformar la democracia liberal en democracia sustantiva.

En otras palabras, Allende, armado de un cuerpo teórico enfrentó los diversos momentos de su tiempo histórico con sentido anti-capitalista y nacional-popular, llegando a constituir un sujeto histórico políticamente activo que se puso en marcha para transformar la historia, de esa manera Allende se transformó en un "mito movilizador", como diría uno de los grandes pensadores de la región, el peruano, José Carlos Mariátegui. Ahora bien, al respecto, nada más alejado de nuestra concepción de Allende es colaborar para su transformación en mito político (García-Pelayo:1981) En ese sentido creemos que se hace necesaria la desmitificación porque se corre el riesgo de transformarlo en un ser inefable, sacro y sagrado, "exculpado, sobre todo de su efectiva e individual responsabilidad política en el colapso de su presidencia", (Cáceres, del Alcazar:1998). Pero, en otro lugar nos ocuparemos de esa dimensión del problema.

En suma; la acción política del tribuno popular correspondió a una lógica determinada por la evolución de su tiempo histórico. Pero, ese tiempo ha sufrido cambios.

Para nosotros, latinoamericanos, el año 1973 es el punto de inicio de un gran viraje histórico universal. Tras nuestro "septiembre negro" se sucedieron vertiginosas transformaciones, fueron destruidos la convivencia, el sistema político, la cultura. Pronto colapsó el Estado de bienestar y arrastró consigo al modelo de sustitución de importaciones, quedando trunca

la industrialización, produciéndose profundas variaciones en todas las esferas de la sociedad. Tras el derrocamiento de Allende se inició la recomposición del capitalismo, proceso reforzado algunos años más tarde por lo que sociólogos y científicos sociales denominan como la "derechización de occidente" (1979), acto iniciado por M. Thatcher en Inglaterra, R. Reagan en los EE.UU., K. Nakasone en Japón. H. Kohl en Alemania, F. González en España y F. Mitterrand en Francia. En fin, la posterior "derechización de oriente" (1989) selló la etapa histórica.

Acto seguido. En pocos años asistimos a una verdadera transformación planetaria caracterizada por el derrumbe tanto del capitalismo como del socialismo de Estado, la revolución informática, la formación de nuevos bloques mundiales, una nueva revolución científico-técnica, cambios en las relaciones sociales, transformaciones en los Estados, la transición al capitalismo de la globalización y la aparición de un nuevo orden mundial ((Dabat:1995). Tendencia que en el ámbito nacional se expresa en la aparición de un nuevo Estado a medio camino entre los denominados "enclaves autoritarios" provenientes del Estado de Excepción y los avances democráticos del Estado liberal, transformación sustentada en un nuevo sistema político, un nuevo modelo de desarrollo económico, una nueva forma de inserción en la comunidad internacional y el triunfo de una nueva mentalidad marcada por el individualismo, el pragmatismo y la de-solidaridad, el decir la expansión de la insularidad, la soledad en compañía. Nunca hemos estado más solos en nuestra América.

Cambios que están modelando una nueva forma de acumulación del capital, que a partir de una nueva organización del trabajo y la información están redefiniendo la producción incidiendo en la recomposición del movimiento popular y sus estrategias de lucha social. En otras palabras, la transición hacia la automatización no sólo está destruyendo una forma de Estado, sino que está produciendo cambios en el mundo popular y en lo que tradi-

cionalmente fue la confrontación entre trabajo asalariado y capital. El declinar del fordismo y del keynesianismo ha producido el derrumbe del Estado benefactor, de manera que la automatización y el neoliberalismo impulsan cambios en la forma de Estado capitalista, apareciendo un nuevo tipo de Estado, el "Estado-cautivo," sustentado en el modelo neoliberal en el que la política tiene un status menor que la economía.

Vorágine de transformaciones que están derrumbando todo tipo de murallas Chinas y proteccionistas con la globalización capitalista, resultante de cuarenta años de crecimiento del mercado mundial a un ritmo superior al de la producción, configurándose un fenómeno, de a lo menos mediana duración, en que las relaciones, las inversiones y el crédito internacional crecen a un ritmo mayor que las economías nacionales generando una perspectiva planetaria para la circulación y producción de mercancías acompañado de un creciente proceso de integración y comunicación, marco en que también se producen modificaciones en las relaciones sociales, los modos de vida, etc. Tendencia que afecta en grado sumo a la patria de Salvador Allende, donde la nueva inserción en la economía mundial se hace a partir de la exportación de artículos con poco valor agregado (cobre, frutas, madera...), exportaciones que favorecen una alta tasa de centralización y concentración del capital, base de una concepción económica que pone el acento en el desarrollo sin redistribución (PNUD:1997).

En otras palabras, contra las previsiones de los teóricos de la dependencia y de las viejas izquierdas latinoamericanas, la expansión del capitalismo no era un fenómeno de ayer sino de hoy. Paradójicamente la relativa inmadurez del desarrollo de la economía capitalista mundial y el insuficiente desarrollo de la tecnología del transporte y las comunicaciones impedían que la industria abandonara sus reductos tradicionales. Estas trabas hoy yacen rotas, la expansión capitalista parece imparable. Bajo estas nuevas circunstancias históricas vale la pena el

ejercicio de interrogar a la historia... ¿Es posible el "allendismo"? ¿qué permanece de su legado?, ¿es posible desde el "allendismo" encontrar propuestas para una sociedad mejor?.

EL LEGADO: UN INTENTO DE ORDEN,

Han transcurrido 25 años de la desaparición física del líder popular y son muchas las variables históricas sociales que han sufrido cambios: el carácter del tiempo histórico, las políticas de alianzas, el Estado, la percepción de la vida, los modelos económicos, las correlaciones internacionales, la misma idea fuerza de la época, la dialéctica revolución/toma del poder, la forma de la integración latinoamericana (del proteccionismo a la apertura de los mercados); en fin, vivimos un período de cambio, en que el pensamiento y la figura de Allende deben aportar más allá del panfleto. En este sentido, y para no caer tan sólo en la alabanza fácil o en el rescate simplista, es que distinguimos 6 dimensiones básicas a partir de las cuales el pensamiento de Allende cobra vigencia actual; a saber: el componente moral, el legado unitario, la herencia política, el proyecto de sociedad, la visión latinoamericanista, y el legado partidario. Por cierto un trabajo que profundice o que se propusiera operacionalizar la vigencia allendista, podría perfeccionar esta distinción, sin embargo ofrecemos aquí un esquema transitorio, que permita una aproximación a su pensamiento evitar la estereotipación del líder.

El componente moral: Salvador Allende entregó a la posteridad una lección moral sellada con su propia sangre. Recordemos que ante la inminencia del bombardeo al Palacio Presidencial los militares le ofrecieron un avión para abandonar el país junto a su familia. Oferta rechazada sin asomo de vacilación, acto seguido por el ya legendario recorrido por cada uno de los puestos de combate de La Moneda llevando ánimo e insuflando valor a los defensores de Palacio. Pero, este no fue su único trance de muerte, la enfrentó cuando se internó por el altiplano chileno boliviano en busca de los restos

de la guerrilla del Che. En esa ocasión en febrero de 1968, haciendo carne el compromiso con el legado del Che, Salvador Allende lograría rescatar al resto de la guerrilla que venía saliendo de territorio boliviano, hasta que finalmente vía Tahiti, ayudó a su repatriación a Cuba. Una acción de esta naturaleza naturalmente desató un escándalo político de espectaculares dimensiones, el cual casi le cuesta el desafuero, siendo en ese entonces presidente del senado, corriendo con ello su conducción política un gran riesgo. También enfrentó al peligro cuando visitó, en medio de los duros bombardeos norteamericanos, Vietnam del Norte, cabe mencionar que Allende fue el último de los líderes occidentales en entrevistarse con Ho Chi Min. De manera que no estamos ante cuotas de mayor o menor valor personal, sino ante actos plenos de conciencia, de confianza en lo que se está haciendo. En el convencimiento de la corrección de cada acto político estriba el fundamento de su moral, su compromiso moral es por lo tanto con su proyecto de vida y por que no decirlo también con el ejemplo proveniente de la vida familiar. Este aspecto es tremendamente importante en nuestra América porque realza al líder que ligó su vida a los destinos de su pueblo, aquel que apeló al sujeto popular y no lo abandonó en una hora de vicisitudes.

El legado unitario: Tras el derrocamiento colapsó el poderío social de la izquierda, se fragmentó, un sector permaneció atrapado en los viejos dogmas y otro, por la vía de la renovación, aceptó la hegemonía del centro, debilitándose el conjunto. De manera que en momentos de dispersión y confusión se acrecienta el legado unitario de Allende porque con su esfuerzo desde la década del treinta dio forma a la unidad de los sectores populares. Característica única en su género en América Latina donde por doquier existen infinidad de izquierdas y de movimientos sindicales en competencia mutua.

En el caso de Chile, ya en 1936 Allende se esforzó por hacer realidad el Bloque de Izquierdas en Valparaíso para luego convertirlo en el

Frente Popular. Años después condujo a la Unidad Popular, previo recorrido por la constitución del Frente del Pueblo y del Frente de Acción Popular. Solo le quedó inconclusa una tarea: la construcción del Partido Federado de la Unidad Popular y allí están los resultados. En otras palabras, en el legado unitario de Allende se entrelazan cuatro componentes de la más plena actualidad; a saber: a) los sectores populares deben asegurar la representación social propia sin delegarla en otros sectores, b) la unidad es condición necesaria para competir con la derecha, el centro y lo que en América Latina denominamos como los "poderes fácticos" (fuerzas armadas y empresarios), c) sólo a través de procesos unitarios el pueblo se coloca en el epicentro del poder político, y d) cuando no existe la unidad, la izquierda languidece y se suma a otros proyectos, es el fin de la propuesta de cambios estructurales y el debilitamiento del sujeto popular por la desmovilización social.

La herencia política: Un aspecto importantísimo en Allende es el reconocimiento de las tradiciones e idiosincrasias nacionales, en virtud de lo cual reconocía pervivencias del pasado, de manera que la principal herencia política de Allende es la valorización que hizo de la democracia y su relación con el socialismo. Para él era imprescindible "institucionalizar la vía política hacia el socialismo, romper con los factores del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica". Avance sustentado en una trilogía: el pluralismo, la libertad y la tolerancia. Visión acompañada por una estrategia coherente que estimaba que el avance - incruento - debía lograrse a través de la democracia apoyada en la organización y lucha del movimiento popular, para lo cual era imprescindible la constitución de un frente de alianzas, un programa de gobierno y una estrategia para convencer a la ciudadanía, es el camino que permitiría ganar la mayoría. Planteamientos que condujeron a una valorización, inédita en su época, del Estado puesto que se alejó de la tesis tradicional de la destrucción, llegando a sostener que no se destruye absoluta

y totalmente un régimen o un sistema para construir otro, se toma lo positivo para superarlo, para utilizar esas conquistas y ampliarlas, contemplando, en el caso del desborde antidemocrático sólo la defensa constitucional del proceso de cambios.

A través de su vida política hay también una serie de cambios tanto respecto a la manera de acceder al poder como a su visualización. Es por eso que se advierte que en una primera etapa la idea era la utilización del camino electoral, esto quiere decir que las condiciones de Chile exigían que el "asalto al poder" se hiciera desde la vía democrática. Era en ese sentido una visión en algún sentido táctica. Se movía desde la perspectiva clásica de que el poder tiene un lugar físico, y que por tanto lo fundamental es encontrar la manera de llegar a él. Por cierto el asumir la vía pacífica en una realidad concreta como la chilena, ya implicaba una audacia de perspectiva, ya que era (y de hecho fue) inédita. Sin embargo es sólo con el correr de los años, con la cercanía de la Unidad Popular, que Allende genera una evolución en su concepción de poder, y plantea la vía político-institucional, lo que implica que pasa a entender la apropiación del poder como un proceso dialéctico, en que la "toma del palacio de invierno", no trae consigo la realización del proyecto. Allende da cuenta, que el proceso hacia el socialismo, implicaba un cambio en la mentalidad social; implicaba romper con la concepción clásica de buscar la toma del viejo Estado para su disolución, para su cambio por otro; se trataba de asumir el desafío de transformar desde el Estado.

He aquí una herencia plena de actualidad: la participación y lucha desde el Estado a través de la vía político-institucional.

El proyecto de sociedad: Salvador Allende convivió toda su vida con el socialismo, recibiendo, naturalmente, el impacto de una imagen. También presenció la gesta de los movimientos de liberación nacional, fue amigo de sus líderes y conoció de los afanes por construir

una nueva sociedad. Pero, a pesar del respeto hacia la imagen socialista sólo coincidió en que este era un nuevo tipo de sociedad alternativa al capitalismo, pero que no existían, para su construcción, plan o modelo alguno, de allí su famosa afirmación que la revolución chilena debía tener "sabor a empanada y vino tinto". Allende acompañó esta formulación con tres proposiciones: el anticapitalismo, el antiimperialismo y el antilatifundismo.

En la actualidad, Chile es considerado como uno de los países con peor distribución del ingreso del mundo, la legislación social sigue siendo un bello sueño, el capital triunfante en 1973 se apropió de las principales empresas del viejo Estado benefactor, las transnacionales controlan regiones inmensas de la economía y servicios (minería, telecomunicaciones, electricidad) y la reconstitución de la propiedad territorial y su conversión en capitalismo agrario condenó al viejo "gañán" de fundo, al antiguo campesino, en jornalero o temporero, es decir en un trabajador asalariado de carácter estacionario. Ante lo cual permanecen en pie aspectos fundamentales del pensamiento de Salvador Allende, como: la necesidad de una nueva sociedad de socialismo democrático y un nuevo trato con el capital interno, el foráneo y el agrario. Punto de partida para la justicia social y dignificación de la mayoría.

El legado latinoamericanista: Allende fue un fervoroso partidario del latinoamericanismo, entendido como la acción política a escala internacional, marco en que animó grandes debates en los cuarenta con el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, en los cincuenta con el venezolano Rómulo Betancourt, y en los sesenta con el mexicano Lázaro Cárdenas con el propósito de organizar un movimiento de alcance latinoamericano en pro de la Liberación Nacional y de la Emancipación Social de nuestros pueblos. Fue también un decidido partidario de la integración latinoamericana y no trepidó en participar en la fundación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) a principios

de los sesenta luego de proclamar su adhesión a la revolución cubana. Durante su gobierno llevó a la realidad la dimensión bolivariana de su pensamiento estrechando relaciones con diversos gobiernos a partir del deshielo de las "frenteras ideológicas", empeñándose especialmente en el éxito del Pacto Andino. En fin, no cabe duda del latinoamericanismo de Salvador Allende, herencia de primera magnitud frente a una América Latina que actualmente se desgarra y fracciona, situación delicada si se toma en cuenta la reconfiguración geopolítica del mundo, situación a la que debe agregarse el hecho que incluso su cultura tiende a ser impuesta en los países centrales. En la lógica allendista sólo una América Latina unida puede enfrentar los desafíos del porvenir.

El legado partidario: El legado de Salvador continúa siendo amplio. Uno de ellos se refiere al legado partidario, porque Allende militó toda su vida e incluso en alguna oportunidad llegó a señalar "todo lo que soy se lo debo a mi Partido", pero su legado no reside allí, sino en el rol que otorgó al partido político como instrumento de transformación social, guía político y formador de opinión. En una América Latina en la cual los poderes fácticos, y por que no decirlo los errores de los conductores políticos, han menguado el respeto hacia las organizaciones políticas el legado partidario es fundamental, porque realza la necesidad de la existencia de partidos políticos fuertes en sistemas políticos que podrían transformarse a través de la vía político-institucional y porque la democracia partidaria interna es un ejercicio de pluralismo y tolerancia que luego se traslada a la sociedad civil. Juicios de la más plena actualidad porque el socialismo moderno requiere para la competencia de un instrumento eficaz.

FINALMENTE

Siempre será grato y difícil a la vez, hablar de la herencia política de Salvador Allende. Siempre el tiempo y la mala memoria pueden

jugar en contra del rescate, no sólo de Salvador Allende como líder, sino de lo que él -como tantos- encarna: la de necesidad del cambio social. Resulta tremendamente interesante -como fenómeno sociológico e histórico- la apropiación que de Allende hoy se hace. Baste con echar un vistazo a un mes como septiembre para dar cuenta de las ironías del destino. Por una parte, en los cuartos traseros de la burocracia estatal, parte importante de la vieja izquierda que en el rango teórico es una mezcla de liberales y marxistas, que en el político viran hacia la centro izquierda, que en el ámbito internacional ingresa a la socialdemocracia, y que en lo económico -sus funcionarios de gobierno- asumen y aplican políticas neoliberales... y, sin embargo, organizan un homenaje a Salvador Allende en el Estadio Nacional. Por otra parte grupos de la izquierda más radicalizada, que desestima a ultranza los partidos políticos, que actúan políticamente en grupos pequeños, que desechan de plano el uso de las herramientas legales como las elecciones, y que fundamentalmente rechazan al Estado y su aparataje, grupos que en el rango teórico van desde ciertos intentos de reedición del MIR, hasta concepciones anarquistas... levantan la figura de Allende potenciando la clásica imagen de Salvador, fusil en mano, haciendo vista hacia el cielo. Posiblemente ambos grupos de ser contemporáneos del Chicho, hoy serían parte de sus grandes críticos.

Así es el tiempo, así funciona su efecto adormecedor en el suave bálsamo que es el olvido. Por eso hoy -no más que nunca, sino igual que siempre- se hace necesario ir al rescate del pensamiento allendista, no para asumirlo como dogma o como teoría acabada de la realidad, sino sencillamente para contrastar, para tener a mano teoría política nacional. Para hacerla pasar por el cedazo de la crítica y tomar los elementos útiles que ella pueda tener.

Allende vuelve, siempre vuelve... no sólo como el hombre terciado con la banda tricolor, comprometiéndose como presidente de Chile, no sólo como el hombre digno defendiendo La Moneda en llamas; vuelve también el estudiante del Instituto Nacional, el joven que fue capaz de asumir sus responsabilidades toda la vida, como cuando se transformó en un fiero opositor a la dictadura de Ibáñez, desde la FECH, como cuando participó en los sucesos de la República Socialista de 1932, lo que le significó la comparecencia ante tres cortes marciales. Siempre vuelve el polemista. El político, el dirigente que recorrió cada rincón de Chile, el conductor que fundó el Frente del Pueblo, el FRAP, la Unidad Popular, aquel que dedicó las energías de su vida a la transformación social en beneficio de los explotados, aquel que dedicó toda una vida a las ideas del cambio social... Allende siempre vuelve!. XXI

NOTAS

- 1: Benz y Graml. Problemas mundiales entre dos bloques de poder. Siglo XXI, 1982.
- 2: Cáceres Gonzalo, del Alcázar Joan, Allende y la Unidad Popular : hacia una deconstrucción de los mitos políticos chilenos. Doc.s/d.
- 3: Dabat, Alonso. El mundo y las naciones. México, 1993.
- 4: Eric Hobsbawm. El siglo XX. Crítica, 1996.
- 5: García-Pelayo, Manuel. Los mitos políticos. Editorial Alianza, 1981.
- 6: Informe PNUD. Naciones Unidas, 1997.
- 7: Jiménez, Alejandro, Para abrir Alamedas. TADECH. Julio, 1998.
- 8: Moulian Tomás. Conversación interrumpida con Allende. LOM, 1998.
- 9: Orellana Miguel. Allende. Alma en pena. Sapiens, 1998.
- 10: Punto Final N° 428.
- 11: Quiroga Patricio. Obras Escogidas de Salvador Allende. Grijalbo, 1989.
- 12: Rojas, Alejandra (redactora). Salvador Allende. Una época en blanco y negro. El País/Aguilar, 1998.
- 13: Verdugo Patricia. Interferencia secreta. Sudamericana. 1998.

El Allendismo y la ruptura de la República simulada

por Patricio Rivas

EL SALTO DE CONOCIMIENTO Y ACCIÓN DE ALLENDE

La riqueza de la propuesta política que sintetiza Salvador Allende a lo largo de su vida, fluye de una radical determinación por hacer coincidir el país que se sugería en los textos oficiales e institucionales, con el país social. El país de los sintierra, de los sin casa, de los estudiantes pobres, de los obreros sin derecho a sindicalización, de los artistas e intelectuales marginados. En definitiva de los hombres y mujeres que nacían en la exclusión y morían en la pobreza después de haber trabajado de modo extenuante durante toda su vida.

El esfuerzo del proyecto *allendista*, no podía hacerse sino fundando una nueva idea de nación integradora y democrática, que permitiera un efectivo encuentro entre el proyecto de nación y la existencia de todos los chilenos. Pero habían límites muy contundentes, aunque a veces imperceptibles, para forjar un Chile donde todos tuvieran un lugar digno.

La tesis teórica y estratégica alrededor de la cual Allende comienza a percibir la aceleración de los tiempos de cambio en Chile y el paso de un dinamismo constante, pero muy regulado, a una curva de auge, amplitud y radicalismo social, es la de una nueva ciudadanía.

Se trata de un concepto de país donde exista no sólo integración política y económica, sino que además dignidad, autonomía y libertad de todos sus sujetos sociales. El país que ve Allende esta compuesto por una ciudadanía limitada y excluyente, su sistema político y parlamentario esta construido a la medida de la

estabilidad de un Chile que funciona como espacio de existencia digna sólo para un sector de la población.

Salvador Allende y un grupo amplio de dirigentes sociales y políticos de los grandes partidos clásicos de la izquierda, el PC y el PS, más crecientes sectores de la izquierda revolucionaria, que a lo largo del proceso va a estar constituida por el MIR, el Mapu, la IC y tendencias del partido socialista, configuran un núcleo complejo, amplio y de gran espesor moral y político por conquistar el paso del Chile simulado al Chile deseado. Ahí radica el ímpetu propositivo e histórico de las fuerzas que se pusieron en movimiento.

Estos sectores estaban dentro y fuera de la Unidad Popular y venían urdiendo sus vínculos desde 1957 con la sublevación de la chaucha, se consolidan en las elecciones presidenciales de 1964, en momentos en que Allende y el FRAP son derrotados por la Democracia Cristiana, se amplían y se hacen aún más determinantes entre 1967 y 1970 y se legitiman desde el gobierno entre 1970 y 1973.

LOS BORRADOS DE LA MIRADA OFICIAL

Conviene destacar uno de todos los obstáculos que obstruían un proceso de democratización amplia e incluyente: el no reconocimiento político, ni ético, ni siquiera discursivo, de los hombres y mujeres más pobres del campo y la ciudad, de los que incluso no encontraban lugar programático en el seno de los partidos de la izquierda histórica de Chile. Estos sectores se expresaban de manera lateral en

las organizaciones de base, en los movimientos juveniles cristianos y en el mundo artístico intelectual no reconocido académicamente. Su núcleo estaba integrado por cesantes estructurales, familias sin casa, habitantes de conventillos, obreros con ingresos por debajo de la subsistencia, estudiantes pobres, campesinos sin tierras, obreros agrícolas sin derechos, sectores medios sometidos a la fragilidad material constante.

Son estas las fracciones sociales y culturales que se ponen en movimiento a partir de 1960. Irrumpen en la escena social con escasa mediación política y representación parlamentaria. Lo hacen poniendo su cuerpo en el proceso y mostrando sus dolores y carencias, la mayoría de las veces son estigmatizados como "chusmas", "rotos" e incluso "lúmpenes" y "vandálicos". La tradicional derecha chilena los observa con perplejidad y miedo. La Democracia Cristiana y el partido Comunista y Socialista le otorgan espacios, pero en el marco de modelos de acción política que afixaban las búsquedas libertarias de éstas fuerzas, modelos de conocimiento que provenían de asociaciones y analogías esquemáticas entre la sociedad chilena y la europea.

La Democracia Cristiana percibe, incluso antes que la izquierda, éste proceso, pero no logra comprender la magnitud de las fuerzas que se han puesto en movimiento. La izquierda parlamentaria, apegada a la escolástica stalinista, demora en asumir esta nueva realidad. A pesar de que sus mejores caudillos se sensibilizan con rapidez.

Allende se compromete con este proceso, asume sus rasgos y especificidades, afina con gran artesanía un programa que los una y desarrolla un lenguaje que hace comprensible sus conceptos más abstractos. En éste particular sentido Allende acaudilla moral, ética y políticamente, a ese Chile excluido y borrado de los discursos y analíticas convencionales. Es en

medio de éstos nuevos actores que articula sus ideas de ciudadanía plena, de democracia incluyente y de dignidad nacional. Debe moverse en ámbitos donde el sólo hecho de hacer presente a los excluidos aparece para algunos como peligroso y subversivo, y para otros como un error político.

La habilidad política de Allende, que no consiste en lo que se ha pretendido banalizar como la capacidad de ensamblar acuerdos engañando u ocultando los propósitos de fondo, sino en la de tejer la unidad social de los excluidos y la unidad política de todo el campo de fuerzas ubicables dentro de la categoría de pueblo; es decir, trabajadores con zapatos y sin zapatos, con y sin casa, sindicatos legales y sindicatos de facto, con tierra y sin tierra, con educación superior y analfabetos; es uno de los problemas más originales que Allende se plantea en relación a la acción política. Es la complejidad de estos sujetos sociales y especialmente su diversidad lo que impele a Allende a proce-
 sar una estrategia compleja y no la astucia.

La fuerza de éste proceso es de tal magnitud, que desde ella se comprende la decisión de no rendirse en La Moneda, de no entregarse justamente a quienes habían consagrado el país excluyente. No se trató sólo de un digno acto de heroísmo y de un error estratégico en el campo político, sino de la única decisión histórica posible en esa situación. La de demostrar la determinación del país negado y excluido por hacerse presente y determinante en la historia nacional. Esta determinación no puede ser reducida por ello a un acto individual, sino a un proceso muy complejo de construcción de una nueva clase dirigente para un Chile democrático y digno. Hoy podemos decir, que Salvador Allende le impone a las nuevas direcciones estratégicas, un nivel de visión histórica de gran magnitud al dejar muy en alto el grado de compromiso que debe alcanzar todo aquel que quiera avanzar hacia un país profundamente democrático, incluyente y digno.

UNA SIMULACIÓN EXHAUSTA: LAS COSAS
QUE VIENEN DE MUY ATRÁS SON
PROFUNDAS

En tiempos como éstos de mediocridad intelectual y moral, impregnados de obtusos sistemas de cálculo y pequeñas pasiones, puede comprenderse por contraste y antípoda, la naturaleza de disidencia imaginativa y audacia ética del proceso *allendista*. Este es el ciclo de mayor expansión democrática que la sociedad chilena ha conocido durante todo el siglo XX.

El agotamiento de la República simulada en el primer quinquenio de 1960, coincide con la pérdida de fuerzas de quienes pretendían cambiarla en el marco de un nuevo pacto que regulara sus profundas tensiones.

Desde 1925, de manera creciente, comienza a gestarse una demanda cultural y política: la de transformar la ficción democrática de la constitución, los textos parlamentarios, los discursos oficiales y semioficiales en una situación democrática efectiva y abierta. En una onda creciente, pero con frecuentes rupturas, la utopía democrática se concretiza en reformas de diverso alcance: en la legislación laboral, en los derechos políticos, en la expansión de la creatividad artística, en el ensanchamiento del acceso a la salud y la educación. La democracia como concepto utópico va encontrando su situación social concreta, aunque siempre parcial.

Estos eventos en un gran primer acto se dan en virtud de una compleja yuxtaposición entre los afanes modernizadores del partido Radical y la creciente autoconsciencia de las nuevas fracciones sociales del mundo urbano y, en algunos casos, con el despertar del mundo agrario.

Coinciden los afanes desde la cúspide del Estado con la consolidación de las demandas desde abajo. Esta dualidad se extenderá hasta 1960, período en el cual el propósito modernizante se articula sobre la base de una estrategia de tres reformas, dirigidas por un par-

tidopolítico de nuevo tipo, la Democracia Cristiana chilena.

Este joven conglomerado impulsa la reforma agraria, la reforma urbana y la reforma educacional. Al tiempo que gesta los procesos de organización comunal a través de la ley de juntas de vecinos. Y una reconversión de la renta cuprera en el sistema de ingreso del Estado a la que se denominó "chilenización del cobre", con la cual se buscaba favorecer a la fracción industrial más activa, que producía para el mercado interno y aspiraba a acceder a los mercados regionales.

El ímpetu de éste proceso se extiende hasta octubre de 1967, momentos en que la movilización de sectores medios urbanos clásicos, como empleados, obreros y estudiantes coincide con la multiplicación de la radicalidad de los pobres del campo y la ciudad. La lucha por la reforma universitaria se vincula a la lucha por mejores salarios, por viviendas dignas y por la tierra para el que la trabaja. 1968 se inicia con un Chile repleto de luchas sociales y políticas, con un partido demócrata cristiano tensionado y caminando hacia la división y con una izquierda histórica fundamentalmente perpleja, pero vinculándose, a partir de sus dirigentes sociales, al proceso en desarrollo.

Será justamente a partir de 1968 que el MIR ensancha su convocatoria social y consolida una estructura de jóvenes dirigentes provenientes del mundo estudiantil, poblacional y sindical. En el campo del cristianismo juvenil, dentro y fuera de la Democracia Cristiana, comienza a producirse las redefiniciones que terminaran forjando al Mapu y ese amplio movimiento de los cristianos por el socialismo.

El impacto político del surgimiento de estas nuevas formaciones, en ese momento, es más simbólico que estructural. Sin embargo, su capacidad de comover las formas de reflexión y acción de la cultura política dominante es bastante profunda. La sociedad chilena, de caminar consensuado, de gesto paternalista y de

una enorme capacidad de control, se ve remecida por jóvenes como Miguel Enríquez, Rodrigo Ambrossio y por viejos como Clotario Blest o por nuevas figuras sociales, como los pobladores que nacen de las tomas o el campesinado mapuche que se hace reconocible a través de las corridas de cercos.

Son los tiempos de la reforma universitaria y de figuras que expresaban desde Rectorías de grandes universidades todas las fuerzas simbólicas de antiguos sueños, Don Fernando Castillo, rector de la Pontificia Universidad Católica y Don Edgardo Enríquez, de la masónica Universidad de Concepción.

Allende logra entre 1964 y 1973 construir al *allendismo*, como estrategia histórica de cambio en la sociedad chilena, la dota de programa, legitimidad y seguridad en sus propias fuerzas. Es todo un concepto de país distinto del que se proyecta a partir de estos propósitos, no se trata de los frecuentes procesos del populismo latinoamericano. El allendismo no tiene relación teórica ni política con el aprismo peruano o el peronismo argentino. Su singularidad radica en el propósito de *refundar* el país a partir del criterio de la inclusión, la ciudadanía extensiva e intensiva, la libertad irrestricta; y en articular un sistema de alianzas que negociara estos grandes objetivos históricos. Esto no tiene porque impedir en la lógica de Allende la búsqueda de alianza y de acuerdos, pero el punto se sitúa en no perder la centralidad histórica del proyecto.

ESO DE LA FUERZA MORAL COMO PROBLEMA ACTUAL

Hemos entrado en el siglo XXI, en los laberintos y entramados de una nueva situación mundial. La globalización gana en velocidad y extensión pero evidencia sus orgánicas desigualdades y exclusiones. Se hace claro que la actual recesión mundial en curso es el último episodio de la guerra fría. De esta situación saldrá un nuevo ordenamiento y jerarquización de la

economía mundial. Los países que estarán protagónicamente en la globalización, los que pueden aspirar seriamente a ella y los que tendrán que esperar un metafísico tiempo de una larga cola para poder acceder a alguna de las situaciones de bienestar y abundancia que se ofrecen hoy a través de los sistemas de comunicación internacional.

Cuando cayó el muro de Berlín se sembró a destajo la idea de que el futuro sería solo de paz y abundancia. Muchos pensaron que el derrumbe del socialismo burocrático acabaría automáticamente con la guerra fría y sería cuestión de tiempo que todos ingresaran a la modernidad económica y a la postmodernidad cultural. Es más, se señaló con evidente orgullo que el mercado se regularía a sí mismo y que en todo caso el ciclo sería de desarrollo y prosperidad. Desde las cátedras y desde los sistemas de gobierno se declararon las crisis económicas generales como superadas.

Hoy la soberbia política y la prepotencia intelectual muestran su anemia histórica. Cómo pensar desde estos procesos en la justicia social, en la sociedad de los derechos y en la dignidad del trabajo, en un entramado histórico tan distinto al que convocó al *allendismo* en Chile.

Las corrientes de transformación de la historia mundial han producido múltiples efectos: económicos, políticos y psicosociales. Dentro de estos últimos han aparecido nuevos discursos del pesimismo y la nostalgia, muchas ganas de recuperar la historia desde sus fragmentos. Son tantos los hombres y mujeres dignos, que tienen motivos muy sólidos para pensar desde el dolor, que ya parece un hecho establecido que el sufrimiento siempre hubiese acompañado a la práctica libertaria, que sólo el pasado fue esperanzador y que toda reflexión que piensa la historia desde el futuro niega y traiciona ese pasado.

Esta reflexión, esta manera de situarse respecto de la historia inmoviliza y desarma los

intentos de las nuevas búsquedas, la construcción de nuevas éticas y reproduce el propósito de quienes intentaron contener el cambio democrático por la vía del asesinato y la expansión de la tasa de sufrimiento social. Porque sabían que así disgregaban las ganas de mejorar la vida, la confianza en los otros y muy especialmente la convicción de que éste no es el único mundo posible.

Conviene recuperar sin nostálgicos afanes arqueológicos, aquellas cuestiones de proyecto más sustantivas, de mayor alcance y amplitud porque ellas son tareas no resueltas en la sociedad chilena. Especialmente el de la inclusión social, de la integración en el proceso económico y de la amplitud de aceptación de todas las complejidades culturales, de todas las diversidades que signan la construcción siempre inconclusa de un país.

El *allendismo* es hasta hoy el más alto grado de elaboración programática y determi-

nación moral por hacer de Chile un país no de simulaciones sino de materialidad democrática. Un país que no base su estabilidad en la exclusión orgánica sino en la integración, que no construya criterios de moralidad sobre la base de la monotonía y de la rigidez cultural sino que asuma la diversidad como dato constante.

Es bueno recordar que el proceso que encabezó Allende logró un alto nivel de liderazgo y producción de nuevas realidades simbólicas y materiales. También a partir de su capacidad de unir fuerzas, aparentemente distintas en sus aspiraciones, de conjugar modelos teóricos provenientes de diversas matrices, de convivir con sujetos sociales de distintas biografías. Pero también, de entender al optimismo como arma moral, de creerse su propia reflexión, de asumir el sentido del humor y la alegría, como componentes esenciales de la capacidad crítica y de la fuerza para inventar nuevos mundos posibles. XXI

REFLEXION TEORICA

Chile, 25 Años Después

Manuel Riesco

AÑOS DE TURBULENCIA Y TRANSFORMACIÓN

Han transcurrido 25 años desde que el Presidente Chileno Salvador Allende fuera derrocado y muriera en forma violenta, leal a su pueblo y a su patria. Un golpe militar apoyado por los EEUU puso de esa manera término al período revolucionario que coronó una década de profundas reformas sociales, durante los sesenta y principios de los setenta, bajo los gobiernos democráticos de Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende. El mundo está bastante familiarizado con los 17 años de criminal dictadura militar, encabezada por Pinochet, que siguieron. Un alzamiento popular generalizado, seguido de su derrota en el plebiscito de 1988, pusieron término al régimen de Pinochet. Dos presidentes democráticos, Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle han presidido a lo largo de los noventa, una lenta y todavía no completa transición a la democracia.

Este trabajo intentará caminar el estrecho borde de analizar ciertos aspectos económicos y sociales de este turbulento período en su conjunto. No sólo en su violenta confrontación, sino también en su unidad.

Durante el período completo, este pequeño país de 14.7 millones de habitantes (INE-Empleo), ubicado sobre una muy larga y más estrecha zona de colisión geológica en el borde mismo del mundo, se ha en efecto transformado a sí mismo de arriba abajo. Quizás completando así su largamente demorada transición desde su viejo ser agrario y oligárquico y atra-

vesando las puertas hacia la moderna era capitalista. En el proceso todas sus clases se han transformado en forma radical, algunas yéndose para no volver jamás. Surgida de estos cambios, la economía Chilena ha sido promovida con aclamación mundial a la clase "tigre". Algunas personas, bastante pocas, se han beneficiado enormemente en del proceso. La mayoría de los otros considerarían su situación mejor descrita por las palabras con que el dirigente obrero pionero Luis Emilio Recabarren saludaba al siglo XX: "Hay progresos evidentes en el siglo transcurrido, ello no puede negarse..de todos los progresos que el país se ha beneficiado, al proletariado no le ha correspondido sino contribuir a ellos, pero para que lo gocen sus adversarios" (Riesco-Des. Cap.).

No es el propósito de este trabajo entrar en el análisis detallado de las políticas económicas FMI de escaparate aplicadas tanto por los "Chicago Boys" de Pinochet como por las autoridades económicas social y cristiano demócratas de los Presidentes Aylwin y Frei Ruiz-Tagle— aunque en el caso de estos últimos con un poco más de compasión. Más bien, intentará taladrar en la economía política subyacente del proceso. Dará una mirada breve a algunos de los profundos cambios ocurridos en las relaciones sociales—la forma en que la gente vive y trabaja—y como éstos han afectado su comportamiento económico.

Desde tal punto de vista, la leyenda negra que oscurece el desenvolvimiento económico de los turbulentos tiempos de Allende tien-

den a disolverse en el brillo de las transformaciones sociales revolucionarias realizadas durante esos años. Es en la radicalidad popular de aquellos tiempos, quizás, donde las claves del dinamismo del período en su conjunto pueden ser encontradas con mayor probabilidad.

EL LEGADO IRREVERSIBLE DE LA ERA DE LA REVOLUCIÓN

Posiblemente no es muy conocido que Pinochet, quién violó todas las leyes Chilenas, se vio en la obligación de cumplir, en cambio, casi a la letra, con dos de las más importantes: La Nacionalización del Cobre y la Reforma Agraria. Ambas leyes—junto a distribución de medio litro de leche a todos los niños para detener la desnutrición, el término del analfabetismo y la extensión de la enseñanza básica obligatoria de seis a ocho años y la reforma universitaria—constituyen, como es bien sabido, el legado principal de los períodos de Frei y, especialmente, de Allende.

En el caso de la Nacionalización del Cobre, es cierto que Pinochet por allá por 1974 pagó algunas compensaciones ilegales a las compañías estadounidenses que previamente poseían los minerales nacionalizados por Allende. Asimismo, Pinochet y su ministro Piñera le torcieron la nariz a la Constitución Chilena, aquella redactada por ellos mismos, para entregar lo que ya significa el 61% de la producción minera del país a compañías extranjeras que hacen trampas para no pagar ni siquiera los pocos impuestos que deberían.

Pero, de otro lado, Pinochet no sólo mantuvo la propiedad estatal de CODELCO, la empresa nacional del cobre formada por Allende, sino que duplicó su producción. En total la producción Chilena de cobre—todavía de lejos el principal producto del país—creció de 743.4 mil toneladas de cobre puro en 1973 a 1.6 millones de toneladas en 1989 y 3.71 millones de toneladas en 1998, cinco veces (CENDA). De ese total, CODELCO todavía produce el 39%, esto

es, más de 1.4 millones de toneladas de cobre puro al año.

Las utilidades que CODELCO ha entregado al Estado Chileno han sido considerables. La compañía estatal es casi asombrosamente rentable, una de las seis compañías más lucrativas del mundo entre 1989 y 1992, de acuerdo a la revista Fortune. La renta asociada al cobre Chileno—debida principalmente a la calidad superior de los minerales y su cercanía de los puertos—es considerable. Puede ser estimada considerando que las utilidades de CODELCO sobre ventas triplicaron el promedio mundial de la industria, entre 1990 y 1995. Entre 1994 y 1996, los aportes de CODELCO al estado, incluyendo utilidades e impuestos, fueron de 3.600 millones de dólares y sus aportes en los últimos diez años, capitalizados al 10% anual, suman 20.000 millones de dólares. En una economía tan pequeña como la Chilena, estas cifras son bastante relevantes. Los retornos de CODELCO pagan una parte importante, alrededor del 11%, del ingreso fiscal. Aproximadamente lo mismo que los impuestos a las utilidades que pagan todas las demás empresas juntas o un 34% del costo de todos los programas gubernamentales de habitación, educación y salud en su conjunto.

En contraste con lo anterior, el total de los impuestos a la renta pagados por las empresas extranjeras que, como ha sido mencionado, producen ya el 61% del cobre extraído en el país, están en el rango de los 200 millones de dólares por año. Las cifras anteriores insinúan la magnitud de las pérdidas del Estado Chileno debidas a la permisividad del sistema impositivo a la minería establecido por el ministro de Pinochet, José Piñera. Las empresas mineras privadas fácilmente esquivan la legislación de impuestos mediante procedimientos como sobre llevar una razón deuda a capital desproporcionada, ocultando así sus transferencias de ganancias como pagos de intereses. También y más irritante, inscriben sus compañías locales bajo una figura legal diseñada originalmente

para ofrecer exenciones de impuestos a pequeños mineros. Hacen esto refrenando su producción de cobre refinado en el límite establecido por esta figura legal especial, alrededor de 70.000 toneladas anuales de cobre refinado y exportando el resto como concentrado. De esta manera, por ejemplo, Escondida, de propiedad de la australiana Broken Hill, la mina más grande del mundo, que produce más de 800.000 toneladas de cobre puro al año, es considerada una mina "mediana" para efectos legales, porque produce 69.999 toneladas de cobre refinado por año. El perjuicio impositivo ha sido estimado en más de mil millones de dólares por año y actualmente se están discutiendo varias propuestas para ponerle fin.

Importante como ha sido la Nacionalización del Cobre de Allende, es probablemente en la Reforma Agraria de Frei Montalva y Allende donde debe buscarse el más importante origen singular de los desarrollos económicos Chilenos posteriores.

La Reforma Agraria puso término, finalmente, al tipo de relación laboral conocida como "inquilinaje" o "latifundio". Como es bien sabido, el núcleo de esa relación tradicional consistía en la sesión por parte del "latifundista" de una parte de sus tierras a sus "inquilinos" quienes, a cambio de la cual, estaban obligados a pagar en trabajo, propio y de sus familias. El latifundio se consolida en Chile a principios del siglo XIX cuando, coincidente con la independencia de España, fueron eliminados los remanentes de las viejas tenencias de tierras Indígenas bajo protección de la Corona Española. Alcanza su apogeo durante el siglo pasado y muestra una considerable tendencia a perdurar hasta bien avanzado el siglo XX. Hacia 1960, aunque en una forma bastante descompuesta, el inquilinaje y otras formas de campesinado dependiente de latifundios conformaban la mitad de la—entonces muy importante—fuerza de trabajo agrícola, siendo el resto campesinos independientes y comunidades indígenas. (Riesco-Des. Cap.). Existió alguna polémica en ese entonces en las ciencias sociales acerca de la im-

portancia de los elementos tradicionales vs. capitalistas en la agricultura y en la estructura social en su conjunto. Hubo consenso, sin embargo, en los actores políticos y sociales acerca de la importancia de un cambio profundo en las estructuras de tenencia de la tierra. Los principales contendores presidenciales en 1964, Frei Montalva y Allende tenían, ambos, la Reforma Agraria como un punto crucial en sus programas. La ley fue aprobada finalmente en 1967 bajo el Presidente Frei Montalva. Este proceso fue respaldado por la Alianza para el Progreso, impulsada por los EE.UU. en América Latina después de la Revolución Cubana.

Durante los gobiernos de los Presidentes Frei y Allende, las expropiaciones realizadas por el Estado Chileno en cumplimiento de la Ley de Reforma Agraria afectaron el 52% de la tierra agrícola del país y prácticamente todas las tierras cultivadas (Riesco-25 Años).

Después del golpe de 1973, Pinochet no devolvió la tierra al estatus de propiedad vigente con anterioridad a la Reforma Agraria, excepto en contados casos donde el proceso legal de expropiación no había sido completado. En general, el destino de las tierras expropiadas fue, más o menos, aquel especificado en la Ley de Reforma Agraria. Esta ley establecía que una parte de las tierras, denominada "reserva" sería dejada a los antiguos propietarios. Un 30% de la tierra expropiada, aproximadamente, tuvo este destino. La mayor parte de la tierra expropiada, sin embargo, alrededor de un 40%, fue distribuida a campesinos, un 20% en propiedad individual y un 20% a cooperativas. El resto fue rematada, principalmente a grandes empresas forestales o entregada a instituciones sin fines de lucro. (Riesco-25 Años). Sólo algunos de los campesinos recibieron tierras, muchos de ellos "inquilinos" que trabajaban como capataces en los antiguos latifundios. Veinte y cinco años después, aproximadamente 2/3 de ellos mantiene sus parcelas y una mitad de estos son relativamente prósperos.

Algo parecido ocurre con los hijos de los

antiguos latifundistas quiénes, empezando a partir de sus "reservas" han desarrollado, en muchos casos, compañías agrícolas modernas de tamaño mediano, muchas dedicadas a la exportación de frutas y vegetales. Al lado de ellos, grandes compañías han adquirido enormes extensiones de tierras que explotan, principalmente en bosques y viñas, con tecnologías agrícolas bastante modernas.

El extraordinario auge experimentado por la agricultura Chilena durante los años recientes—sólo un ejemplo de ello: entre 1975 y 1994 las exportaciones de fruta se multiplicaron de 100 a 1.200 mil toneladas por año—se explican, principalmente, por estos procesos en su conjunto.

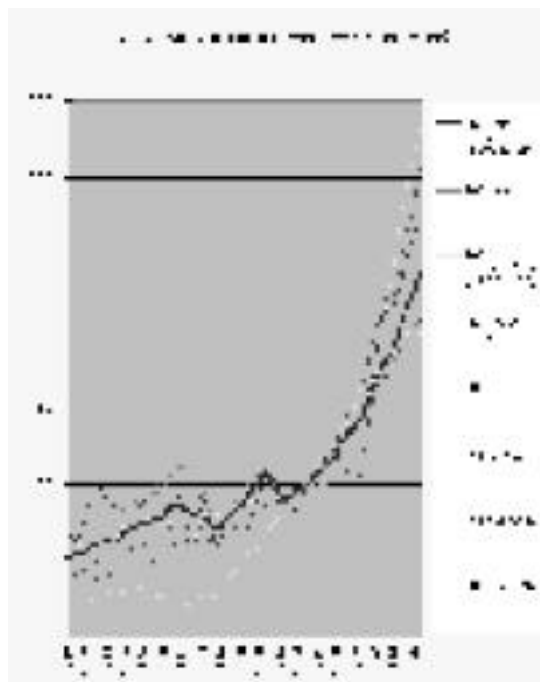
La mayoría de los campesinos no recibieron tierra de Pinochet, a excepción de las casas en que vivían y en muchos casos ni siquiera eso. El régimen de Pinochet fue especialmente duro con aquellos campesinos que merecían la tierra más que ningún otro, es decir, aquellos que habían apoyado activamente la Reforma Agraria. La mayoría de ellos engrosaron el número de las una de cada seis familias campesinas que fueron simplemente expulsadas de sus tierras durante esos años. De hecho, tantos de ellos fueron "poroteados" y apresados o asesinados en los días inmediatamente posteriores al golpe, que sus nombres hacen mayoría entre los 3000 grabados en piedra, en el monumento a los desaparecidos y ejecutados bajo Pinochet.

LA DURA HISTORIA DE LA ACUMULACIÓN ORIGINARIA

Como resultado del proceso arriba descrito, una buena parte de los campesinos tuvieron que abandonar las tierras en que vivieron por generaciones para caer, de cabeza, aglomerados en las incertidumbres de las relaciones sociales de transición que moldean los caminos a las estructuras sociales modernas. El proceso había venido teniendo lugar en Chile por

muchos años, fue acelerado por la Reforma Agraria y, no completado todavía en absoluto, continúa hasta el día de hoy. Este viaje bastante dramático, en Chile como en el resto del mundo, ha trenzado la fibra social básica de la todavía en pleno curso transición histórica a los tiempos modernos capitalistas. Unos pocos pequeños países primero, el resto, uno por uno, región por región, continente a continente, siguiendo a continuación a lo largo de los dos últimos siglos. Así ha sido escrita, en estos años, por lo que a la fecha alcanza más o menos a la mitad de la humanidad, la dura historia de la acumulación originaria.

Desde 1970 el PIB Chileno ha crecido al triple, subiendo y bajando a través de dos profundas crisis en 1975 y 1982 y hacia arriba nuevamente por un empujón y sólo ahora interrumpido período de crecimiento de 7.8% promedio anual desde 1985 (Ver gráfico "PGB1").



En los hechos a lo largo de este prolongado trancé de crecimiento de 12 años, la economía Chilena ha sido una de las más dinámicas del mundo, ganando 10 lugares entre 143 países, en un

ranking de PIB ajustado por poder adquisitivo (EA 3D Atlas). Famélico como puede ser el animal, la economía Chilena ha adquirido un cierto status felino, especialmente a los ojos de la comunidad oficial de economistas.

No es inusual entre los economistas el evitar ciertas preguntas económicas importantes o atenderlas con recetas más bien abstractas y formales. El hecho, por ejemplo, que en ciertas etapas de su desarrollo, las economías tienden a acelerarse y recorrer largos períodos de rápido crecimiento, mientras las economías maduras consideran sobrecalentamiento cualquier tasa superior al 2% anual. En el mejor de los casos una explicación de este fenómeno recurrirá a algo tan sofisticado como la "ley" de rendimientos decrecientes.

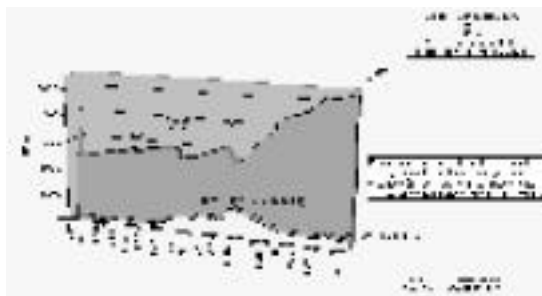
En el caso de la economía Chilena, en cambio, el mencionado dinamismo pareciera surgir, más bien, de complejos y contradictorios desarrollos históricos a través de los cuales millones de personas cambiaron en forma bastante radical su manera de vivir y trabajar. De alguna manera, las mismas actividades que la vasta mayoría de ellos había venido realizando por generaciones —principalmente trabajar de sol a sol, en beneficio de otros la mayoría del tiempo y siempre extenuantemente más allá del punto de inflexión de los rendimientos decrecientes— súbitamente adquirió importancia económica. Aun cuando siguieron viviendo muy frugalmente, probablemente más aún que antes, en forma bastante sorprendente su trabajo empezó a aparecer reflejado en las Cuentas Nacionales. Ello han visto, para sí mismos, todavía menos oro que antes en sus vidas. Sin embargo, parecen haber sido dotados con el toque de Midas.

La gente que participa activamente del proceso económico se ha multiplicado en Chile, durante este período. Aquellos a quienes las estadísticas clasifican como "ocupados" se han duplicado en las últimas tres décadas, mientras la población creció en un medio, durante el mismo período. El número de personas ocupa-

das creció de 2.7 millones en 1970 a 5.4 millones en 1997, un crecimiento de 95%, considerando los decimales.

En el mismo período, la población Chilena creció de 9.3 millones a 14.7 millones, 57% en una estimación más precisa. (Ver gráfico "Ocupación y Desocupación").

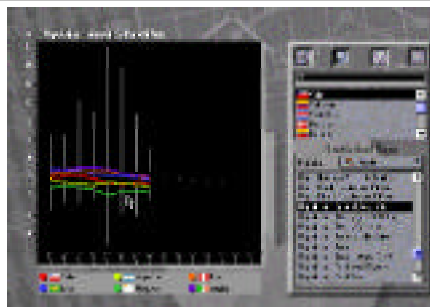
CHILE: OCUPACION Y DESOCUPACION, 1960-1997



De hecho, la tasa de crecimiento de población ha venido disminuyendo rápidamente, luego de alcanzar un máximo a mediados de los sesenta. La tasa anual de crecimiento de la población de Chile subió, de una posición intermedia de 68 entre 156 países en 1950 hasta 1965 y luego bajó hasta el lugar 107 en 1995. Debe notarse que ganó buenos 33 lugares en esta escala, durante los años turbulentos (Ver tabla a continuación y gráfico "Población, Tasas anuales de crecimiento").

CHILE: TASA DE CRECIMIENTO DE LA POBLACION, 1950-1995

AÑO	Tasa anual de crecimiento de población (%)	Lugar en Ranking mundial de 156 países
1950	2.16	68
1965	2.39	72
1975	1.71	105
1985	1.68	102
1995	1.55	10



Fuente: AE 3D Atlas

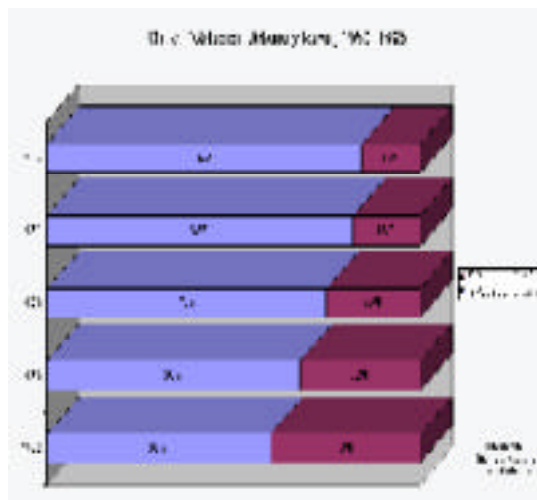
Por supuesto y Chile ha comprobado no ser la excepción, la ocupación moderna se ha mostrado bastante azarosa. El crecimiento de la ocupación no se ha movido suavemente en lo más mínimo. Muy por el contrario, el desempleo ha crecido tan vivamente como el empleo y ha saltado de arriba abajo bruscamente y de manera similar, en un movimiento de tijeras por supuesto. Idos fueron para siempre los viejos y queridos sesenta, con sus tasas de desempleo inferiores al 5%. Después de 1973, el desempleo nunca ha bajado de esa cifra y se empujó hasta un 31% de la fuerza de trabajo (ocupados más desocupados) durante la crisis de los ochenta. Recientemente, luego de alcanzar un mínimo de 5.3% en 1997, el desempleo está subiendo a niveles de 6%, a medida que las primeras brisas del monzón asiático están alcanzando las costas de Chile (Ver gráfico "Ocupación y Desocupación").

Sumados, los ocupados y desocupados han aumentado más rápidamente en Chile que en otros países, en el mismo período. Así, entre 1970 y 1995, Chile ha subido siete lugares, de 63 a 57, en un ranking de población económicamente activa de 142 países. Durante el mismo período, Chile bajó 8 lugares en el ranking de población total (EA 3D Atlas).

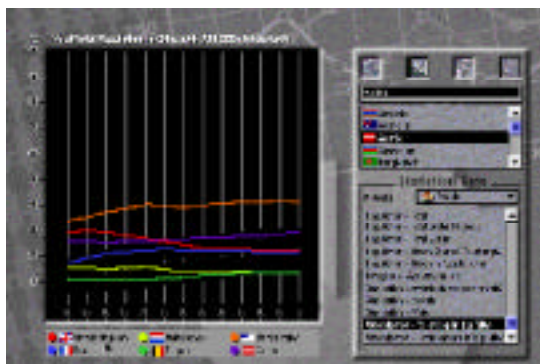
El campesinado, la clásica mina de la acumulación originaria, ha entregado su cuota generosa para alcanzar este logro.

La turbulencia de los sesenta y los setenta acentuó el proceso de migración campesina a las ciudades, proceso que continúa hasta hoy día, a una tasa bastante impresionante. Chile se había venido urbanizando a lo largo del siglo y había alcanzado una población urbana más bien elevada de 60% ya en los cincuenta, cifra que llegó a 74% hacia 1970. Este proceso incluso se ha acelerado desde entonces. Las ciudades en conjunto crecieron más de 71.3% entre 1970 y 1995. La población total creció de 9.34 a 14.7 millones de habitantes, un 52.1%, mientras la población rural de hecho disminuyó levemente en 0.1 millón de personas, en el mismo período.

do. El porcentaje de población urbana creció de 75% en 1970 a más de 84% en 1995 (Ver gráfico "Población urbana y Rural").



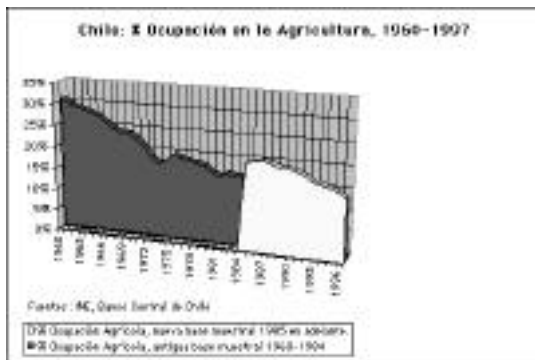
Santiago, la ya acromegálica capital de Chile, creció de 2.89 millones de habitantes en 1970 a 5.2 millones de habitantes en 1995, esto es, un 80.2%. Como puede verse comparando esta cifra con las anteriores, Santiago no sólo está creciendo todavía más rápido que la población total sino también que el conjunto de las ciudades. Aún así, alguna tendencia a la descentralización puede observarse ya, hacia algunas ciudades de provincia como Copiapó e Iquique en el norte del país, Rancagua cerca de Santiago hacia el sur o Temuco y Puerto Montt, más al sur. Todas estas ciudades más que duplicaron sus habitantes en el mismo período y junto a otras, están creciendo más rápido aún que Santiago mismo. De esta manera, Chile pareciera estar siguiendo el patrón establecido en países capitalistas más antiguos donde, en las fases iniciales del desarrollo, la gente tendió a concentrarse en una o unas pocas grandes ciudades, para seguir posteriormente una tendencia más reticular en lo que a ciudades respecta (Ver gráficos "Población en grandes ciudades")



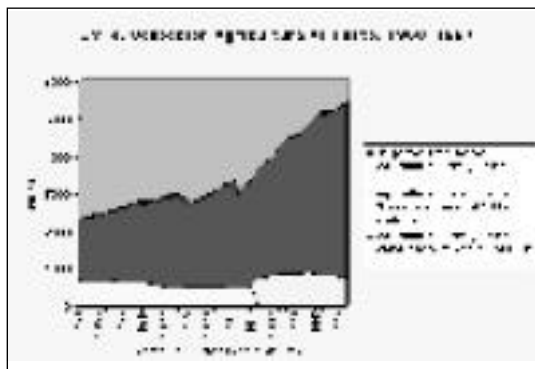
Como resultado—debe ser mencionado brevemente, al menos—la polución del aire, agua y tráfico en Santiago están alcanzando niveles bastante intolerables y peligrosos. Estos son quizás los peores entre los considerables problemas ecológicos que están siendo comunes en Chile, estos días. Son un buen ejemplo de cómo la voraz etapa joven del desarrollo capitalista está destrozando el medio ambiente del particularmente bello pero bastante frágil emplazamiento natural de Chile, a un ritmo más bien aterrador.

Entre 1987 y 1997, el porcentaje de aquellos ocupados en la agricultura, pesca y caza relativo al empleo total cayó de 20.9% a 14.4%, de acuerdo a las nuevas cifras censales. Durante los mismos años, por ejemplo, toda una nueva industria pesquera nació a la vida—el cultivo de salmónes en las aguas ricas en oxígeno y nutrientes del archipiélago sureño de Chiloé—que ocupa ya más de 15.000 personas y hace de las exportaciones Chilenas de salmón una de las mayores del mundo, desde cero hace 15 años. Ello significa que la ocupación en la agricultura ha venido declinando aún más rápido. De acuerdo a las antiguas cifras, la gente empleada en la agricultura, pesca y caza había venido declinando desde un 30% en 1960 hasta alcanzar un 15% a mediados de los ochenta, con una fuerte baja a principios de los setenta, coincidente con la Reforma Agraria. Si la nueva serie estadística, que empieza en 1985, se proyecta hacia atrás hasta 1960, la proporción resultante de la fuerza de trabajo ocupada en la

agricultura bien sobrepasa el 40% en esa época (Ver gráfico "% Ocupación en la Agricultura").



El mismo resultado puede ser apreciado en la medida que el número absoluto de los ocupados en agricultura, pesca y caza disminuye constantemente, medidos por la antigua serie o por la nueva, al mismo tiempo que la fuerza de trabajo ocupada en su conjunto se dobla o triplica a lo largo de los años (Ver gráfico "Ocupación en la Agricultura").



En años recientes la proporción de agricultura en la fuerza de trabajo ha venido bajando casi un punto porcentual por año. Ello significa que sólo en los últimos cinco años unos 250.000 campesinos dejaron sus tierras para unirse a las filas de los ocupados y desempleados urbanos. Considerando sus familias, no menos de un millón de personas, 1/15 de la población total, ha venido realizando tan decisivo cambio histórico en tan corto período de

tiempo. Cualquiera sea la vara con que se lo mida, el hecho es que el campesinado en Chile, aunque quizás todavía en los niveles de Inglaterra de hace un siglo atrás, ha venido declinando a un paso rápido, a lo largo de las últimas tres décadas.

Las estadísticas, por cierto, son incapaces de ofrecer aún un pálido cuadro del drama humano involucrado. No son los bulldozers, quizás, como en "las Uvas de la Ira" de John Steinbeck, los que expulsan a los campesinos de los hogares que habitaron por generaciones, aunque a veces los echan con bulldozers. En los cerros costeros de Chile central y sur, por estos días, son realmente los pinos y las empresas capitalistas que compran la tierra a los campesinos para plantarlos—los que bien literalmente se descuelgan de la cumbre de los cerros, empujando a las familias campesinas fuera de sus tierras. ¿Hacia donde? Quizás también a transformarse en recogedores de fruta, como en la California de los treinta. O a cualquier parte, pero dejando atrás una forma de vida que ya no pueden soportar por más tiempo. Es verdad que los campesinos más viejos usualmente no abandonan sus tierras fácilmente. No hasta que, como este autor ha presenciado, han echado abajo su último árbol y sacrificado su última vaca. Pero también es cierto que, si alguna gente tiene ideas románticas acerca de la vida tradicional en el campo, los campesinos y especialmente sus jóvenes no las tienen en lo absoluto. Ellos sufren el rigor y la brutalidad de la vida campesina tradicional—su simple idiocia de acuerdo a la acepción que tenía el término en tiempos de Marx, es decir su terrible desconexión—de la mañana a la noche. Esa es la razón principal por la cual están a veces dispuestos a dejar atrás lugares muchos de los cuales se encuentran entre los más bellos que se pueden encontrar en parte alguna. Para lanzarse a las incertidumbres e indefensiones de la vida para los pobres en las aldeas y ciudades del Chile de hoy.

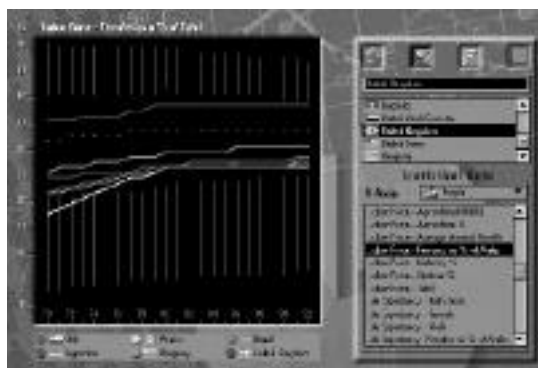
Esto no quiere decir que el proceso transcurra sin resistencias. My por el contrario, sien-

do muchos de estos campesinos miembros de comunidades Indígenas Mapuches, por ejemplo, su suerteno es ajena a la reciente agitación de nacionalidades en esas regiones. De otro lado, la naturaleza de la agitación campesina en Chile es bastante diferente a la otros movimientos campesinos que surgen vigorosamente en América Latina. Como ha sido observado, en Chile no hay escuadrones de la muerte de latifundistas, por ejemplo. Quizás porque la Reforma Agraria terminó con los latifundistas mismos.

LAS MODERNAS CANTERAS DE LOS HUEVOS DE ORO

Durante las últimas tres décadas, Chile ha extraído liberalmente de las tres grandes canteras de población activa productora de valor. Las dueñas de casa, esa segunda reserva de modernas fuerzas de trabajo, han contribuido asimismo su parte.

Las mujeres como porcentaje de la fuerza de trabajo han aumentado más bien considerablemente en Chile, en las últimas décadas. De un 22% allá por 1970, la proporción de fuerza de trabajo femenina había crecido hasta un 29% en 1992. Relativo a otros 140 países, Chile ha subido 9 lugares, de 99 a 90, medido por este indicador (EAA 3D Atlas). Relativo a otros países Latino Americanos, Chile ha subido más rápido en este indicador que Brasil y Perú, ha sobrepasado a México y aún a Argentina y está alcanzando a Uruguay (Ver gráfico "Labor Force, % of females").



Hacia 1995, el componente femenino de la fuerza de trabajo Chilena había subido a 32.1% y estaba creciendo a una razón de 4.1% anual, mientras la fuerza de trabajo como un todo estaba creciendo a una tasa de 3.0% anual (INE), como tendencia de la década precedente.

La estructura social bastante atrasada de Chile tiene todavía amplios recursos remanentes en las dos fuentes arriba mencionadas para asegurar una continua extracción durante años por venir. Tiene un largo trecho que recorrer antes que la fuerza de trabajo agrícola alcance los niveles de 2%, o que las mujeres en la fuerza de trabajo lleguen a los niveles de 40% que han tenido por muchos años en países como el Reino Unido. Pero, la economía Chilena ha sido segunda de ninguna en destapar esa fuente más bien contemporánea de trabajo productor de valor: la producción mercantil de servicios.

Quizás fuera por la influencia de los Chicago Boys o tal vez fue el temporalmente bajo nivel de resistencia a que había sido empujada la fuerza de trabajo asalariada Chilena, por Pinochet. Cualesquiera las razones de ello, el hecho es que el socialmente relativamente atrasado Chile fue pionero en una serie de 'reestructuraciones' del tipo Reagan-Thatcher.

Probablemente, una vez más, las ideas y las palabras tienden a ser bastante más universales que las condiciones sociales a las cuales a veces se refieren. Así, las mismas palabras o conceptos son utilizados muchas veces para representar cosas bien diferentes en distintos lugares. Sin que sus usuarios siquiera se den cuenta que están hablando acerca de materias diferentes, por cierto, puesto que resulta bien difícil comprender realmente lo que uno no ha vivido para ver. En Chile, después de todos los cambios experimentados en estos años, aparece más o menos claro que a veces las cosas resultaron bastante diferentes que lo que eran pensadas, habladas y supuestas de ser. El Capitalismo, por una, pareciera ser un animal bien diferente ahora, que como era pensado y hablado—no poco,

dicho sea de paso, en algunos círculos, si había suficiente café o cerveza disponible—por allá en el Chile de los sesenta. O la clase obrera, o la clase capitalista, etc. No alcanzaría siquiera a ironía agregar el Socialismo a esta enumeración.

Con la debida cautela entonces, a las diversas realidades sociales, se pueden decir algunas palabras acerca del tipo de "reestructuración" llevada a cabo por De Castro, Piñera, Buchi y su más bien insensible ralea. Bastante reestructuración se ha pasado de largo hacia los noventa y los tecnócratas social y cristianos demócratas parecen bien entusiastas a este respecto, aun cuando pagan al menos tributo verbal y también real, a una cierta responsabilidad social.

Los sectores claves escogidos para las así llamadas "modernizaciones" de Piñera et al. fueron las empresas del estado y los sistemas públicos de pensiones, salud y educación. El ungüento mágico para todo fue, por supuesto, la privatización. Allí donde la privatización lisa y llana no parecía posible, el outsourcing podía ser una alternativa. Junto a las "modernizaciones" auspiciadas por el gobierno, las compañías privadas hicieron una cantidad de outsourcing por su propia cuenta.

No está dentro del alcance de este trabajo entrar en el análisis detallado de cada una de estas medidas. Algo se mencionará más abajo, en relación al impacto que tuvieron las privatizaciones en la nutrición de la naciente burguesía chilena. Algo similar será dicho respecto al impacto de estas medidas en la joven clase obrera Chilena. En este punto, sin embargo, debe enfatizarse que, en su conjunto, las "modernizaciones" resultaron en una masiva transferencia de trabajadores no productores de mercancías hacia la corriente principal de la actividad económica agregadora de valor.

El mundialmente renombrado sistema privado de administración de pensiones basadas en la capitalización de las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP) Chilenas es un

buen ejemplo de lo anterior. Como es bien sabido, el sistema de AFP reemplazó a un sistema de pensiones "de reparto" administrado por el estado por uno en que las pensiones son financiadas haciendo a los empleados "dueños". El nuevo sistema está basado en cuentas individuales de retiro administradas privadamente, en las cuales todos los empleados están obligados a depositar mensualmente un 10% de sus remuneraciones. Adicionalmente, se les descuenta otro 2-3% de sus remuneraciones para las comisiones de administración de las AFP y seguro de invalidez y sobrevivencia. Empezando en 1981, el sistema de AFP ha enrolado, a la fecha, los 5.8 millones de la fuerza de trabajo y acumulado unos 30 mil millones de dólares en los fondos de pensiones, algo menos de la mitad del PIB anual Chileno. Aproximadamente un 40% del fondo está invertido en bonos estatales y el resto se divide más o menos por igual entre bonos hipotecarios, otros bonos de empresas y acciones. Alrededor de un 2% está invertido por ahora en el exterior. El sistema ha sido importante para el desarrollo del mercado de capitales chileno, como ha sido reconocido en la práctica por las cinco grandes firmas que se han asegurado el control de la industria, la mayor parte de éstas alianzas entre grupos financieros Chilenos y extranjeros.

Las principales críticas al sistema nacen, primero, del hecho que menos de un 30% de todos los afiliados alguna vez alcanzarán una pensión mayor que la pensión mínima de US\$100 garantizada por el Estado. La cifra se estima considerando que un 55% de los afiliados actualmente no están cotizando regularmente, principalmente porque son trabajadores por cuenta propia y del 45% que efectivamente cotiza mensualmente, a lo menos la mitad gana sueldos tan bajos que nunca acumularán lo suficiente en sus cuentas aún para asegurarse la pensión mínima. Otra crítica proviene de los enormes costos de administración del sistema. Las comisiones de administración de las AFP son superiores a 1/5 de cada depósito mensual, diez veces el costo el sistema estatal de capitaliza-

ción individual de Singapur. Finalmente, mucho escándalo ha salido a la superficie en relación a la forma en que los dueños de las AFP manipulan las elecciones de directorios de las compañías donde invierten los fondos de los pensionados.

Desde el punto de vista de este trabajo, el sistema de AFP ha transformado el trabajo no orientado a la producción de mercancías de los 2000 o algo así, trabajadores que administraban el antiguo sistema, en una completa industria comercial, que vende unos 600 millones de dólares al año, el monto de las comisiones de administración de las AFP, ocupa unas 20.000 personas—aproximadamente lo mismo que el gigante del cobre CODELCO—y gana unos 100 millones de dólares al año. ¡Menuda contribución al PIB!

Efectos similares se han obtenido de los sistemas de seguros de salud privadamente administrados Institutos de Salud Previsional, ISAPRE. Este sistema opera basado en un descuento obligatorio del 7% de las remuneraciones que va a las ISAPRE para propósitos de seguro de salud. En este caso permanece una agencia de seguro de salud estatal, donde los empleados pueden escoger depositar su 7%, como un 50% de la fuerza de trabajo, la de menores ingresos, en efecto lo hace. Aún así, ya 2/3 del gasto total en salud va al sistema privado. Nuevamente, el antiguo sistema no orientado al mercado—mucho del cual todavía sobrevive, un paciente crónico él mismo en condición crítica—ha dado paso a la creación de una completa industria de servicios de miles de millones de dólares. Una historia similar puede ser cortada del sector educacional privado. En la actualidad, el nuevo sistema universitario privado con menos de diez años de vida ya enrola la mitad de todos los estudiantes universitarios. Tal como es el caso con los remanentes del sistema de salud público, el sistema de universidades estatales avanza a tropezones, bastante prisionero de su propia estructura y vocación no mercantil y de las demandas que se le hacen de competir con la industria privada que florece a su lado.

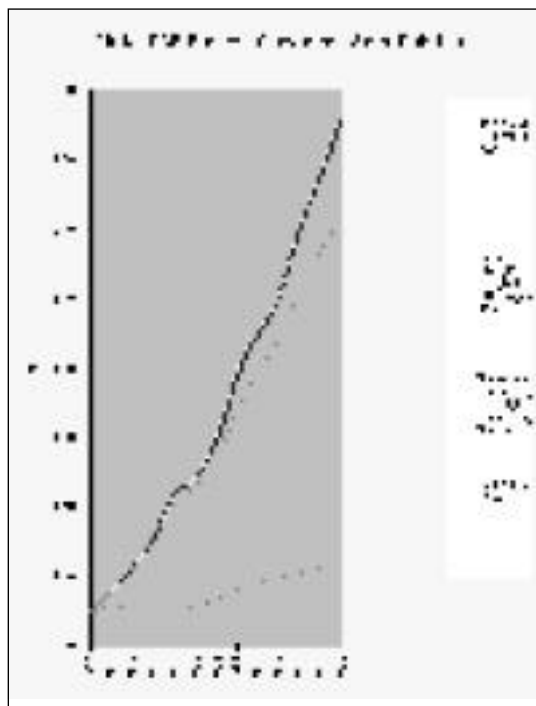
La reestructuración corporativa afectó principalmente a las empresas estatales, ciertamente las que fueron privatizadas pero también las que han permanecido bajo propiedad estatal. CODELCO, por ejemplo, ha reducido su fuerza de trabajo a la mitad desde 1990, mientras ha aumentando significativamente su producción en el mismo período. Principalmente, la reestructuración corporativa ha tomado la forma de outsourcing de diferentes servicios que eran previamente producidos en casa, a contratistas privados. CODELCO, nuevamente, emplea casi tantos trabajadores de contratistas como los suyos propios, en la actualidad.

Los resultados de la reestructuración Chilena han sido bastante considerables. Tal como se muestra en las Cuentas Nacionales, el PIB del sector servicios ha venido creciendo sistemáticamente más rápido que el rápidamente creciente sector productor de bienes y algo más rápido que el PIB en su conjunto. Los servicios públicos, por su parte, no han crecido en absoluto. Empezando en 100 en 1985, el índice del PIB del sector productor de bienes se ha duplicado en diez años, alcanzando 210 en 1995. El PIB en su conjunto marcó 240 y el sector servicios superó los 245, en el mismo período y empezando asimismo en 100 en 1985. El índice de servicios públicos, en cambio, prácticamente se mantuvo estable en 110 (ver gráfico "PGB Bienes, Servicios, Administración Pública").

Una vez más, no es sin razón que los trabajadores resisten las "reestructuraciones" o "modernizaciones" en todas partes. El significado de estas palabras para todos ellos en Chile ha sido "incertidumbre" y para muchos de ellos, retiro anticipado cuando han tenido suerte o desempleo liso y llano, en muchos casos.

La economía política de todos los anteriormente enfatizados desplazamientos es, por supuesto, bien conocida. Los campesinos en sus entornos tradicionales, las dueñas de casa en sus hogares y los trabajadores asalariados de servicios insertos al interior de estructuras estatales o de compañías, todos ellos intercambian su -muy

considerable y útil-trabajo, o la mayor parte de éste, de una manera directa, no mercantil. Esto es, ellos no venden su producto, sean bienes o servicios, sino lo entregan sin precio para el bienestar de los suyos y sus familias o a los requerimientos de su compañía o comunidad. Tan pronto como dejan el campo, el hogar, oficina pública o departamento de servicios de la compañía, engrosan las filas de los productores mercantiles asalariados o cuenta propia, o simplemente las filas de los desocupados.



PRODUCCIÓN MERCANTIL ASALARIADA O INFORMAL?

No es la intención de este trabajo en lo más mínimo, implicar que la proporción de la población involucrada en la producción mercantil es la sola fuente de las grandes disparidades observadas entre los desempeños económicos de los países. Muy por el contrario, el propósito del trabajo es enfatizar la importancia de las relaciones sociales en el desempeño económico, en general.

En el caso de Chile—y la mayor parte del mundo quizás, excepto por los países de la OCDE—el cambio más importante de las últimas décadas en relación a sus relaciones sociales parece haber sido la masiva deserción—ciertamente bastante forzada por circunstancias históricas—de sus habitantes desde actividades de un tipo u otro, algunas tradicionales, otras en sí mismas transicionales, donde el intercambio de trabajos directo, no orientado al mercado, llenaba la mayor parte de su día. Y su igualmente masiva entrada a actividades productoras de mercancías de diverso tipo y naturaleza.

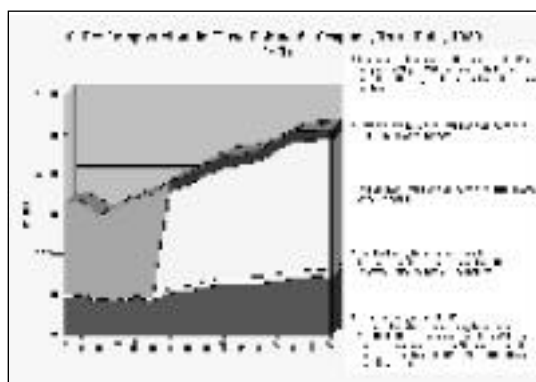
¿Exactamente adonde? Pareciera haber abundante evidencia que en Chile, al menos, las masas de nuevos productores mercantiles que se derraman desde sus nichos y al mercado no parecen dispuestos a seguir la flauta mágica de nadie hacia la tierra de nunca jamás de la pequeña producción mercantil de ninguna naturaleza. Más bien, ellos parecen impelidos de seguir la huella ya trajinada por sus similares en Europa el siglo pasado y el resto del mundo desarrollado NIC durante éste. Esto es, hacia formaciones sociales modernas donde los trabajadores asalariados dependientes del capital conforman la relación de producción incontestablemente dominante.

Esto no es decir que el trabajo por cuenta propia o tipos "informales" de trabajo asalariado son inexistentes en Chile en nuestros días. Más bien al contrario, el trabajo por cuenta propia permanece en los hechos bastante importante, de lejos el número dos, detrás de formas asalariadas de trabajo, en la fuerza de trabajo ocupada. Ha crecido tan rápido y a veces más rápido que el empleo asalariado. Hacia 1995, las estadísticas de fuerza de trabajo ocupada comprendían unos 1.4 millones de personas clasificadas como trabajadores por cuenta propia o familiares, 27% de la fuerza de trabajo ocupada en ese momento. Los trabajadores asalariados sumaban 3.6 millones de personas, 70% de la fuerza de trabajo ocupada, incluyendo 274 mil personas que ganan su salario en servicios personales, principalmente domésticos. El res-

tante 3,5 de la fuerza de trabajo ocupada está clasificado como empleadores, aun cuando bastantes de ellos probablemente emplean menos de diez personas (Ver gráfico "Composición de clase Población Ocupada, 1995").



En la década que termina en 1995, los trabajadores por cuenta propia y familiares crecieron a una tasa anual promedio de 3.63%, casi exactamente paralela pero un poco por sobre la tasa anual de crecimiento de 3.61% de los trabajadores asalariados, excluyendo los servicios personales, en un período similar (Ver gráfico "Composición de clase Población Ocupada, 1985-1997").



No es extraño en absoluto que el empleo por cuenta propia haya permanecido estable como proporción de los trabajadores ocupados durante la década "jaugar" de crecimiento chileno. En el hecho es más bien notable que el empleo asalariado haya sido capaz de absorber suficientes de los nuevos trabajadores fluyendo

al mercado en este período, como para mantener la proporción arriba anotada. Es normal, asimismo, que durante las crisis cíclicas, parte de los trabajadores asalariados lanzados a la desocupación busquen refugio tanto en el trabajo por cuenta propia como en actividades económicas familiares. La tendencia de largo plazo, sin embargo, muestra una historia diferente. Como ha sido mencionado más arriba, tanto los habitantes rurales como las personas ocupadas en la agricultura han disminuido desde más de un 40% de la población y la fuerza de trabajo ocupada, respectivamente, por allá en los sesenta, a menos de un 15% en la hora presente. El trabajo por cuenta propia y familiar, por otra parte, es mucho más frecuente en las actividades rurales, donde comprende sobre el 37% de la fuerza de trabajo ocupada que en el ambiente urbano, donde son poco más de 20% de la fuerza de trabajo ocupada. (Riesco, Des. Cap.).

La discusión acerca de si el desarrollo capitalista incrementa o hace disminuir los trabajadores asalariados es eterna puesto que, por una parte, es bastante obvio que tanto incrementa como hace disminuir los trabajadores asalariados y de otra parte, considerables intereses, culturales y políticos principalmente, están profundamente enraizados en soporte de una y otra tesis. A pesar que el autor de este trabajo está bastante convencido, tanto teóricamente como por los hechos, al mismo tiempo que políticamente sesgado hacia el lado del "crecimiento proletario", el argumentar en esa dirección no es el propósito de este trabajo. Es más bien a resaltar la relativa infancia del capitalismo en su conjunto, tanto en Chile como en el mundo en su conjunto, adonde apunta la argumentación general del trabajo. En este sentido, no parece suficiente afirmar que los trabajadores asalariados ocupados se han duplicado en Chile desde 1970, que en verdad lo han hecho, para demostrar que la clase trabajadora chilena es hoy día el doble más fuerte que antes. El punto del trabajo es, más bien, que la clase trabajadora Chile-

na pareciera recién estar empezando a conformarse como tal, en el mejor de los casos. Y, por supuesto, siempre hablando en términos puramente económicos "en sí".

Para tales propósitos, sin embargo, el análisis cualitativo parece más adecuado que las cifras estadísticas.

Una proporción bastante grande de los trabajadores asalariados Chilenos están empleados en firmas bien pequeñas. A lo menos 1/5 de los empleados en la industria manufacturera, por ejemplo, trabajan en fábricas con menos de 20 operarios. Parece difícil que Marx, por ejemplo, hubiese considerado dichas fábricas como ejemplo de producción capitalista hecha y derecha. Un razonamiento similar ha inducido al Instituto Nacional de Estadísticas recientemente a llevar un registro del número de personas, principalmente mujeres, empleadas en el servicio doméstico aparte de la estadística del resto de los empleados asalariados. En este sentido, a pesar de que Chile presenta en la actualidad una elevada proporción de asalariados en su fuerza de trabajo ocupada, el significado de dicha cifra es probablemente muy diferente a una cifra similar o aún inferior, en un país capitalista más maduro.

El caso más estudiado se refiere, desde luego, al de las personas ocupadas en los latifundios. Hasta los sesenta, los campesinos empleados en los latifundios, quiénes comprendían una proporción bastante grande del total de la fuerza de trabajo de entonces, engrosaban la porción oficialmente "asalariada" de la fuerza de trabajo. Este tipo de fuerza de trabajo "asalariada" no existe más en Chile en nuestros días.

Un análisis similar puede intentarse en relación a las relaciones laborales que por décadas se desarrollaron en los centros que conformaron, de lejos, la principal concentración de trabajadores de la economía Chilena, en verdadero corazón de la clase obrera Chilena del siglo XX: el carbón, salitre, cobre y otras grandes minas. Ellos estaban involucrados, eviden-

temente, en producción mercantil altamente competitiva. En esas industrias, desde luego, los propietarios eran tan capitalistas como se puede ser, en la mayor parte de los casos compañías de acciones de Gran Bretaña o los EE.UU. .

Una historia bastante diferente, sin embargo, puede ser contada acerca de las relaciones laborales que efectivamente existían al interior del complejo minero. Capitalistas por fuera, esos "enclaves" se veían bastante parecidos al latifundio, por dentro. El sistema de reclutamiento de "enganche", por ejemplo, a través del cual los campesinos eran sacados de las "haciendas" para ser empaquetados a bordo de barcos y trenes hasta los centros mineros a mil kilómetros de distancia en medio del desierto, ciertamente tenía muy poco que ver con el funcionamiento regular de un mercado de trabajo. No fue sino hasta la crisis de 1930 que una "oferta" de trabajo más tradicional quedó disponible al naciente capitalismo, en los miles que inundaron los caminos y calles de Chile, de regreso de las minas de salitre clausuradas.

Los regímenes de trabajo de "campamento" u "oficina" perduraron de esa manera por mucho tiempo. En 1997, el Gobierno finalmente decidió poner término a la larga agonía de las minas de carbón de Lota, en el sur de Chile, la más antigua concentración obrera del país. Un interesante reportaje de prensa fue publicado entonces por El Mercurio, el principal diario del país. El reportaje llamaba la atención que, después de tres o cuatro generaciones trabajando en la mina a lo largo de su existencia más que centenaria, los rasgos campesinos de la cultura de los mineros se mantenía bien vívida. Dolorosamente así, en el momento cuando ellos eran finalmente forzados a terminar con su forma de vida y confrontar el ambiente altamente desprotegido de la vida laboral del Chile del presente. Extrañamente, el reportaje de alguna manera parecía estar describiendo la muerte del último latifundio de Chile, en lugar de su empresa capitalista pionera. La vida de campamento, donde todo—todos los servicios desde la salud hasta las reparaciones menores de los ar-

tefactos domésticos, incluyendo el comercio de pulpería, desde luego, la mayor parte de éstos operando sin dinero y otros aún con "fichas"—era poseído y realizado por la compañía, era una característica sobresaliente de las relaciones laborales en esta compañías. El empleo de por vida, que consideraba los descendientes de los trabajadores, era otra. En CODELCO, por ejemplo, compañía que mantuvo las prácticas centenarias de sus antecesoras estadounidenses, no fue sino hasta que los gobiernos democráticos decidieron la "reestructuración" de la compañía, en los noventa, que dicha cultura no fue afectada profundamente. Y CODELCO es todavía, de lejos, la principal empresa chilena, la única de gran tamaño a escala mundial. Las pocas grandes empresas privadas que se desarrollaron en sectores otros que la minería, electricidad, teléfonos y papel, siguieron patrones bien similares.

Concentraciones obreras grandes en el Chile del siglo XX se podían encontrar, en segundo lugar, en las empresas estatales y servicios públicos. Las primeras—ferrocarriles, puertos, agua potable y algunos otros desde principios de siglo, hidroelectricidad y acero desde los cuarenta, principalmente—podiera decirse que estaban involucradas en producción mercantil. Hasta un cierto punto, sin embargo, si se consideran los déficit crónicos de estas empresas. Los últimos—salud, educación, construcción de caminos, administración del estado, militares, etc.—no estaban involucrados en producción mercantil para nada. Las relaciones laborales al interior de estos servicios y de alguna manera también en las empresas del estado, según los patrones clásicos de la disciplina del servicio público de la burocracia estatal y consideraban asimismo el empleo de por vida y descendientes.

Aparte de lo mencionado más arriba, concentraciones obreras relativamente grandes se desarrollaron en los cincuenta y sesenta en la industria manufacturera de sustitución de importaciones, principalmente textiles. En estos monopolios altamente protegidos, las relacio-

nes laborales, nuevamente, seguían el modelo tipo latifundiobien de cerca, incluyendo la típica villa urbana de propiedad de la empresa donde vivían los trabajadores.

Desde luego, grandes concentraciones de trabajadores productores de mercancías, de propiedad de capitalistas, pero con relaciones internas pre-capitalistas no han sido poco frecuentes en lo más mínimo. Más bien, parecen haber sido la forma natural en que el capital organizó la producción allí donde el trabajo asalariado propiamente tal estaba todavía a siglos de distancia, en su factura social. El caso extremo siendo, desde luego, la esclavitud en América, concentraciones de 600.000 trabajadores (Blackburn), probablemente las mayores del mundo durante los siglos XVII, XVIII y bien adentrado el siglo XIX. Toda la dulzura del azúcar de ese modo producida, desde luego, iba al naciente capitalismo Europeo.

El único lugar en Chile donde se desarrollaron grandes empresas capitalistas durante este siglo siguiendo el modelo Estadounidense o Australiano más conocido fue en la Patagonia Tierra del Fuego, en el extremo sur. Esta región, cuyos habitantes primitivos, Onas, Yaganes y otros, fueron "colonizados" alrededor del cambio de siglo en la misma asesina forma norteamericana, desarrollaron enormes ranchos ovejeros con grandes industrias de exportación de lana y carne, entre las mayores del mundo. Característicamente, entonces, sólo allí donde el latifundio nunca existió, el desarrollo capitalista temprano siguió, en Chile, patrones más familiares.

Todas las formas anteriormente mencionadas de empleo asalariado han desaparecido, en Chile, durante las últimas tres décadas. Los trabajadores asalariados hoy en día, en cambio, trabajan mayoritariamente en empresas privadas, las más de ellas pequeñas y medianas, pero en algunos grandes conglomerados asimismo. Es verdad, los profesores y trabajadores de la salud, las mayores sindicatos del país, todavía trabajan, en su mayoría, en el sector público.

Pero, como ha sido mencionado, ambos están atravesando tiempos difíciles, debidos principalmente a la competencia de naciéntes empresas capitalistas que crecen a su lado.

El análisis precedente no debe, en modo alguno, sugerir que las concentraciones de trabajadores asalariados Chilenos del siglo XX no deberían ser enfatizadas con toda la relevancia que les han asignado las ciencias sociales a lo largo del siglo. Muypor el contrario, la evidencia acerca de su importancia en la emergencia del actor popular Chileno del siglo XX, desde sus mismas raíces, es abrumadora. Por lo tanto y ésta es la principal tesis del presente trabajo, ellos deben ser considerados como los principales articuladores del vasto movimiento popular que precipitó las transformaciones sociales que, a su turno, son relevantes para explicar el conjunto de los cambios que el país ha experimentado en las décadas recientes, especialmente su desempeño económico. De otro lado, rasgos más transicionales del proletariado Chileno del siglo XX bien pueden ahora parecer más en acuerdo con el carácter de los cambios históricos que efectivamente tuvieron lugar en Chile, promovidos principalmente por su actividad.

Parece bastante claro, sin embargo, que más trabajadores asalariados que nunca, en Chile por estos días, están llegando a conocer las crudas realidades del mercado y lo que subordinación al capital verdaderamente significa. No sería totalmente equivocado, quizás, considerar que el moderno trabajo asalariado pareciera estar alcanzando su adolescencia en Chile, recién ahora.

Como el capitalismo Chileno mismo, probablemente y con más seguridad, los capitalistas Chilenos mismos.

LA BURGUESÍA CHILENA, FORZADA A LLEGAR A SER LO POR LA REVOLUCIÓN

La revista inglesa "The Economist", analizando la evolución de la economía Chilena durante las décadas recientes, resaltó un hecho

significativo. Las transformaciones más relevantes realizadas por la dictadura de Pinochet fueron posibles de acuerdo con *The Economist*, porque no encontraron la misma resistencia conservadora que retrasó las mismas medidas por décadas en otros países. Los grupos de presión conservadores del *The Economist* incluían a los sindicatos, desde luego pero, más significativamente, la revista mencionaba otros dos sectores sociales en primer lugar: los terratenientes tradicionales y los industriales monopolistas "sustituidores de importaciones". Ambos grupos, desde luego, habían sido golpeados duramente por las expropiaciones de Allende.

Las "clases altas" Chilenas han sufrido un cambio bien grande durante las últimas tres décadas. Desde un sector profundamente conservador, "momios" como se los solía llamar, surgió una burguesía agresiva, brutal en su política y bastante emprendedora en su economía. Sólo en los aspectos religiosos y culturales mantienen todavía una postura conservadora. El suplemento cultural del diario *El Mercurio*—que recientemente publicaba una interesante aseveración del manifiesto comunista que postula la inevitabilidad de que la economía liberal destruya los valores tradicionales—y recientes propuestas multipartidarias en favor del divorcio son pruebas bastante buenas que el conservadurismo cultural de la burguesía Chilena no va a durar para siempre, tampoco.

Chile pareciera haber estado atravesando su propia "era del capital" durante las recientes décadas. Nutrida por enormes transferencias de propiedad pública al patrimonio privado durante los años de Pinochet—principalmente a través del componente privatizador de las "modernizaciones" de Piñera y la recuperación financiera de la crisis de la deuda externa—y no pocas asimismo durante los gobiernos democráticos que han seguido, los principales barones de la burguesía Chilena han llegado a ser un lote bastante adinerado. Tanto así, en los hechos, que han inaugurado recientemente la temporada de su propia "era del imperio" invirtiendo a través de América Latina.

Sus alianzas tradicionales han venido cambiando rápidamente, a medida que crece su propia asertividad. Saliendo del campo estadounidense y hacia el capital Latinoamericano y no extrañamente, Español. Es posible que los capitales Españoles y Latinoamericanos puedan estar enredándose por estos días muy a la manera en que capitales Británicos y Estadounidenses lo hicieron hacia el pasado cambio de siglo. Con toda América Latina como su coto de caza. En sólo tres años, como es bien sabido, capitales Españoles en alianza con capitales Chilenos pero de diversos otros países de América Latina asimismo, han logrado el control de los sistemas de electricidad, teléfonos y bancarios del continente.

Es bien indicativo que los principales grupos Chilenos involucrados en las empresas eléctricas Latinoamericanas surgieron de las privatizaciones de Pinochet de las compañías eléctricas estatales Chilenas y están financiados, principalmente, por el sistema de AFP.

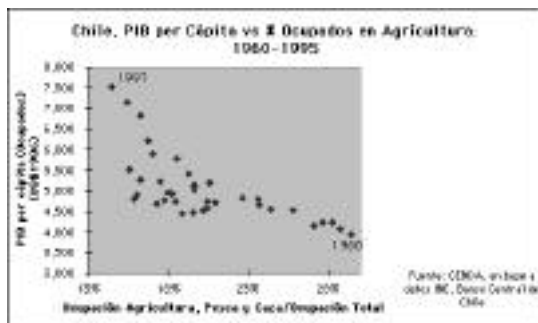
LAS MUCHAS ETAPAS SUBIENDO LA CUESTA DE LA MODERNIDAD

Ha sido sugerido en este trabajo que—bastante más profundo que las políticas económicas o regímenes políticos de uno u otro tipo—el tempo principal de las transiciones a las sociedades modernas debe ser escuchado en el movimiento de sus relaciones sociales. Las relaciones sociales conforman un complejo bastante enredado en cualquier país o en cualquier momento del tiempo en la vida de una determinada. No parece fácil establecer alguna evidencia medible para soportar o rechazar la hipótesis arriba mencionada. Un intento ha sido efectuado en este trabajo, sin embargo, de probar la correlación entre el desarrollo económico y social. El mismo será presentado en lo que sigue, con toda la debida cautela, más bien como una ilustración que como evidencia empírica.

El grado de desarrollo social en su conjunto fue estimado a través del movimiento de una variable, cual es el porcentaje de trabaja-

dores agrícolas en la fuerza de trabajo ocupada. De otro lado, el desempeño económico global fue estimado mediante el OGB per cápita, como proxy de la productividad. Debe ser enfatizado que ambas variables han sido seleccionadas no por su propia significación, que la tienen, sino principalmente como estimadores del movimiento de las relaciones sociales en su conjunto, por una parte, y el desempeño económico global, de otra.

Ambas variables fueron graficadas una contra la otra, con datos de las estadísticas Chilenas de los últimos treinta y siete años, de 1960 a 1997. El resultado es una curva bastante suave, que empieza abajo a la izquierda en 1960, cuando la agricultura ocupaba sobre el 30% de los trabajadores y el Producto Geográfico Bruto (PGB) per-cápita era menos de US\$ 4.000 dólares. Solamente se consideraron los trabajadores ocupados, en ambas razones. La curva sube hacia la izquierda, a medida que el porcentaje de trabajadores ocupados baja hasta 14.4% en 1997 y el PGB per-cápita crece a un poco más de US\$7.000 dólares. En ambos cálculos se usaron dólares de 1986 (Ver gráfico "PIB per Cápita vs Ocupados en Agricultura").



Otro gráfico se construyó con las mismas variables, sólo que esta vez para un corte transversal de países, con datos para 1991. En este caso se utilizó el Producto Geográfico Bruto, ajustado por poder de compra. El resultado es, nuevamente, una curva que parte abajo a la derecha, con países cuyos trabajadores agrícolas comprenden el sesenta por ciento de la fuer-

za de trabajo y cuyo PGB per-cápita está por debajo de los US\$ 2.000 dólares. La curva sube hacia la izquierda, a medida que la proporción de trabajadores agrícolas baja hasta un 5% y menos en los países más avanzados (Ver gráfico "Gross Domestic Product - per Capita (purchasing parity)").



En ambos gráficos, a excepción de algunos puntos, el resto calza en un buen ajuste sobre curvas más bien suaves. Los puntos no coincidentes son, las más de las veces, debidos a errores de datos (El Salvador, por ejemplo, un ejemplo de país campesino bastante notorio, aparece con menos de 1% de población rural) o a discontinuidades en las series de datos.

LOS ACTORES SIEMPRE RESURGENTES Y FRUSTRADOS DE UNA HISTORIA NO DOMINADA

Como ha sido argumentado a lo largo de este trabajo, el desempeño económico de Chile durante las últimas décadas pareciera surgir de regiones más profundas que unas pocas políticas económicas monetarias, fiscales o financieras favorecidas por el FMI. Los dinámicos movimientos de todos los actores sociales del país en un escenario rápidamente cambiante parecieran estar en el trasfondo de todos los rápidamente crecientes indicadores macroeconómicos.

La economía política de todo el proceso, sin embargo, no ha actuado por sí sola, tampoco

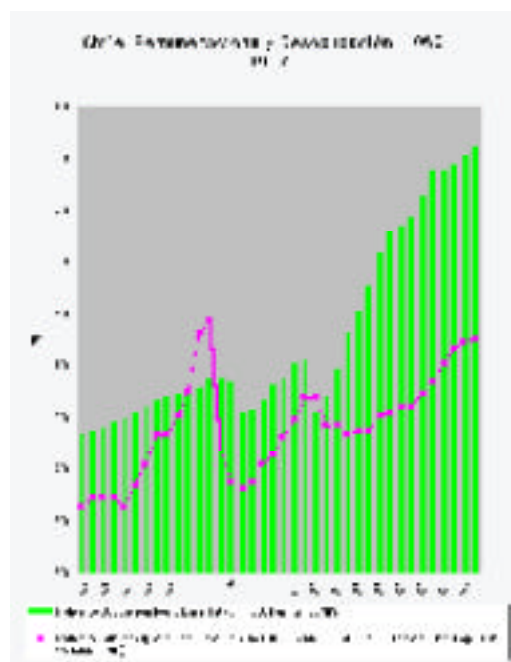
co. Todas las turbulencias políticas del período, la propia "Era de las revoluciones" de Chile han sido autor y director de la obra. Los actores políticos principales a lo largo de lo más del período no han sido la burguesía. Suficientemente extraño, pero bien en acuerdo con otras transiciones a los tiempos modernos. Ha sido sólo recientemente que la burguesía Chilena ha tomado los asuntos de la política directamente en sus propias manos. Ello ocurrió después que se aseguró la conducción del movimiento anti-dictatorial y asumió el gobierno post-Pinochet. Desde entonces, ha ocupado todo el escenario casi exclusivamente para sí misma.

Antes que la burguesía tomara control directamente, los militares Chilenos jugaron el rol del orden post-revolucionario y, a pesar de sus preferencias personales bien conservadoras, no tuvieron alternativa sino consolidar las principales transformaciones sociales. Lo hicieron de una manera brutal. Después de la derrota, hace 25 años, de la posibilidad de un orden post-revolucionario de inspiración de izquierda, fea como esa especie así mismo ha demostrado ser, Pinochet fue probablemente el peor camino para atravesarlo, considerando los sufrimientos que impuso sobre la masa del pueblo Chileno.

Muchas materias evidentemente están fuera del alcance de este trabajo y muchas otras simplemente han sido dejadas de lado. El generoso impuesto imperial pagado por los Chilenos a la comunidad bancaria internacional, por uno.

Pero unas pocas palabras finales deben ser dichas en relación a la gente sencilla. Aquellos que precipitaron todo el proceso en una forma valerosamente revolucionaria, por allá en los sesenta y principios de los setenta. Los mismos que constituyeron la principal resistencia democrática durante los años de Pinochet y, cuando el tiempo llegó, se alzaron a lo largo del país y votaron a Pinochet fuera del gobierno. Como Luis Emilio Recabarren dijo hace un siglo, ellos han contribuido todo al proceso. para que lo gocen sus adversarios.

Como es bien sabido, Chile permanece "top ten" en distribución regresiva del ingreso, sexto para ser precisos, de acuerdo al Banco Mundial, entre todas las naciones. El ingreso total se divide casi por mitades, la primera de las cuales va al 10% superior de la población. El otro 90% de la población debe conformarse con la otra mitad del ingreso. Los salarios están todavía por debajo del nivel logrado en 1972, bajo el Presidente Allende, a pesar que la productividad ha crecido un 60% en el mismo período (Ver gráfico "Remuneraciones Y Ocupación").



La suerte de los campesinos, mujeres y trabajadores afectados por las transformaciones sociales ha sido mencionada más arriba.

Todo lo anterior es cierto y bien dramático en muchos casos. La mayoría de los Chilenos lo sienten y lo han estado manifestando recientemente, tanto en encuestas efectuadas por las NU, donde los Chilenos aparecen como los más críticos hacia su condición presente entre los Latinoamericanos, a pesar del desempeño económico del país. La magnitud de su absten-

ción y anulación de votos, de protesta, en las recientes elecciones nacionales, apunta en la misma dirección.

Pero la gente sencilla también ha sacado algo de todo este proceso en el cual ellos mismos han sido tan importantes actores.

Como es bien sabido, Chile es un país notoriamente estrecho, tanto así que en muchos

lugares se puede ver de un lado a otro en un día claro. A pesar de ello, apenas unas décadas atrás, muchos de los Chilenos que iniciaron todo este proceso nunca habían tenido la ocasión de conocer el mar.

Todos los chilenos hoy en día conocen el mar.

Por lo menos. XXI

BIBLIOGRAFÍA

Blackburn, Robin (1996) *"The Making of New World Slavery"*, Verso, London.

CENDA, Base de Datos Cuadernos, (1998), Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo, Santiago. En lo que sigue cualquier cifra sin una referencia específica significa que ha sido obtenida de la base de datos Cuadernos Cenda. Dicha base de datos, disponible en <http://cenda.cep.cl>, contiene recortes de prensa con noticias económicas desde 1992 en adelante.

EA 3D Atlas, DataWorld Resource Institute, CD-ROM.

INE-Empleo (1997), Base de Datos de Empleo, SEM_CATE.XLS, SEM_RAMA.XLS, SEM_SFDT.XLS, SEM_TASA.XLS, Instituto Nacional de Estadísticas, Santiago, Chile.

Riesco-25 Años, Riesco, Manuel (1995), "Chile 25 Años Después", Revista Encuentro XXI, N°3, pgs. 107-121, Santiago.

Riesco-Des.Cap., Riesco, Manuel (1989), "Desarrollo del Capitalismo en Chile Bajo Pinochet", Ediciones ICAL, Santiago.

El Manifiesto Comunista y la Globalización Actual de la Economía Mundial

Orlando Caputo Leiva

El Manifiesto Comunista de Marx y Engels es uno de los documentos fundamentales en las Ciencias Sociales referidos a la sociedad humana, y en particular, sobre la sociedad burguesa-capitalismo-. Tiene una gran vigencia en la actualidad y su estudio es un marco de referencia obligado fundamental.

Los planteamientos centrales sobre la sociedad humana y sobre el capitalismo siguen teniendo plena vigencia en la actualidad. A modo de ejemplo, dos citas sobre planteamientos centrales:

" La historia de todas las sociedades que han existido en nuestros días es la historia de la lucha de clases."

" La burguesía, con su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas".

Pero el estudio del Manifiesto debe ser crítico, como debería ser todo estudio. Estas críticas deben ser en múltiples sentidos. Quizás en primer lugar, captar como Marx y Engels re-

flexionan sobre el capitalismo. Confrontar las citas anteriores nos remite a un modo de pensar que opone lo negativo del capitalismo con lo positivo de su desarrollo. La explotación de los trabajadores como una de las formas fundamentales de la lucha de clases aparece en oposición al gran desarrollo permanente de las fuerzas productivas.

" En un pasaje famoso, Marx nos insta a realizar lo imposible: A reflexionar sobre este desarrollo de manera positiva y negativa al mismo tiempo; en otras palabras, a alcanzar un modo de pensar que sea capaz de aprehender de manera simultánea los rasgos funestos del capitalismo y su extraordinario y liberador dinamismo, en una misma reflexión, y sin atenuar la fuerzas de ninguno de los dos juicios." (Jameson, Frederic; "Ensayos sobre el Posmodernismo", 1991, pág 77. Ediciones Imago Mundi, Argentina).

El estudio crítico del Manifiesto y de otros trabajos de Marx y Engels exige una confrontación con las nuevas realidades. Por ejemplo, los nuevos desarrollos científicos, los cambios en la formas de organización de las empresas, etc. También el estudio crítico exige una confrontación con lo que dicen las diferentes ciencias sociales en relación a las nuevas realidades. El estudio crítico, en confrontación con las nuevas realidades y con las diversas teorías de las Ciencias Económicas y Sociales, incluyendo las diferentes interpretaciones marxistas podrían permitir nuevos desarrollos del marxismo en la actualidad.

1 Este documento está en basado en dos documentos que publiqué anteriormente: "Economía Mundial y Proceso de Globalización", Universidad ARCIS, 1993; y, en " La Globalización Actual de la Economía Mundial y el Manifiesto Comunista", en Alternativa N° 7, 1998, Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz.

A continuación, desarrollaré brevemente un planteamiento que muestra la gran vigencia en la actualidad - en la década del 90 de este siglo del Manifiesto Comunista.

Todos reconocen la existencia de un proceso de globalización actual de la economía mundial y de otros aspectos de la sociedad. Las investigaciones muestran que se crea una estructura productiva mundial por sobre los países. Las grandes empresas mundiales producen, hacen circular sus mercancías y generalizan ciertas formas de crédito y de consumo a nivel planetario.

A pesar de esa realidad, la ciencia económica en sus principales escuelas - clásica, neoclásica, keynesiana y la mayoría de las interpretaciones marxistas desarrollan su teoría teniendo como escenario la economía nacional. Cuando se refieren a la economía internacional denominándola a veces como economía mundial se refieren a economías nacionales que tienen relaciones económicas entre sí.

Para nosotros, basados en una nueva interpretación de Marx, no sólo hay un proceso de globalización en las últimas décadas, sino que ella es sólo la etapa actual de la economía mundial capitalista. La economía mundial capitalista se ha constituido muy tempranamente y funciona como tal desde hace mucho tiempo. La economía mundial es una realidad objetiva tanto como lo son las economías nacionales, pero es una totalidad superior mayor a la suma de las partes. En la economía mundial capitalista funcionan las categorías, las leyes económicas y las formas de movimiento de la producción social, aunque lo hacen en forma diferenciada de cómo lo hacen a nivel de las economías nacionales.

Momentos de globalización de la economía mundial también han existido en el pasado. Por ejemplo, previo a la crisis de los años 30's se produce un gran proceso de globalización. Las economías nacionales basan su dinámica económica en el "desarrollo hacia afuera". Luego de este gran proceso de

globalización, se produce una ruptura de ese proceso de globalización, y la economía mundial capitalista pasa a otra etapa en que las economías nacionales funcionan teniendo como base dinámica el "desarrollo hacia adentro".

En la actualidad, hay un proceso acentuado de globalización de la economía mundial en que nuevamente la dinámica de las economías nacionales es sobre la base del "desarrollo hacia afuera". La etapa actual de globalización de la economía mundial, junto con mostrar un crecimiento muy grande de la movilidad internacional de las mercancías, del dinero y del capital bajo todas sus formas, se caracteriza fundamentalmente porque se dan nuevas relaciones al interior del capitalismo mundial y en las economías nacionales: entre el capital y el trabajo a través de la denominada flexibilidad laboral en los mercados del trabajo y flexibilidad laboral en los procesos de producción; y, nuevas relaciones entre el capital, y la naturaleza a través de la disminución de los costos de acceso a los recursos naturales, que se manifiesta en algunos países en la constitución de la propiedad privada de los recursos naturales del subsuelo.

A continuación destacamos planteamientos centrales de algunos de los grandes economistas que han creado escuelas económicas para ilustrar la afirmación desarrollada anteriormente, en el sentido de que su elaboración teórica tiene como escenario de análisis fundamental la economía nacional. La economía internacional que ellos construyen a través de la lógica teórica, es una economía internacional que une economías nacionales fundamentalmente a través de relaciones comerciales. Por lo tanto, estas teorías están seriamente limitadas para analizar la economía mundial actual como una totalidad al interior de la cual participan las economías nacionales, ramas y sectores económicos; las empresas transnacionales y los propios Estados nacionales a través de las diferentes formas, entre ellas, las políticas económicas. (O.C. "Funcionamiento Cíclico del Capitalismo en la Década del 1970-80", Investigación Eco-

nómica 180, UNAM- México, 1987).

David Ricardo, cuyo aporte a la teoría económica general y, en particular a la economía internacional es ampliamente reconocida, a través de sus formulaciones sobre las ventajas comparativas en el comercio internacional y la teoría monetaria a nivel internacional; supone sin embargo, que existe libre movilidad del capital sólo al interior de las economías nacionales e inmovilidad del capital entre los países.

La inmovilidad internacional del capital es central en sus formulaciones teóricas y no visualiza en el futuro las exportaciones de capital. Al respecto escribió lo siguiente: " Sin embargo, la experiencia ha demostrado que la inseguridad real o imaginaria del capital, cuando éste no está bajo el control inmediato de su dueño, aunada a la natural renuencia que siente cada persona a abandonar su país de origen y sus relaciones, confiándose a un gobierno extraño, con nuevas leyes de tienen la emigración del capital. Estos sentimientos, que lamentaría ver debilitados, son la causa de que muchos capitalistas se den por satisfechos con una tasa de utilidades bajas en su propio país, en vez de buscar un empleo más ventajoso de sus riquezas en países extraños".

Dentro de su esquema teórico fundamental, en la actualidad no podrían incorporarse las grandes empresas transnacionales -unidades básicas de la economía mundial- sin afectar el núcleo central de su teoría.

Ricardo visualiza una economía internacional que sólo relaciona comercialmente a los países.

" En un sistema de comercio absolutamente libre, cada país invertirá naturalmente su capital y su trabajo en empleos tales que sea lo más beneficioso para ambos. Esta persecución del provecho individual está admirablemente relacionada con el bienestar universal. . . . ; al incrementar la masa general de la producción, difunde el beneficio general y une a la sociedad universal de las naciones en todo el mundo ci-

vilizado con un mismo lazo de interés e intercambio común a todas ellas".

Es una sociedad de países que a través del libre comercio lograrían el bienestar universal, aumenta la masa de bienes, difunde el beneficio general y une fraternalmente a todos en la sociedad universal de las naciones.

David Ricardo no visualiza una economía mundial y un mercado mundial como el actual, sino una economía internacional que une por el comercio a los diferentes países. Por eso, su propuesta teórica es de un economista de economía nacional. (Esto lo escribió Ricardo en el año 1817, en su libro " Principios de Economía, Política y Tributación", en el capítulo VII, páginas 102 y 104. F.C.E)

Las formulaciones teóricas de Keynes, son muy importantes en la Ciencia Económica y en la política económica. Su aporte fue caracterizado como " la revolución keynesiana" y logró una hegemonía en el pensamiento económico y en la política económica en el mundo desde mediados de los años 30's hasta la década del 60 y parte de la década de los 70's. Keynes según Harrod dijo lo siguiente:

" Ideas, conocimientos, arte, hospitalidad, viajes: por su naturaleza, todas estas cosas deben ser internacionales. Pero que los bienes sean de producción nacional siempre que sea razonablemente posible y conveniente; y sobre todo, que las finanzas sean primordialmente nacionales." . (R.F. Harrod, " La Vida de John Maynard Keynes", pág 511 y 512, F.C.E.)

Esto lo escribió Keynes en el año 1933, a propósito de la Conferencia Económica Mundial que analizaba las diferentes propuestas para salir de la gran crisis.

Más adelante, Harrod agregó:

" Había razones más poderosas. Keynes había llegado a pensar que la búsqueda de mercado y de oportunidades de inversión en el extranjero constituían una amenaza para la paz".

En su libro principal, Keynes -previa a la Segunda Guerra Mundial, 1936 - escribe lo siguiente

" La guerra tiene varias causas. Los dictadores y personas semejantes a quienes la guerra ofrece, por lo menos en la calidad de esperanza, una excitación placentera, no encuentran dificultad en fomentar la belicosidad natural de sus pueblos; pero por encima de esto, facilitando su tarea de evitar la llama popular, están las causas económicas de la guerra, es decir, el empuje de la población y la competencia por los mercados. El que interesa aquí es el segundo factor que representó papel predominante en el siglo XIX y que podría volver a representarlo." (J. M Keynes, " Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero", FCE, 1974).

Keynes reconoce que el " sistema de *laissez-faire* nacional y el patrón oro internacional" agudiza la competencia internacional y señala las causas económicas de la guerra como causa fundamental. Por esto su concepción teórica sobre el capitalismo es bastante lejana a la globalización actual de la economía mundial. Nos dice que los bienes y las finanzas en lo posible deben ser nacionales. Opone una propuesta ideal frente a la vocación universal del capital. Keynes es un economista de economía nacional más categórico que el propio Ricardo.

Friedman, en su libro "Libertad de Elegir", escribe lo siguiente:

" Los economistas discrepan entre sí con frecuencia, pero no con respecto al comercio internacional. En todo momento, desde los tiempos de Adam Smith, ha habido una virtual unanimidad entre los economistas, cualquiera que fuese su posición ideológica en otros aspectos, sobre la afirmación de que la libertad de comercio internacional redundaría en beneficio de los países comerciales y del mundo."

Más adelante agrega:

" La interdependencia es una característica omnipresente en el mundo moderno:.....La

libertad de comercio internacional favorece las relaciones armoniosas entre naciones....

En un mundo que practique la libertad de comercio.....los intereses de las diversas partes se armonizan.. La cooperación, y no el conflicto, es la regla." (" Libertad de Elegir", Ediciones Orbis, España, 1983. Páginas 65, 80 y 82).

Friedman, al igual que la neoclásica trasladada la ciencia económica de la producción hacia el mercado y hacia el individuo. Adicionalmente acentúa esto último, es decir, el papel del individuo, como queda reflejado en el título de su libro " La Libertad de Elegir " .

En la actualidad, cuando el dominio del capital y del dinero sobre el conjunto de la sociedad, y por tanto, sobre el individuo es más evidente que nunca y cuando la libertad individual solo es posible al interior de la sociedad que tiene un conjunto de relaciones sociales muy complejas, Friedman tiene como punto de partida y base de su reflexión teórica la libertad individual que la generaliza a todos los individuos de la sociedad. Todos tienen libertad para elegir, independiente de su posición. Su modelo teórico ideal es independiente de la historia en el tiempo y en el espacio geográfico .

Reproduce casi exactamente las formulaciones que le sirven, tanto de Smith (1786) como de David Ricardo (1817), ignorando otros importantes planteamientos teóricos. Recoge, por ejemplo, que la libertad del comercio beneficia a todos los países y favorece las relaciones armoniosas entre las naciones. Friedman le asigna a los países características similares a las de los individuos desde el punto de vista de su comportamiento económico.

El postula una economía internacional muy activa. Sin embargo, su visión de la economía internacional es de países que tienen relaciones comerciales entre sí. Esta concepción es la que tiene plena hegemonía en la actualidad. Sin embargo, está muy limitada para describir y explicar la economía mundial en general, y par-

ticulamente en su etapa actual de globalización. Al trasladarse de la producción hacia el mercado y hacia la soberanía del consumidor, no considera como corresponde, muchos aspectos significativos de la economía mundial, como por ejemplo, que la unidad económica fundamental son las empresas transnacionales y la constatación reiterada del desarrollo desigual entre países y regiones y no la tendencia a la igualdad y hacia la armonía internacional según el pensamiento de Friedman.

Marx y Engels, 30 años después que Ricardo, 88 años antes que Keynes, y a 150 años de la actualidad, escribieron:

" Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son reemplazadas por nuevas industrias cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y ésto, se refiere tanto a la producción material como a la producción intelectual..."

y más adelante agrega:

" Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civiliza-

ción a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza". (Manifiesto del Partido Comunista, escrito en diciembre de 1847 y enero de 1848, Editorial Anteo, Argentina, 1972. Páginas 37 y 38).

La cita de Marx y Engels, en nuestra opinión describe magistralmente, en una perspectiva global y desde un pasado lejano, mejor que cualquier síntesis actual, el proceso de globalización reciente de la economía mundial. Su visión dialéctica lo lleva a destacar los polos: el desarrollo de las fuerzas productivas y la explotación mundial; destrucción y creación de industrias, etc..

En 1848, afirmaban que el capitalismo le da un carácter cosmopolita a la producción y a la circulación internacional de las mercancías y al consumo. En aquella época la producción, el intercambio y el consumo tenían un carácter universal, pero los procesos de producción por parte de las empresas estaban ubicados fundamentalmente en las economías nacionales.

En sus formulaciones teóricas caben perfectamente la incorporación de los grandes cambios en el capitalismo actual. Por ejemplo, el predominio de las grandes empresas mundiales no modifica la esencia de sus formulaciones teóricas, al contrario, su estudio permite el desarrollo de esas formulaciones teóricas. Por esta razón, el capitalismo de fines de siglo - como hemos dicho - queda magistralmente descrito con las formulaciones del Manifiesto:

" Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía (y las transnacionales, agregamos) dio un carácter cosmopolita a la

producción y al consumo de todos los países ... se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones y esto, se refiere tanto a la producción material como a la producción intelectual."

La producción teórica de Marx y Engels tiene vigencia no sólo por la fuerza de la descripción, sino también de la explicación de la lógica del funcionamiento del capitalismo como un régimen de explotación universal de una clase por otra, pero que al mismo tiempo impone su cultura y su ideología al conjunto de la sociedad. Como dice el Manifiesto, la burguesía "en una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza".

También en el Manifiesto se desarrollan formulaciones sobre las crisis del capitalismo como crisis que se expresan en el mercado mundial. Esta formulación cobra plena actualidad con la profunda crisis en los Países Asiáticos y en Japón que está impactando seriamente a la economía mundial capitalista. En el Manifiesto se dice lo siguiente:

"Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico plantean en forma cada vez más amenazante la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa ... Durante la crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera aparecido absurda, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrógrada a un estado de súbita barbarie: diríase que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso, ¿Por qué?. Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio"

La crisis de los Países Asiáticos - fines de 1997-, a diferencia de todas las crisis cíclicas anteriores se inician en la periferia del capitalismo y no en los países centrales. Además, en aquellos países que mostraban un grado elevado de industrialización y el mayor crecimiento económico del mundo como región. A esa crisis se incorpora la crisis de Japón en 1998, después de varios años de estancamiento. Japón, por décadas fue la economía capitalista desarrollada más dinámica. La crisis actual se manifiesta así en la región más sólida del capitalismo. Esto nos trae a la memoria el título del libro de Marshall Berman, quien usó para ello una formulación del Manifiesto,

"Todo lo Sólido se Desvanece en el Aire": La Experiencia de la Modernidad. (Siglo XXI, 1998)

Marshall Berman recurre permanentemente en su análisis crítico de la sociedad contemporánea a otra formulación que está en el Manifiesto al inicio de las formulaciones sobre las crisis en el capitalismo, y que reproducimos a continuación a propósito, también de la crisis asiática:

"... toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir como por encanto tan potentes medios de producción y de cambio se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros."

La crisis de los países asiáticos, incluyendo a Japón, se desencadena porque producen mucho y han generado una sobreproducción de productos industriales en el mercado mundial. En el desarrollo de la crisis han profundizado sobreproducción de algunas materias primas y de energéticos que la globalización de la economía mundial había generado previamente en otros países. En otras materias primas y alimentos, es posible que a partir de la crisis se genere sobreproducción a nivel mundial. La crisis es muy profunda en la esfera financiera y monetaria, generalizándose el uso de un nuevo concepto en la economía: ata-

que especulativo sobre las monedas nacionales. Esta crisis está afectando cada vez más a otros países y regiones del mundo.

La perspectiva mundial del funcionamiento del capitalismo y las crisis como crisis del mercado mundial, han sido abandonadas en las producciones teóricas posteriores a Marx, incluyendo a los propios teóricos marxistas, en particular los desarrollos posteriores a Lenin cuando caracterizaron al capitalismo, como Capitalismo Monopolista de Estado. El rescate del escenario mundial no sólo tiene profundos impactos en la ciencia económica, sino también en todas las ciencias sociales, y particularmente en la Ciencia Política.

A la vocación universal del capital que sin embargo profita del nacionalismo, debe oponerse el carácter internacional de la lucha de los trabajadores en cada país.

La competencia de los capitales a nivel mundial se hace en gran medida en base a la desigualdad de las condiciones de los trabajadores y de la explotación de los recursos naturales en los diferentes países. Se impone la flexibilidad laboral y el desarrollo del trabajo precario. Se impone el acceso y explotación libre de los recursos naturales y la apropiación de la renta ligada a estos recursos por parte de las empresas transnacionales.

Por eso, ahora que la globalización de la economía mundial se corresponde con una derrota o retroceso fuerte de los trabajadores en los diferentes países y a nivel mundial, la vigencia de la formulación " Proletarios del Mundo Uníos " tiene en la actualidad una gran relevancia. Bajo esta formulación debería entenderse en la actualidad: la defensa de los intereses de los trabajadores, de las diferentes naciones, de la sociedad humana y de la naturaleza. XXI

Notas preliminares para un estudio sobre la relación entre historiografía y política en el pensamiento conservador chileno

Luis Corvalán Marquéz

La relación entre historiografía y política es un tópico de gran interés. En particular lo es aquella relación existente entre la historiografía conservadora y la política de derecha. ¿Por qué? Porque ésta última, en medida importante, ha cimentado su legitimidad en un cierto sentido común elaborado desde la historiografía. Y adicionalmente en razón de que la historiografía conservadora ha sido descalificada a la historiografía crítica con el argumento de que sería ideologizada, sesgada, tendenciosa. ¿Como si pudiera existir una visión historiográfica carente de sesgo! La ausencia tendencialidad es un atributo que, por cierto, la historiografía conservadora, implícita o explícitamente, reclama para sí, lo cual, es, sin dudas, funcional a los efectos de su eventual hegemonía dentro de la disciplina y de la cultura nacional.

Dentro de esta problemática se sitúa el presente artículo. A través de él aspiro precisamente a explorar cierto tipo de relación existente entre la historiografía conservadora y la política de la derecha. En función de ello la pregunta que me planteo es la siguiente: ¿en qué medida los puntos de vista del fundador de la historiografía conservadora nacional, Alberto Edwards, aportaron un marco conceptual al pensamiento de la derecha chilena de los sesenta en adelante? Y, adicionalmente, ¿qué vinculaciones existen entre la actual historiografía conservadora, en particular entre los puntos de vista de Mario Góngora y Gonzalo Vial sobre la historia contemporánea de Chile, y el proyecto político autoritario que la derecha postulara en

los sesenta y que finalmente se materializara bajo la forma de una dictadura militar?

Frente a estas interrogantes, la hipótesis que propongo sostiene: 1) que la derecha de los sesenta y comienzos de los setenta, en una medida sustancial, basó su visión de país y su búsqueda de un régimen autoritario, en el esquema conceptual presentado por Alberto Edwards en su obra "La Fronda Aristocrática", al cual, sin embargo, introdujo ciertos ajustes, y 2) que la historiografía conservadora actual - básicamente Góngora y Vial, en lo referente a la historia de Chile contemporáneo- constituye una fundamentación y defensa, precisamente desde la disciplina historiográfica, del régimen político autoritario buscado desde los sesenta por la derecha chilena y materializado en el régimen castrense instaurado en 1973.

Para fundamentar estas afirmaciones partiré haciendo un análisis de los planteamientos de Alberto Edwards.

I

1. Alberto Edwards, fundador del pensamiento conservador chileno, se sitúa dentro de las tendencias antipositivistas y antiliberales de comienzos de siglo XX. Desde éstas rechaza la fe optimista en el progreso indefinido y al racionalismo que le era consustancial, dominantes en Chile hasta entonces. A ellos opone cierto intuicionismo, acompañado de una concepción vitalista y pesimista.

Aunque no hace una exposición sistemá-

tica de sus presupuestos teóricos, la lectura de su obra principal, "La Frontera Aristocrática", permite una reconstrucción de estos. Ajeno a todo iluminismo, su visión de la historia y de la política aparece decisivamente influenciada por Burke y Spengler. Siguiendo a ambos, sostiene que "los sucesos históricos tienen significado espiritual; se derivan de algo inmateral y pensante, de un alma que vive y se transforma".

A su juicio, el proceso vital inherente a esa alma supone fatalmente un desarrollo, una decadencia y una muerte. Esta tesis evidencia el tono pesimista del autor, de clara matriz spengleriana.

¿Cómo influirán estos presupuestos teóricos en la concepción que tiene Edwards de la política? El fundador del pensamiento conservador chileno parte de la premisa de que la vida política supone el hecho de la autoridad y de la obediencia. La no existencia de ambas conlleva el caos, la anarquía y la disolución social. La autoridad, pues, y su correlato, la obediencia, emergen como una necesidad absoluta. El punto, no obstante, radica en cómo ellas se generan. La respuesta de Edwards es clara y categórica: se genera a través de ciertas "cadenas", que a su juicio son de dos tipos: espirituales y materiales. Ahora bien, allí donde existen las primeras, se da la libertad. "Los pueblos son o pueden ser libres -nos dice- cuando, amarrados por cadenas espirituales, no necesitan de la fuerza material para mantenerse en la organización y la obediencia. Toda la historia -agrega- no es más que el comentario de esta tesis".

Esas "cadenas espirituales" estarían constituidas por una orientación a la obediencia espontánea a la autoridad, derivada de la adhesión a ciertos valores y tradiciones. En tales casos, el orden institucional, más que en el respeto a formalidades jurídicas, descansa en ese tipo de adhesiones, de las que las leyes no serían más que su aspecto externo.

Tales supuestos conducen al concepto spengleriano de "Estado en forma". Este, según señala Edwards, "implica no sólo la sucesión

regular del Gobierno conforme a un orden jurídico o histórico, sino también la existencia en la sociedad de sentimientos hereditarios, de fuerzas espirituales superiores que constituyen al Estado en un ser viviente, orgánico, provisto de alma colectiva".

Sin embargo, en el devenir de su existencia esas fuerzas espirituales en algún momento terminan fatalmente por agotarse. Es entonces cuando la obediencia espontánea a la autoridad y a las jerarquías sociales se derrumba. Como resultado, adviene el fin del Estado en forma, con su correlato: el caos, la anarquía y el peligro de disolución social. Entonces, a falta de otro instrumento, la cohesión de la sociedad ha de ser mantenida por la fuerza, es decir, por un poder sin forma, "fundado en el sólo hecho".

"Las grandes crisis políticas de la historia, nos dice Edwards, se caracterizan por el trastorno de los fundamentos del poder; pero -añade- la pérdida del poder mismo, equivale a la muerte, a la decapitación social". De allí que para evitar esta alternativa se requiera reconstruir a aquel, pero ahora sustentándolo en las "cadenas materiales", es decir, en la fuerza factual.

Sin embargo, Edwards no cree que los gobiernos de facto puedan ser un medio destinado a restaurar el anterior estado en forma: si las fuerzas espirituales que los insuflaban han completado su ciclo vital, simplemente no habrá restauración posible. El ciclo, entonces, se cierra, y el sino se cumple.

2. La hemenéutica que hace Edwards de la historia nacional se basa íntegramente en los supuestos teóricos arriba descritos.

A su juicio, Chile constituyó una excepción en América Latina en razón de que existió "aquí la continuidad en el orden jurídico y una verdadera tradición política, cuyos cambios, o mejor dicho evoluciones, se produjeron en forma gradual, pacífica, lógica, y presentan, por tanto, un carácter mucho más europeo que his-

panoamericano."

En Chile, en síntesis, se creó un estado en forma. Sus elementos venían constituidos por el espíritu tradicional, generado durante la colonia. Su contenido consistía en el acatamiento espontáneo a las jerarquías sociales y al Rey.

Que el Estado en forma haya podido mantenerse durante la República fue posible, según Edwards, en buena medida gracias a la figura de Diego Portales. "La obra de Portales -señala- fue la restauración de un hecho y un sentimiento, que habían servido de base al orden público, durante la paz octaviana de los tres siglos de la colonia; el hecho -añade- era la existencia de un poder fuerte y duradero, superior al prestigio de un caudillo o a la fuerza de una facción; el sentimiento, -dice- era el respeto tradicional por la autoridad en abstracto, por el poder legítimamente establecido con independencia de quienes lo ejercían; ... lo que (Portales) hizo -añade Edwards- fue restaurar material y moralmente la monarquía, no en su principio dinástico, que ello habría sido ridículo o imposible, sino en sus fundamentos espirituales como fuerza conservadora del orden y de las instituciones".

Se creó así, según nuestro autor, el estado en forma portaleano, el que, claro está, se benefició del "peso de la noche", es decir, de una especie de inercia generalizada que permitió que la herencia colonial de acatamiento espontáneo a la autoridad se mantuviera intacta.

Pero como todo es perecedero, la historia del Chile republicano no sería otra cosa que "la historia del debilitamiento y ruina progresiva del espíritu tradicional de la colonia". Sería, por tanto, la historia de la gradual transformación del alma nacional.

Sin embargo, esa descomposición tarda. La tradición no muere por casi un siglo. El respeto por las jerarquías se mantiene, "el peso de la noche", en fin, se hace valer.

Con todo, en la medida que el ineluctable

proceso de descomposición del alma nacional avanza, produciendo sus efectos correlativos en el sistema político institucional del estado en forma portaleano, el país entrará en un proceso de decadencia. Este contenido del proceso político nacional Edwards lo periodifica, distinguiendo tres etapas de la República en forma.

La primera iría entre 1830 y 1860. En ella, señala, se dio el predominio incontrarrestado del Ejecutivo, heredero de la majestad real. En síntesis, una monarquía sin Rey. No hay partidos, la elite aristocrática tradicional, en parte por convicción y en parte por temor a ciertos elementos levantiscos desatados por el proceso independentista, se somete y apoya incondicionalmente a la autoridad presidencial, la que se autogenera mediante un procedimiento análogo al de las adopciones durante el Imperio Romano.

La segunda abarcaría desde 1860 a 1890. En ella la elite aristocrática, mediante sucesivas frondas, gestadas ya en el período anterior, se organiza políticamente en partidos. Se reajusta entonces la relación entre el presidente y aquella. "Se gobierna con los partidos". Se forja "una especie de equilibrio, no siempre estable, entre la autoridad presidencial y los círculos (aristocráticos) en que se apoya".

La tercera etapa va entre 1890 y 1920. En ella se desequilibra la relación anterior: "la autoridad presidencial desaparece casi -señala Edwards-, y los partidos gobiernan solos: es el período clásico de la oligarquía parlamentaria", añade. La fronda aristocrática ha triunfado sobre el principio monárquico encarnado en el Ejecutivo.

¿Cómo fue posible que se hayan producido tales cambios en la relación entre la elite aristocrática y el poder presidencial? Edwards, al respecto, es rigurosamente consecuente con las premisas teóricas en que sustenta su análisis. Tales cambios, en lo esencial, serían el resultado de la evolución espiritual del grueso de la elite. En particular, de su recepción - a mediados del siglo XIX- de lo que nuestro autor

denomina "la religión liberal", con su racionalismo y su fe absoluta en el progreso indefinido. A juicio de Edwards, la "religión liberal", estéril y declamativa, se materializó precisamente en nuevas tendencias frondistas de la elite aristocrática, a la par que encarnó "la rebeldía del alma de la cultura contra su pasado". Con ello, sin embargo, no se hacía más que socavar las bases reales -de orden espiritual- que sostenían al Estado en forma, el que así, pareciera, según Edwards, comenzar lentamente su decadencia.

El derrumbe del Estado en forma advendría en 1918, con lo que Edwards denomina "la revuelta del electorado", que nuestro autor asocia a la rebelión de las surgentes clases medias, a las que define como un "enorme proletariado intelectual (o que se imagina serlo)". Este proletariado, añade, "comenzó a pulular por las ciudades, muriéndose de hambre y almacenando silenciosamente sus rencores". El derrumbe del Estado en forma se vincula, entonces, según Edwards, a lo que considera es la emergencia de "clases desligadas de la cultura simple y armónica del viejo Chile".

La elite aristocrática -en particular su sector aquejado por la "religión liberal- habría regalado el derecho a voto a tales clases. La revuelta que ellas terminaron luego llevando a cabo utilizando el voto, no consistió en otra cosa que en el rechazo a la elite, con su correspondiente negación del principio de respeto a las jerarquías sociales y a la autoridad.

Entonces, "el fin del antiguo orden de cosas era inevitable, sostiene Edwards, porque había desaparecido su fundamento espiritual, esto es, la obediencia pasiva y resignada del país ante los representantes tradicionales de los viejos círculos aristocráticos". "Desde que el electorado se rebeló moralmente -agrega-, la vieja oligarquía parlamentaria no era sino un cuerpo sin espíritu, un cadáver destinado a descomponerse". El último acto del derrumbe oligárquico fue la revolución militar de 1924 y 1925.

Tal derrumbe, no obstante, no dio lugar a la creación de un orden nuevo, pues no existían las premisas espirituales para ello. Por lo mismo, lo que más bien se produjo fue un desquiciamiento total del país. Lo que se abrió paso, en resumen, fue el caos y la anarquía: una guerra civil larvada que Edwards visualiza ante todo en las propias almas. Se habría llegado así a la disolución social, a la antesala de un nuevo Lirca.

¿Cuáles habrían sido las alternativas que entonces se le presentaron al país? A juicio de Edwards, sólo dos. O una dictadura militar que restituyera de facto el mando y la obediencia, o una dictadura popular. Dicho con sus términos: "una dictadura de espada o de gorro frigio". Edwards, obviamente, se pronuncia por la primera.

Sin embargo, la dictadura de espada, según nuestro autor, no restauraría el estado portaleano en forma. "¿Habría sido fecundo o siquiera posible, restaurar por un golpe de fuerza lo que estaba muerto en las almas?", se pregunta. La respuesta es obvia. Ante ello Edwards propugna "el predominio de un Ejecutivo muy fuerte, y hasta cierto punto "neutral", único medio posible contra el desquiciamiento. Bajo estos supuestos apoyó fervorosamente la dictadura del General Carlos Ibañez del Campo.

II

Me referiré ahora a la influencia que ejercieron las ideas de Alberto Edwards en la derecha chilena. En rigor, me limitaré a la derecha de fines de los cincuenta en adelante.

¿Existió efectivamente tal influencia? Me parece evidente que sí. Me parece que, en efecto, la derecha chilena, hasta cierto punto, y no sin algunos ajustes y modificaciones, estructuró sus diagnósticos de país y fundamentó su proyecto utilizando tanto ciertos conceptos como así mismo la matriz interpretativa de este autor.

¿Cuáles fueron los elementos del punto de vista de Edwards que hizo suyos? En primer

lugar, la comprensión de las últimas décadas de la historia nacional como un proceso de decadencia; en segundo término, la asunción de la temática de la anarquía y el caos, que prefigurarían la desintegración nacional; en tercer tercer término, la temática sobre la irrupción de las multitudes, a través de las prácticas demagógicas de los partidos (de centro e izquierda), lo que sería otro componente tanto de la anarquía como del desquiciamiento general; en cuarto lugar, la consideración de factores espirituales como un determinante de dicho desquiciamiento y decadencia; y, por último, la solución que cabría dar a todos esos fenómenos, la que consistiría en instaurar un régimen fuerte, de autoridad.

Sin perjuicio de lo anterior hay elementos del modelo interpretativo de Edwards que son objetos de un ajuste por parte del discurso de la derecha, mientras que al menos uno resulta francamente reemplazado. Entre los primeros podemos mencionar al menos los siguientes. Por un lado el que desvía el énfasis desde el "Estado en forma portaleano" a la nación. El estado en forma portaleano no aparece en el discurso de la derecha como el sujeto principal, sino tan sólo como la plenitud de otro sujeto: la nación. El derrumbe de aquel equivaldría a la decadencia de ésta. Es, por tanto, la nación el verdadero sujeto.

Un segundo elemento del planteamiento de Edwards que resulta metamorfoseado en el discurso de la derecha es el que se refiere a los responsables políticos de la decadencia. Se absuelve, en este sentido, a la "religión liberal" de todo cargo al respecto, y se lo imputa esencialmente al PDC y a la izquierda, quienes habrían intensificado las prácticas demagógicas que permitieron la irrupción de las multitudes como fuerzas anárquicas, destructivas de las naturales jerarquía sociales y de la obediencia a la autoridad constituida.

El tercer elemento que resulta ajustado es el referente a las determinantes espirituales de la decadencia. En el discurso de la derecha,

en lugar del "debilitamiento y ruina del espíritu tradicional de la colonia" como factor de decadencia, postulado por Edwards, figura el desquiciamiento del "alma nacional", entendido esencialmente como resultado de la penetración de ideas extranjeras (el marxismo, por ejemplo), la pérdida de conciencia nacional y el desarrollo de una mentalidad burocrática, renuente al espíritu emprendedor propio de la nacionalidad durante su apogeo durante el siglo XIX.

El elemento del modelo teórico de Edwards que resulta francamente cambiado por el discurso de la derecha es el que se refiere al tipo de concepción cíclica que aquel postula. El modelo teórico de Edwards, que en rigor es spengleriano, en efecto, supone la existencia de un movimiento cíclico que, teniendo como sujeto al estado en forma, culmina con la inevitable muerte de este. En cambio, para el discurso de la derecha, -el cual como vimos tiene como sujeto a la nación- el ciclo que afecta a ésta no culmina necesariamente en su muerte, sino en su periódica regeneración. En consecuencia, la decadencia del país debería dar más bien paso a una reversión de la decadencia, lo que se traduciría en una revitalización o renovación nacional. La posibilidad de la muerte de la nación en teoría no se descarta. El que no sea esa la opción que se imponga dependería de situaciones que se resuelven en el plano de la política. Es decir, dependerá de si en este plano triunfarán los elementos que representan las esencias nacionales, es decir, la derecha misma (y los militares), o bien quienes las negarían, los que quedan encarnados principalmente en la "izquierda marxista".

Dentro de esta lógica, la derecha corrigió a Spengler valiéndose de Toynbee. Asumió, en efecto, la teoría del "desafío y respuesta" y postuló que la superación del desafío planteado por la decadencia y la anarquía conduciría a la nación a una nueva fase de esplendor.

Un breve recuento de los planteamientos de este sector desde fines de los cincuenta en adelante puede servir para fundamentar lo

arriba afirmado.

Durante la campaña presidencial de 1958, el abanderado del sector, Jorge Alessandri Rodríguez, postuló como uno de sus temas centrales precisamente el de la decadencia, atribuyéndolo a las prácticas partidarias. "Es un hecho incontrovertible -sostuvo- el cansancio que puede advertirse en todos los sectores de la opinión nacional frente a la esterilidad de la acción política, que en último tiempo ha lanzado a la República por un plano inclinado de decadencia hasta dejarla en el estado de postración moral y económica en que actualmente se encuentra". El tema de la postración moral, por cierto, apunta al sustrato espiritual que tendría la decadencia, lo que, sin dudas, es concordante con el enfoque de Edwards.

Ante la llegada del PDC al gobierno en 1964; en el contexto del fortalecimiento de diversos sujetos populares, altamente politizados y movilizadas, que apoyaban proyectos anticapitalistas; y, en fin, en el marco de sucesivos reveses de la derecha, la temática de la decadencia se vio notoriamente acentuada en el discurso de esta. El surgente Partido Nacional, formado en 1966 de la fusión de conservadores, liberales y grupos nacionalistas, hizo de esa temática su tesis principal.

En su documento fundacional el PN proclamó, en efecto, que Chile vivía una "etapa de decadencia que (era) necesario superar reviviendo el impulso vital del pueblo". En función de ello reivindicó "el recio estilo que forjó el alma de la chilenidad".

Al año siguiente de ser fundado, el PN hizo un categórico diagnóstico de la situación que vivía el país. En él sostuvo: "el gobierno de Frei es víctima, en lo interno, de la crisis de autoridad más aguda de este siglo en nuestro país (...), como en las anarquías anteriores tal estado de cosas sólo puede ser detenido con un régimen de autoridad encausado por un gobierno fuerte y nacional (...) Mantenemos toda nuestra fé en los superiores destinos de la patria y en el sentido de acendrado deber y de justicia que

siempre han distinguido tanto al Poder Judicial como a las FFAA".

De tal modo, a la decadencia denunciada en su documento fundacional, el PN agregaba ahora las consecuencias que, según Edwards, a esta le eran consustanciales: la anarquía. Y lo que es más, en plena coherencia con el punto de vista de ese autor, señaló las soluciones inherentes a tal situación: un gobierno fuerte, en cuyo marco se insinuó el rol de los militares.

En 1969, ante el conato de golpe del General Viaux, el PN exculpó a los uniformados de toda responsabilidad y responsabilizó de los hechos al gobierno de Eduardo Frei Montalva en virtud de que este sería el causante de la "anarquía general" que viviría el país.

En 1970, con motivo de la campaña presidencial de ese año, el PN emitió un voluminoso documento titulado: "La Nueva República: respuesta al Desafío de Chile". En él se parte del supuesto spengleriano de la decadencia, pero combinándolo con la tesis de Toynbee sobre el desafío y respuesta, en los términos arriba señalados. "Los pueblos tienen existencia histórica cuando viven para cumplir una misión. Si rehuyen el desafío y agotan sus objetivos, comienzan a decaer y finalmente desaparecen", señaló. "El Partido Nacional, agregó, pretende encarar ese espíritu renovador que planteará a Chile nuevos horizontes".

El documento sostuvo que el país se hallaba "anclado en el tiempo por el desfallecimiento de (su) espíritu nacional". Añadió que su crisis requería, para ser resuelta, de "un vigoroso renacer" de ese espíritu. El decaimiento del espíritu nacional lo atribuyó el PN esencialmente a los partidos de izquierda y, en parte, a la propia DC. "El mayor perjuicio causado a Chile por los partidos de izquierda (es)... de orden espiritual, porque atentan contra el sentido mismo de nacionalidad", afirmó "La Nueva República". En cuanto a la DC, vio también en ella una fuerza con vinculaciones foráneas en la medida que estaba "afiliada a la Democracia Internacional".

El documento, en fin, postulaba transitar desde la decadencia hacia un país refundado; con ese propósito planteaba la necesidad de disminuir el rol de los partidos y sus prácticas demagógicas y extranjerizantes, que incentivaban la anarquía. Como contrapeso a ello postulaba potenciar a las FFAA como un elemento funcional a la estabilidad e integridad de la nación. "Las FFAA -decía- deben disponer de los medios necesarios y de una adecuada intervención en la administración y desarrollo del país".

Durante el gobierno de la Unidad Popular la tesis de la derecha sobre el caos, la anarquía y la disolución de la nacionalidad alcanzó su cota máxima, y sirvió a los fines de impulsar la emergencia de una dictadura militar. El 14 de diciembre de 1972, Sergio Onofre Jarpa, presidente del PN, sostuvo: "el gobierno marxista representa la última etapa de un período de decadencia y desintegración, en que el impulso vital que llevó a Chile a la vanguardia del continente fue debilitado por la división interna, el sectarismo partidista, la mentalidad burocrática, el estatismo paralizante y las teorías políticas extranjeras". Jarpa agregó que "después del marxismo", "Chileno volvería a las antiguas formas de decadencia" -es decir, a la demoracia liberal. En virtud de lo mismo, sostuvo, que sería "posible una renovación de sus instituciones y de su impulso vital" mediante la inserción de dos factores nuevos en la política: los gremios y las FFAA.

En declaración del 14 de septiembre de 1973, el PN explicó y justificó el golpe militar del once desde la óptica de la teoría de la decadencia. El golpe, en efecto, habría sido una necesaria reacción contra los "vicios y errores que condujeron a Chile a la decadencia y al gobierno marxista después".

Las FFAA, por su parte, asumieron formalmente esta hermenéutica de la derecha, y desde ella justificaron su ascenso al poder por vías de hecho. La Junta Militar, a través de la "Declaración de Principios del Gobierno de Chile",

sostuvo al respecto lo siguiente: "debido a la larga erosión provocada en nuestro país por muchos años de demagogia, y a la destrucción sistemática que desde 1970 el marxismo acentuara sobre todos los aspectos de la vida nacional, las Fuerzas Armadas y de orden de Chile, en cumplimiento de su doctrina clásica y de sus deberes para con la subsistencia de la nacionalidad, tuvieron que asumir el 11 de septiembre la plenitud del poder político".

Como puede verse, aquí subyace la temática de la decadencia y de su correlato, la desintegración nacional. No a otra cosa aluden las referencias a la larga "erosión" provocada en el país por la demagogia, que culminaría con la acción del marxismo, todo lo que, en fin, habría obligado a las FFAA a intervenir tomando "la plenitud del poder político" para hacer posible la "subsistencia de la nacionalidad" amenazada.

Al mismo tiempo, los militares explicitaron que su objetivo consistía en "hacer de Chile una gran nación", una de cuyas premisas vendría dada por la reconstitución del alma del país, erosionada por "las ideologías foráneas" y "la invasión cultural extranjerizante". A ellos, la declaración decía oponer un nacionalismo chileno, concebido como "la expresión genuina del ser de la Patria y del alma de su pueblo".

De tal modo, el esquema teórico de Alberto Edwards, asumido por la derecha chilena, con sus correspondientes ajustes y modificaciones, se cumple del todo en el discurso de los militares. La hermenéutica de estos, en efecto, postula la existencia de un ciclo de los que son parte la decadencia, el caos y la anarquía, el desquiciamiento de los valores patrios, la desintegración nacional y la reacción autoritaria que revertiría tales fenómenos para reorientar a la nación, reedificando su espíritu. Los uniformados, en fin, en plena coherencia con el modelo teórico del pensamiento conservador, se negaron a ser "un paréntesis" reordenador, y dijeron asumir la tarea sin plazos de refundar al país.

En resumen, a pesar de ciertos ajustes y modificaciones, indicados más arriba, la derecha chilena, en medida importante, ha pensado la realidad nacional y ha fundamentado sus objetivos en base al esquema cíclico que Alberto Edwards nos presenta en la "Fronda Aristocrática". Tal esquema, por lo demás, con sus modificaciones correspondientes, -digámoslo entre paréntesis- terminó siendo asumido por los militares, los que, en fin, por lo mismo, pudieron ser cooptados por aquella.

III

La hermenéutica de Alberto Edwards corresponde a su tiempo. Constituye una fundamentación, desde la historiografía, para un posesionamiento político. En particular, para apoyar la dictadura del General Carlos Ibáñez del Campo y para -ante la emergencia de sujetos mesocráticos y populares- renunciar a las modalidades demoliberales de ejercer el poder por parte de la élite tradicional.

Edwards, por tanto, analiza el pasado desde la óptica de su presente y en función de resolver problemas -en este caso políticos- que en él se le plantean al grupo social de que era parte.

Sin perjuicio de ello, como hemos visto, su esquema interpretativo del pasado ha servido también -aunque con ciertas modificaciones- a la derecha posterior. Esta, como se demostró arriba, en particular desde los sesenta en adelante, ha fundamentado su deseo de un régimen fuerte en una interpretación del pasado que

en gran medida elaboró Alberto Edwards.

La pregunta que entonces surge se refiere a los historiadores conservadores contemporáneos. ¿Bajo qué supuestos han visto la historia de Chile reciente? ¿Cómo han interpretado los sucesos decisivos de la segunda mitad de este siglo, y en particular el derrumbe institucional del 11 de septiembre de 1973? Me referiré brevemente a esta cuestión con el fin de visualizar en ella la posible relación entre historiografía y política.

Los historiadores conservadores contemporáneos hacen una hermenéutica de la historia nacional reciente que calza con la lectura que de la realidad del país hace la derecha política.

Tales historiadores, al igual que Edwards, en el fondo tienen una visión cíclica de la historia de Chile. El sujeto de esta historia es la nación, concebida como un todo indiviso. Suponen que existe un núcleo identitario de esta, que al parecer es una esencia espiritual o una *Weltaunshauung*, como dice Gonzalo Vial.

Tal esencia periódicamente es desafiada y distorsionada. Se produce entonces un alejamiento del país respecto de ella, lo que genera una crisis de su identidad, que termina amenazando su propia existencia. Pero las esencias nacionales -en buena medida encarnadas en los militares- reaccionan y la nación es restaurada, quedando en condiciones de reiniciar su marcha ascendente, hasta ser desafiada nuevamente y entrar en una nueva crisis. Este ciclo entre esplendor y crisis parecería entonces ser un *sino*. XXI

NOTAS

- 1 Alberto Edwards, **"La Fronda Aristocrática"**, Ed. Universitaria, Santiago, 1982, p. 29.
- 2 Alberto Edwards, Op. Cit., p.19.
- 3 Alberto Edwards, Op. Cit., p.77.
- 4 Alberto Edwards, Op. Cit., p.279.
- 5 Alberto Edwards, Op. Cit., p.28.
- 6 Alberto Edwards, Op. Cit., p.62.
- 7 Alberto Edwards, Op. Cit., p.28.
- 8 Alberto Edwards, Op. Cit., p.130.
- 9 Alberto Edwards, Op. Cit., p.130.
- 10 Alberto Edwards, Op. Cit., p. 138.
- 11 Alberto Edwards, Op. Cit., p.203.
- 12 Alberto Edwards, Op. Cit., p.203.
- 13 Alberto Edwards, Op. Cit., p. 221.
- 14 Alberto Edwards, Op. Cit., p.221.
- 15 Alberto Edwards, Op. Cit., p.278.
- 16 "Diario Ilustrado", 3 de septiembre de 1958, p.2. Citado por Favio Cortés, **"La Derecha Chilena y su Relación con el Autoritarismo":1952-1979**, ILADES, p. 69.
- 17 **Declaración de Principios del Partido Nacional**
- 18 **"Las Últimas Noticias"**, 18 de octubre, p.6.
- 19 **"La Nueva República: respuesta al desafío de Chile"**, Santiago, p.5.
- 20 **"La Nueva República: respuesta al desafío de Chile"**, Santiago, 1970, p.94.
- 21 Op. Cit., p.16.
- 22 Op. Cit., p.17.
- 23 **"La Nueva República: respuesta al desafío de Chile"**, Santiago, 1970, p.89.
- 24 **"El Mercurio"**, 14 de diciembre de 1972, p.25.
- 25 Citado por Eduardo Araya, **"La Derecha Política Chilena y el Régimen Militar, 1973-1981"**, ILADES, 1981
- 26 **"Declaración de Principios del Gobierno de Chile"**, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago, 1974, p.28.
- 27 **"Declaración de Principios del Gobierno de Chile"**, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago, 1974, p.22.
- 28 **"Declaración de Principios del Gobierno de Chile"**, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago, 1974, p.23.
- 29 Benedetto Croce, **"La Historia como Hazafia de la Libertad"**, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 11.



TEXTOS , VISIONES Y NOTAS

Ficción y Referente histórico

El caso de a partir del fin.

Ricardo Cuadros

Hasta el momento en que Salvador Allende es presidente de la república (1970-1973) y desde los años veinte, la novela chilena estuvo centrada -mencionaré algunas excepciones de inmediato- en la descripción humanizante del paisaje y la articulación metafórica de los conflictos de clase (criollismos y realismos). Durante ese período no hay novelistas que se atrevan o estén en condiciones de desatar un imaginario de la magnitud del nerudiano. De acuerdo a la clasificación moderna de los géneros literarios, la novela es 'el género de géneros', capaz de incorporar en su estructura todos y cualquiera de los demás (epopeya, diario, ensayo científico, biografía, crítica, historia, etc.). De ser así tenemos que la novela chilena del período (ver nota 1) es la obra de Pablo Neruda, quien supo romper los límites intimistas de la lírica -es decir reactualizó los proyectos modernistas de Rubén Darío y Gabriela Mistral- y abrió su escritura hacia los territorios de la naturaleza y la contingencia histórica, creando la poética de lo chileno mesocrático, humanista y revolucionario.

Mientras criollistas y realistas hacen historia (literaria) a la sombra de la poesía nerudiana -lo que implica que no quieren o no saben cómo discutir que Chile sea 'un país de poetas', o dicho de manera menos amable, supone que se trata de un contingente de poetas frustrados-, la obra excepcional de Juan Emar queda aparcada en los márgenes de dicha historia, las novelas de Vicente Huidobro son neutralizadas mediante la etiqueta de 'novelas de poeta' y la obra de María Luisa Bombal es adjetivada de 'femenina' o 'surrealista', con lo que se evita hacer de ella una lectura chilena, tal como se lee chilenoamente a Manuel Rojas, Carlos

Droguett o José Donoso.

Las novelas que aluden a la figura de Salvador Allende fueron escritas con posterioridad a septiembre de 1973 y forman un corpus que ya puede denominarse, por su eje temático, 'Novela del Golpe de Estado'. Se trata por tanto de relatos que tematizan, en diversas entonaciones y estilos, una derrota de largo alcance: la del proyecto de identidad nacional que comprometía a las clases sociales popular y media en un modelo de país que debería superar el modelo oligarca-eclésiástico del siglo XIX.

Volodia Teitelboim (La guerra interna, 1979) y Fernando Alegría (El paso de los gansos, 1975) ponen en circulación literaria a un Salvador Allende mediatizado por la amistad y los compromisos políticos compartidos. Enrique Lafourcade (Salvador Allende, 1973) pretende la ventriloquía de un Allende en trance de muerte, atorado en sus contradicciones de caballero chileno comprometido con un proceso político-revolucionario inviable. José Donoso (Casa de campo, 1978) lo incorpora al Gran Giñol de su narrativa como un (supuesto) loco encerrado en un torreón de la gran casa nacional, imposibilitado para guiar a los niños y los esclavos hacia la libertad.

En la novela de Hernán Valdés, A partir del fin (1981), Salvador Allende representa un discurso político. Se trata -parafraseando al personaje Hache- del discurso de una izquierda que esperaba y esperó hasta el último minuto que las Fuerzas Armadas de Chile, o por lo menos un sector importante de ellas, se plegaran al proyecto de la Unidad Popular. Una izquierda que llama 'traidores' a los militares golpistas, cuan-

do lo que éstos salieron a defender en septiembre de 1973 fue la nación católica, capitalista dependiente, de damas y caballeros oligarcas, que les dio razón de ser. Una izquierda que pretende cambiarlo todo, a su manera y en su beneficio, nada menos que al amparo de la legalidad de la Constitución de 1925, creada por los dueños y guardianes del país, a quienes ha señalado como sus enemigos. Una izquierda que se ve trágicamente atrapada en la contradicción entre discurso político y práctica política: "usted pone en movimiento todos los factores objetivos que llevarán a la guerra y al mismo tiempo induce nuestros espíritus y nuestros brazos a la paz" (177), reclama Hache, en uno de sus monólogos dirigidos a la figura del presidente Allende.

En 1974 Hernán Valdés había publicado *Tejas verdes*, el mejor relato que existe sobre el dolor de un sujeto sometido al vejamen militar en los primeros meses de la dictadura. Este libro preciso, que determinó para la literatura chilena el fin de la ilusión realista recibió en su momento una lectura exclusivamente política contingente - hoy existe una reedición de este libro y nuevas lecturas de él - y fue aclamado como relato paradigmático de la lucha anti dictatorial. Siete años después, en 1981, la publicación de *A partir del fin* dejó estupefactos a los admiradores de Valdés. No podían creer que el mismo autor de aquel testimonio, tan adecuado a la causa, hubiera derivado hacia una crítica que nadie le había pedido, que 'le hacía el juego a la derecha' al detenerse en las contradicciones del discurso izquierdista, acudiendo para remate a Salvador Allende como figura validadora de ese discurso y esas contradicciones.

Hernán Valdés participó en el proyecto de la Unidad Popular sin haberse inscrito nunca en un partido. No respondía por tanto a los compromisos programáticos de las fuerzas políticas organizadas sino a sus propios impulsos críticos de la realidad. Poco después del Golpe de Estado se publicaron varios otros testimonios de hombres y mujeres que conocieron los cam-

pos de concentración de la dictadura, pero lo que distingue en ese corpus a *Tejas verdes* es justamente la falta de justificación político-partidaria para la captura y tormento del testificante. En *Tejas verdes* Hernán Valdés habla desde una experiencia límite, a la que es sometido por una responsabilidad personal: su compromiso (crítico) con el proyecto de la UP.

La voz de *Tejas verdes* es el antecedente directo de aquella otra que dejó perplejas a las huestes anti dictatoriales, en *A partir del fin*. Sólo un intelectual no militante, liberado de las disciplinas programáticas y las precauciones reflexivas que impone la lealtad partidista, estaba en condiciones de ocupar con su escritura el territorio de la autocrítica. Pero la izquierda histórica no consigue ningún rendimiento político de este segundo esfuerzo literario de Hernán Valdés, y le retira la legitimidad que le había otorgado por el primero.

Esto me parece clave para situar 'la mala recepción' de una novela como *A partir del fin*. Hasta el momento de su publicación, su autor había conseguido una audiencia importante porque *Tejas verdes* fue un libro donde su experiencia personal coincidía con las necesidades del conglomerado izquierdista en el exilio, es decir era un libro políticamente correcto.

A partir del fin es un libro mucho más amplio y elaborado que el anterior. En él se articula la crítica de un discurso político y la autocrítica del intelectual de izquierda romántico e iluminista de los años sesenta (el personaje Hache), la desconstrucción de un triángulo amoroso (Hache, Eva, Kurt), la reflexión sobre la escritura novelesca, la desolación de la ciudad y algunas de sus voces inmediatamente después del golpe militar, la configuración de Hache como personaje ideológico (contingente) pero también en sus dimensiones amorosas, oníricas, deseantes (universal). Incluso, en la novela hay evidencia explícita de que lo narrado en *Tejas verdes* es parte del mismo relato. Eva, la ex-mujer del personaje, es la misma en ambos libros. Y en el capítulo XIV de *A partir del fin*, entre los fragmen-

tos 1 (última visita a la casa de Kurt) y los siguientes (2: descripción de la experiencia onírica de desdoblamiento que permite al durmiente observar gozosamente su cuerpo desde afuera; 3: Hache asilado en la embajada de Suecia) hay un vacío o salto textual correspondiente al lapso en que Hache ha estado detenido. Las referencias al clima de Tejas verdes -ya en la relativa seguridad de la embajada- son por lo demás inequívocas: "Hache miraba el techo, tendido en la cama del pequeño cuarto, y a pesar de los días transcurridos sentía que el terror se mantenía tenazmente en el mismo lugar, especie de segundo nivel de conciencia" (237).

No era posible leer esta novela desde la contingencia política, que era de lucha antidictatorial y crisis general de la izquierda histórica. Con A partir del fin Hernán Valdés estaba proponiendo una elaboración crítica e imaginaria demasiado compleja para el público lector que había recibido con agradecimiento su Tejas verdes. Este segundo libro suyo fue cotejado con las necesidades del exilio y de la lucha antidictatorial del momento, resultó improductivo y su código fue tácitamente declarado ilegible.

A la no-lectura de esta novela de Hernán Valdés en el momento de su publicación por motivos de contingencia política, se suma su no-lectura en el contexto de la producción novelesca chilena de los últimos veinticinco años por carencia de rigor e interés investigativo en el área de los estudios literarios. A partir del fin es una de esas novelas que no existen en la historia literaria chilena. Su lectura atenta, a pesar de ello, entrega antecedentes singulares, imposibles de conseguir de otra manera, sobre el tiempo en que fue escrita y publicada. Figuras como la de Salvador Allende -para volver al pretexto de esta nota- han dejado ya de ser sujetos históricos y van camino del mito. Pero en cualquier recuperación que se intente de su pensamiento político, de su importancia como referente histórico, me parece conveniente reparar en 'la voz negativa' que Hernán Valdés pone en página, en su novela, para hablar de él. Hay ahí un grado de elaboración discursiva quizás todavía hoy inconveniente para la izquierda histórica, pero indispensable para seguir allegando piezas al rompecabezas del fracaso de la vía chilena al socialismo. XXI

BIBLIOGRAFIA.

Valdés, Hernán. 1981. *A partir del fin*. México, Era. - 1974. *Tejas verdes* (diario de un campo de concentración en Chile). Barcelona, Ariel.

- 1 El problema de los períodos literarios -y su relación con los períodos socio-políticos- no puede ser abordado aquí. Pero conviene aclarar que son las novelas que tematizan el golpe de estado de 1973 (entre ellas *A partir del fin* de Hernán Valdés) las que marcan el cierre del período literario que se inicia en los años veinte.
- 2 El negativo de esta gran panorámica nerudiana de matriz francesa y romántica es la obra de Pablo de Rokha, que gesta un idioma barroco son concesiones con la tradición del modernismo. Queda pendiente la lectura comparada de los dos Pablos -seudónimos bíblicos de dos hombres de origen popular, de militancia comunista, afanosos de 'la obra total'- y su importancia en el desarrollo, o estancamiento, del género novelesco en Chile. Y luego el hilado fino que hace Juan Luis Martínez, ya en los años setenta, cuando titula su obra poética *La nueva novela*.
- 3 El propósito de los realismos era 'hacer ficción', es decir crear una ilusión de realidad que posibilitara la humanización del paisaje o la comprensión metafórica de los conflictos de clases. Con su testimonio redactado como ficción -los modelos de *Tejas verdes* son *La metamorfosis* de Kafka y *El extranjero* de Camus- Valdés des-ilusiona al realismo, por cuanto aquí la realidad de la experiencia no admite nada positivo o edificante: es puro horror, puro absurdo.

Los Estigmas del Cuerpo

Diana Eltit
Septiembre, 1998.

Es posible que el libro "Tejas Verdes" sea uno de los textos testimoniales más significativos que se hayan escrito en torno a las dimensiones devastadoras que alcanzó el golpe de estado de 1973. Y es significativo precisamente porque conservando una fineza extraordinaria, da cuenta de manera múltiple del sinsentido de una violencia que fuera ejercida desde una ostensible unilateralidad.

Hernán Valdés, su autor, nos relata su estancia en el campo de prisioneros ubicado en el regimiento de Tejas Verdes, espacio que da título a su obra. Pese a que son numerosas las publicaciones testimoniales en torno a la situación de los presos políticos, este libro en particular se distingue porque su épica, su proclama, su reclamo, pasa y se articula en y desde materialidades corpóreas, se organiza a partir de observaciones que están fuera del registro melodramático tradicional y que, no obstante, se nos devuelven como drama, miedo, angustia, absurdo y, lo más importante, como una situación delirantemente agresiva provocada por un excesivo abuso de poder.

El libro "Tejas Verdes" puede ser leído como la instalación de un corte, una interrupción, la forma inciática en la que se iba a consolidar un sistema definitivamente represivo hacia una suma indeterminada de cuerpos. Cuerpos heterogéneos que confluían hasta el campo de prisioneros luego que habían realizado recorridos biográficos diversos y que, sin embargo, el golpe militar conseguía homologarlos mediante una persistente tecnología del sufrimiento que unía esa diversidad de seres bajo el rótulo de prisioneros políticos.

Su autor, un intelectual, un escritor, es apresado sin más motivación que su filiación a la Unidad Popular, lo que abre un primer punto de conflicto en la lectura. No se trata aquí del apresamiento de un dirigente ni siquiera queda claro que sea un militante orgánico, sino más bien persiste en la captura la sospecha de un error, de un malentendido o lo más razonable, la posibilidad de una delación paranoica de algún vecino fascista que va a conducir de manera irremediable a Hernán Valdés hasta Tejas Verdes.

El espacio siempre insuficiente para contener a los prisioneros, se empieza a vislumbrar como un cerco al cuerpo, como un atentado a los rituales privados del sujeto. El primer impacto que nos entrega el libro es cómo se lleva adelante un amplio proceso de desaprendizaje. Desaprender las conductas corporales, situar al cuerpo en un territorio de nadie, compartir los sudores, las exhalaciones, renunciar especialmente al pudor, es decir, renunciar a la cultura con la que se dota el propio cuerpo, retroceder toda una costumbre higiénica que dicta la asepsia corporal para llegar a coexistir de manera colectiva con lo más arcaico como es la suciedad, la caca, los orines, convivir hacinadamente con los otros como uno, como cualquiera, como nadie, como nada.

Este desaprendizaje es señalado pormenorizadamente en el texto. Lo que, en primer término, se presenta como imposible, empieza a transformarse en un hecho cotidiano. Hernán Valdés insiste en detallar los espacios microscópicos del encierro y allí en el centro de ese espacio resalta su empujado recha-

zo a desaprender. Narra, de manera maestra, cómo el cuerpo se niega a asumir su nueva condición acultural de mera carne, de presa cautiva. La estitigues va a representar el gran síntoma de rebelión, Valdés retiene sus excrementos para conservar desde ese gesto su estatuto de sujeto, hasta el momento en que sencillamente su biología se desborda y literalmente caga en público y entonces pasa a ser un prisionero más, un mero sobreviviente en un mundo alterado por la incertidumbre de lo que va a ser el próximo destino.

Este proceso, que detalla lo aparentemente menor, es sin embargo la gran estrategia que atraviesa este testimonio, puesto que lo que entendemos como "yo" va experimentando una desarticulación en lo más medular como es la renuncia radical a toda una sensibilidad de lo que entendemos por lo privado o lo individual o lo íntimo. Una suma de renunciadas, de desaprendizajes, de olvidos se transforman en el tiempo del texto. Cada día parece ser un retroceso más, una pérdida final de la intimidad en la que se cursan los protocolos del cuerpo que se van permutando por el simple hecho de estar vivo, de seguir vivo.

No se trata de un texto complaciente, al revés, pues Hernán Valdés nos relata cómo funcionan los grupos en medio de la crisis, la manera en que se trizan y tambalean las solidaridades, nos va mostrando que pese a compartir una misma, terrible situación de encierro, las pasiones, preferencias, antipatías, estallan entre los prisioneros todavía con más fuerzas por la obligación de permanecer.

El hambre, el hacinamiento, la suciedad, las privaciones múltiples son los castigos más visibles que recorren el espacio y lo conmueven, formas aún más torturantes que el momento concreto de la tortura que para Valdés va a representar la antesala de la libertad, luego que sobrevive a una inútil sesión de perversos y elaborados suplicios corporales.

El testimonio termina abruptamente con la libertad del prisionero en un lugar descono-

cido, azaroso. Y así, la pregunta que se va estableciendo y permanece flotando en la medida que realizamos la lectura del libro es: -Pero, ¿por qué? Frente a lo cual no nos cabe sino una única respuesta: -Porque sí.

La reedición de este libro en Chile por editorial Lom nos devuelve a un tiempo que hasta hoy permanece oscilando en medio de una gran ambigüedad y que ahora, cuando se cumplen 25 años del golpe de Estado en Chile, se repone como trauma, como disputa o bien como silencio. Existe, sin lugar a dudas, una imposibilidad de leer, de establecer un ejercicio lúcido de memoria por parte del conjunto de la sociedad chilena. No basta solamente adjudicar este silencio, esta ostensible dificultad la implantación del modelo neoliberal y a la hegemonía del mercado y del capital o bien a los enclaves fascistas que persisten abiertamente en la transición a la democracia sino más bien pensar en qué silencio es este silencio.

Con seguridad se trata de un silencio múltiple, plagado de ribetes, de matices, atravesado por pugnas, pero, en uno de sus bordes, me parece percibir que la figura que ordena un cierto sacrificio de la memoria es la figura del ex Presidente Salvador Allende.

Salvador Allende, más allá de cualquier divergencia en torno a su proyecto, es sin lugar a dudas el líder político más propositivo del siglo XX en Chile. Su larga lucha para obtener la presidencia de la República es coincidente con la impulsiva instalación del progresismo internacional y con las batallas de las minorías frente a los poderes centrales por inscribir nuevas sensibilidades públicas.

La propuesta de Allende, basada fundamentalmente en una mayor justicia social, al triunfar en 1970, llevó a los sectores populares a un protagonismo inédito en nuestra historia. Sus hablas, sus fisonomías, sus estéticas, ocuparon el espacio público desde la legitimidad de un gobierno que respaldaba esa ocupación causando, obviamente, conmoción entre los asentados siquismos conservadores.

Aunque, desde luego, la propuesta económica de Allende laceraba los intransigentes intereses capitalistas e impulsó la prontamovilización, desde todos los ángulos, de una sedición múltiple que atravesaba incluso las fronteras, prefiero detenerme ahora en el centralismo que alcanzaron los cuerpos populares durante los llamados "mil días de la Unidad Popular".

En medio de una larga y sostenida cultura regida por una derecha más que conservadora, el espectáculo de los cuerpos populares desplegando sus necesidades, su agresividad, su fuerza, sus demandas, sus deseos y, especialmente, sus estéticas, fue la gran utopía encarnada que recorrió ese tiempo. El "roto" figura minimizada y, hasta cierto punto, escarnecida por los poderes centrales y que ha sido el término con que se ha denominado al mundo popular, se revertía ya no como signo menos sino, al revés como un orgulloso y dignificado capital cultural. En esta nueva situación sociopolítica, "el roto" surgía relevando su calidad numérica, mestizando el paisaje social e ironizando públicamente los tics de una burguesía que, por primera vez, resultaba develada en una abierta y legitimada deconstrucción paródica y política realizada por su "otro".

La fuerte territorialización de la ciudad se devolvía sobre sí misma para cuestionar las trincheras ciudadanas donde se refugiaba la condensación de dinero. El llamado "barrio alto" y su microcultura dominante resultaba impugnada por la territorialidad popular, la que ejerciendo pluralmente su vitalidad considerada como impura, denunciaba y ridiculizaba una asepsia más que sospechosa y mortecina.

El estallido de una latinidad híbrida cubría las esferas públicas poniendo en jaque los controles y los largos disciplinamientos históricos que habían constreñido y relegado las pulsiones populares. El quiebre de un modelo blanco se abría hacia los rasgos mestizos, las imperfecciones corporales, las hablas defectuosas que alcanzaban un estatuto social que se volvía prestigioso.

El cuerpo del trabajo se hacía visible ya no como mera infraestructura sino que, por una vez, se apoderaba de las imágenes para ejercer desde sí mismo su propio relato público. Un relato en el que se enfrentaba críticamente a un orden burgués que se discutía, alcanzando así una paridad social inédita. No se trata, desde luego, de afirmar aquí que el gobierno de la Unidad Popular consiguiera efectivamente alcanzar un equilibrio social, lo que quiero señalar es cómo pese a la asimetría signada a los mundos populares, se iba consolidando un espacio público en el cual inscribir política y estéticamente una diferencia, mediante la utilización de un mecanismo emanado de los poderes centrales que se hacía partícipe y solventaba, privilegiando, la irrupción de las sensibilidades populares y doreristas.

Salvador Allende era el posibilitador de esta nueva composición en los trazados en los mapas públicos. Su gobierno materialmente había conseguido alterar los imaginarios sociales promoviendo una modalidad cultural democratizada en la que radicaba la verdadera y reconocible revolución de la llamada "vía chilena al socialismo".

Por una vez, las hablas se pluralizaban y se rompía así una hegemonía, especialmente del discutible llamado "buengusto" tras que se resguardaban los intereses de la burguesía para ejercer así su múltiple y sostenida discriminación. La explosión de nuevos parámetros simbólicos tras los que se resguardaban los cuerpos y su lucha por habitar e incidir en los espacios públicos recorría masivamente la geografía alterando el espectro social.

Con la muerte de Salvador Allende en el interior del Palacio de la Moneda, se puso en marcha la violenta maquinaria de un poder destructivo en contra de las antiguas instituciones. Y es ese mecanismo; su violencia, su sadismo, lo que el libro "Tejas Verdes" va relatando desde un lugar narrativo excepcional, es decir, nada menos que la instalación de un poder que en uno de sus bordes buscaba sellar y clausurar

las marcas de un pasado.

Y es a partir de ese momento cuando programadamente, y de manera que hoy parece irreversible, resurgió la relegación del sujeto popular del espacio público: relegación de sus estéticas, sus políticas, sus éticas, sus discursos. Los cuerpos populares fueron, de manera progresiva, erradicados del espacio público. Una erradicación que atraviesa el término de la dictadura, para dar cabida, con una fuerza inexpresable, al dominio de la cultura de clase, a la hegemonía de una burguesía económica que se ha ido erigiendo como única e intransferible, gracias a una fuerte apoyatura en las distintos estamentos políticos y los pactos que han conducido, en los últimos ocho años, la transición democrática.

Porque, más allá de las expectativas sociales que se albergaban en relación al retorno a la democracia, persiste hoy con una claridad indelible, el acoso y la discriminación hacia los cuerpos populares que sólo existen en la medida que cumplan con un doble estándar: en cuanto fuerza de trabajo y sujetos consumidores a un crédito perpetuo, provocando así en los mundos populares nuevas formas de controles y despolitización mediante la inculcación programática del consumo y de la deuda.

El sujeto popular, figura central y privilegiada del programa político de Salvador Allende, ahora deambulador por el imaginario social sólo como sujeto de la delincuencia, como un actor cruel y peligroso gracias a una tecnología múltiple que, frente a la desigualdad y a la ausencia

de programas reales para conseguir una mayor paridad social, recarga (recubre) a las figuras populares de una violencia que está incubada en el interior del propio sistema.

En este sentido, la figura de Salvador Allende resulta conflictiva, incómoda, pues cualquier análisis, toda memoria de la época de la Unidad Popular, necesariamente implica una revisión del mundo popular y su participación en los espacios sociales. Y eso parece ser una gran vertiente del olvido, la gran maniobra política sobre la que se ha establecido el consenso que hoy nos rodea. Olvidar esos cuerpos, enterrar sus estéticas, despojarlos de poder y reducir hasta la extenuación sus magras economías mediante la superposición de la estructura burguesa como el único modelo posible de una forma de habitar.

Por eso, los 25 años de la muerte de Allende, fueron un punto límite que bordeó el absurdo, el espectáculo debilitadamente festivo del Estadio Nacional vino a reemplazar a los miles de ex prisioneros políticos que antaño, y sin reparación posible, albergó el recinto deportivo. La fiesta sin tono fue permutada por el dolor. Los discursos políticos titubeantes mantuvieron las ambigüedades, las cifras de delincuencia poblaron los medios de comunicación y allí, a medio camino entre la droga y el delito, aparecieron los mismo rostros que Salvador Allende, el gran sacrificado por los discursos públicos, pensó poblando las grandes alamedas por donde iba a pasar el hombre libre para construir una sociedad mejor. XXI



HOMENAJES

La Payita

("la puerta se cerró detrás de ti")

Pedro Lemebel

Para muchos que se tragaron la versión caricaturizada de la Unidad Popular, la imagen de Miria Contreras sigue siendo el boceto pintoresco de la secretaria cómplice y amante que acompaña la figura de Salvador Allende. Y este frívolo estereotipo que amaron los militares, sigue corriendo en los salones políticos y sociales donde la lengua lagarta de la derecha escupe la historia con su saliva venenosa.

Poco se sabe realmente de esta mujer que optó por el anonimato frente a la chismografía y al desprestigio público. Poco se sabe que es de ella en la actualidad, y es preferible respetar su silencio, acatar su fobia a las entrevistas, su desconfianza frente al periodismo mórbido y tendencioso, es uno de los pocos protagonistas de esta gesta, que guardó para sí la confidencia del histórico final, del triste final, hecho tragedia por la mansalvagolpista. Tal vez, ella es la única persona que estuvo más cerca del Presidente en el filo de ese momento, en la premura apretada de esos minutos que se cortaron en el estruendo de la última decisión.

Acaso, para Miria, el trauma de esa fecha le arrebató para siempre la risa fresca que embanderaba su rostro en la campaña junto a Salvador. La playa, alegre, siempre optimista animando los mítines, gritando consignas, escuchando atenta la voz del futuro presidente con un pétalo de ternura en sus hojizas emocionados, en su mirar de palomas exaltadas por aquella presencia arrolladora de Salvador; su amigo de tantas luchas junto al pueblo. El Chicho, su vecino en la calle Guardia Vieja donde ambos vivían junto a sus familias todos esos años de candidatura y derrota. Todos esos años ayudan-

do, esperando que los pobres acarrearán su propio candidato. En esa calle sin salida de Comuna de Providencia de entonces, donde las dos casaseran un revoltijo de secretarías políticas y fiches y lienzos y agotadoras reuniones hasta de madrugada. Hasta que la luz tísica anunciaba el día enrojando los ojos irritados tras los lentes de Salvador, y entonces Miria, lo dejaba beberse el último trago de café, y lo tomaba del brazo para acompañarlo hasta su casa. Y allí en esa calle, bajo la claridad tuberculosa del alba, aún quedaba una última mirada separando las dos casas. Aún tenían tiempo para reforzar la pasión socialista que anudaba cardenales rojos ante el presagio del amanecer. Pero a Salvador nunca le gustaron las despedidas, por eso le propuso a Miria unir las dos casas con una puerta interior. Así todo será más fácil, las reuniones, las cartas las noticias de última hora, las visitas de amigos comunes. Así también nos evitamos los adioses en la vereda y los comentarios de los vecinos, decía ella con sus ojos claros mirando en derredor. Eso es lo que menos importa compañera, recuerde que el amor y la resolución van de la mano en el mismo verso. Lo que realmente me preocupa, es que la lucha y las empanadas no se enfríen de una casa a otra, le contestaba Allende con su risa libre que chispeaba encantador los albores del cambio.

Así las dos casas quedaron unidas por aquella puerta interior que vio desfilar personajes, informes, y el futuro patrio de aquel la historia humeante en las bandejas de empanadas y vino tinto, que enfiestaban esa izquierda soñadora de la Unidad Popular, pujando cortar el siglo con su asalariado ardor. Y Miria Contreras no pudo permanecer indiferente en la utópica

vorágine que regaba de pétalos el sueño de los oprimidos. Y lo apostó todo a esa causa popular que tocó el cielo en el setenta, ese cuatro de Septiembre, bendita fecha en que Salvador fue elegido presidente. Y ahí recién comenzó la batalla, la lucha de perfiles qui jotes frente al molino capitalista del imperio. Y aún así, a pesar de la continua agresión del fascismo interno y externo, la Piyama como asesora de la presidencia, aconsejaba y escuchaba por horas su proyecto, tomando notas y programando reuniones y compromisos del compañero presidente, que de ropa espora, recibía embajadores, ministros, sindicatos o centros de madres en el elegante Salón Rojo del palacio. Sin mediar el cansancio, ella iba y venía por la Moneda de entonces, atascada de papeles y prensa que comentaba con Salvador, que discutía con Salvador, diciéndole a veces que no fuera tan confiado, que no creyera en la fidelidad militar, porque tras la visera castrense de los generales, una sombra oscura vendaba su lealtad. Pero el nunca le hizo caso, y le devolvía una sonrisa apaciguadora a su sospechosa preocupación.

Todo terminó el once bajo la tormenta de plomo que reventó en llamas el Palacio de La Moneda. Todo acabó esa mañana de Septiembre con un llamado telefónico a primera hora del presidente. Le decía que la Armada se había sublevado en Valparaíso, que probablemente se sumaría el Ejército y la Fuerza Aérea, que había un ultimátum, que no podía hablar más, que a su lado estaban sus hijas, sus amigos y colaboradores más cercanos, pero Miria, a pesar del tono seguro, intuyó por la inflexión de la voz, que Salvador se sentía solo, que por primera vez oía esa voz desesperanzada en el eco sin multitudes de una plaza vacía, que la necesitaba más que a nadie en esos difíciles momentos, debía llamar a su hijo para que llevara en su auto urgente a la Moneda, acelerando, pasando con luz roja, mostrando credenciales en el apuro climatizado de una extraña Alameda desierta.

El resto ya es relato conocido, narrado en primera persona por la transmisión radial de

las últimas palabras del presidente. Y tal vez, en este documento sonoro, multiplicado por la onda corta de Radio Magallanes, los tres años de la Unidad Popular empapan la crónica oral de la historia con la intensidad dramática de quién escribe su adiós definitivo en el aire cimbrado del atropello constitucional. Quizás es esta, la carta de amor patrio más hermosa que el mandatario pudo improvisar como susurro indeleble que para siempre tiznará nuestra memoria. Un discurso estremecedor, naufragando en los espelonazos golpistas que remecían esa hora, en ese momento de carreras desesperadas cruzando los pasillos irrespirables de humo y polvo por la bazuca retumbando. Ahí, en el instante que la guardia y las mujeres abandonaban el palacio por orden de Allende, Miria confusa en la nuera del desalojo, no obedeció la orden y se entregó a la corazonada impulsiva de un enamorado retroceder en esos escasos momentos, cuando Allende reunía a sus fieles amigos para abandonar el lugar en una columna donde Miria iría primero con una bandera blanca, nuevamente la corazonada le hizo girar la cabeza para decirle algo, mirar sus sienes canosas, tirarle un beso, un hasta siempre, no sé, darle una sonrisa que perfumara el aire hediondo a pólvora de esa inútil primavera. Y allí, parada en el corredor a través de la puerta entreabierta del Salón Rojo, alcanzó a cruzar su atención con un urgente ojeo de ternura, un pañuelo de mirada en el perfil vaporoso de su cara descompuesta, plegándose tras la puerta que se cerraba como la página final de la "Resolución en Libertad" y su malogrado querer. Y allí quedó, como el huérfano más solo de la nación, abrazando su juguete metrallazo mientras escuchaba derrumbarse la fiesta de aquella ilusión.

Lo demás, raya en el impreciso alboroto de salvar el pellejo, confundir su rostro entre las parcelarias y enfermeras que subían a una ambulancia ante la pronta amenaza del bombardeo. Salir de allí, en el relámpago rojo del vehículo que pasó aullando los controles militares. Luego bajarse por allá, anónima, esconderse, "

perder el rostro" en la clandestinidad de los días que vinieron, cuando comenzó la siniestra carcería, las listas que publicaba El Mercurio, donde Miria Contreras, alias La Piyama, era uno de los personajes de la Unidad Popular más buscados por la caza-recompensas.

Es probable que si Miria no hubiera escapado a la garra criminal de la dictadura en esos momentos, hubiera sufrido el mismo destino de su hijo masacrado el once y desaparecido hasta la fecha. También es posible, que las historias escandalosas que hizo coner la dictadura con ella en Tomas Moro, se grabaron en la mente de muchos incautos como la película porno de la U.P. que los militares aseguraron mostrar en horario de trasnoche por canal 7. Pero esto nunca ocurrió, porque aquellas filmaciones y videos, solo existieron en la mente afiebrada de la mentira milica. Desde ese amado desprestigio, la subjetividad colectiva chilena construyó el personaje de "La Payita", asociado a la farra sin límites con que la hipócrita burguesía calumnió a Salvador Allende, nada más que por tener en Tomás Moro unas botellas de whisky, unos pollos y algunos dólares que la prensa oficial de enton-

ces multiplicó al infinito.

Esta crónica, imaginaria en el rescate confidencial de quienes conocieron a la Payita y estuvieron cerca de aquellos sucesos, sólo pretende enlazar intensidades y pulsiones humanas que entretejieron la biografía política. Probablemente el ímpetu escritural, desborde romanceado el caudal épico de aquellas presencias en el acontecer traumático del aborto histórico. Más bien, estos improbables pespuntos memoriales puedan delinear tímidamente el perfil de Miria Contreras en el exiliado claroscuro de su pública lejanía. Ella, como quien se arroja privadamente en sus recuerdos, se dejó envolver por el mito, quiso que esa gasa fuera evaporando lentamente su protagonismo junto al mandatario. Y la distancia la puso en segundo, tercer o cuarto lugar, esfumándola, borroneando a propósito su nombre, su crédito, su rostro ausente en el álbum moral que empaña con leve bruma la tragedia de la U.P. Así, en el segundo plano de la historia, telonea tramitado de rojo opaco el nombre de la Payita, como la marca del rouge, que en el pañuelo desvaído, deja la huella del rosa amante en el lacre pálido de una costra carmesí.

Eric Hobsbawm visita Chile

El historiador Eric Hobsbawm, visitará Chile entre el 21 de noviembre y el 2 de diciembre de 1998. Como es sabido, Eric Hobsbawm es considerado por unanimidad como uno de los historiadores más importantes del siglo.

Su visita a nuestro país constituye un acontecimiento cultural de la mayor importancia. En reconocimiento de ello, el Gobierno lo ha declarado Huésped Oficial de la República.

La visita del profesor Hobsbawm a Chile es patrocinada por una amplia lista de instituciones que representan diversos ámbitos culturales de diferentes regiones del país. Entre las instituciones patrocinantes de la visita se incluyen las principales universidades y centros académicos, importantes empresas y medios de comunicación así como las más representativas organizaciones sindicales y estudiantiles. Su visita responde a una invitación del Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo (CENDA), la Universidad ARCIS y la Revista Encuentro XXI y junto a ellas el Grupo Editorial Grijalbo Mondadori.

El programa de la visita del profesor Hobsbawm incluye un seminario durante el cual dialogará con autoridades de diversos ámbitos del quehacer nacional acerca del tema "El Mundo Frente al Milenio". Ministros de Estado, parlamentarios y dirigentes políticos, autoridades universitarias y académicas, dirigentes empresariales, sindicales y estudiantiles han comprometido ya su asistencia a este seminario.

Por otra parte, el profesor Hobsbawm participará en un taller académico, organizado en conjunto con los principales departamentos y facultades del área de historia y ciencias sociales del país.

El profesor Hobsbawm participará también en un encuentro abierto con jóvenes y público en general, el que se desarrollará en el Salón de Honor del ex-Congreso Nacional.

ACTIVIDADES RELACIONADAS CON LA VISITA DE ERIC HOBSBAWM

Martes 24 de Noviembre, 18 hrs.
Salón de Honor ex-Congreso Nacional
Conferencia "El Siglo XX"
Abierta a jóvenes y público en general

Miércoles 25 de Noviembre, 9 a 17:30 hrs.
Auditorio edificio Diego Portales
Seminario "El Mundo frente al Milenio"
Valor de la Inscripción: 7 U.F. por participante.

Jueves 26 y viernes 27 de Noviembre, 9 a 13 hrs.
Salón de honor USACH, Salón de honor U. de Chile
Seminario académico "El Historiador frente al Milenio"
Valor de la inscripción: 1 U.F. por participante

Instituciones invitantes

CENDA
Revista Encuentro XX
Universidad ARCIS
Editorial Grijalbo Mondadori

Instituciones Auspiciadoras

Ministerio de Relaciones Exteriores
Ministerio Secretaría General de Gobierno
Corporación Chile 2000
Diario El Mercurio
Radio Cooperativa

Instituciones Patrocinantes

Universidad Católica de Chile
Universidad de Chile
Universidad de Santiago
Universidad de La Frontera
Federación de Estudiantes de Chile, FECH
Federación de Estudiantes Universidad Católica de Chile, FEUC
Federación de Estudiantes Universidad de Santiago, FEUSACH
Colegio de Profesores
Federación de Trabajadores del Cobre
Central Autónoma de Trabajadores

Inscripciones: CENDA, Vergara 578, Santiago, teléfono 6883760, fax 6883761, <http://cenda.cep.cl>, email: hobsbawm@cep.cl

SUSCRÍBASE A ENCUENTRO XXI

Llene el siguiente formulario, para ser suscritor a la revista Encuentro XXI, por favor espere 8 a 9 semanas para que le llegue el primer número. Sírvese a mandar un cheque a nombre de Encuentro XXI S.A. (Casilla 246-12 Santiago, Chile).

PRECIOS

Item	En Chile	Fuera de Chile
Simple	\$15.000 pesos	US\$60 dolares
Cada Regalo	\$12.000 pesos	US\$55 dolares

SUSCRIBASE A ENCUENTRO XXI

Nombre: _____ Apellido: _____
Dirección: _____ Ciudad: _____
País: _____ Código Postal: _____
Teléfono: _____ E-Mail: _____

DESEA REGALAR UNA SUSCRIPCION

1. Si, deseo regalar una suscripción.
2. No, no deseo regalar una suscripción.

a:

Nombre: _____ Apellido: _____
Dirección: _____ Ciudad: _____
País: _____ Código Postal: _____
Teléfono: _____ E-Mail: _____

SUSCRÍBAME !!!

ENVIAR A FAX (562) 3020405